


UNA CASA EN LA PALMERA

Margarita
B. Sainz

A woman in a red polka-dot dress and a large hat is walking away from a large, two-story house on a path lined with palm trees. She is carrying a brown suitcase. The scene is set in a tropical environment with lush greenery and a clear sky.

Inés lo dejó todo
para empezar de nuevo...
y encontró el amor.

UNA CASA EN LA PALMERA

MARGARITA B. SAINZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Una casa en La palmera*

© *Margarita B. Sainz*

Edición publicada en abril del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

UNA CASA EN
LA PALMERA

Margarita
B. Sainz

*“Esta historia se la dedico a mi madre.
El afán de superación de su familia,
me inspiró a escribirla”.*

~ Índice ~

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

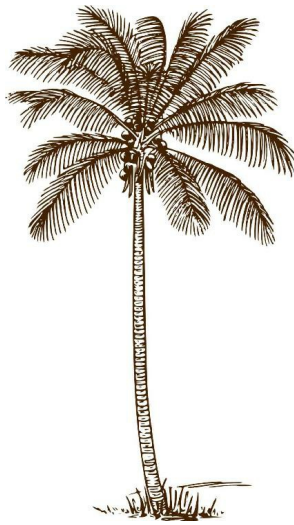
[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)



Capítulo 1

Santander, 1930

Querida Inés:

Te escribo esta carta para comunicarte que mi tío, el que vivía en Burgos, murió la semana pasada. Me deja la herencia con la condición de que he de casarme con mi prima Rosa de la Vega, de Santander.

Podrás hacerte cargo y comprender que esta será la última misiva que recibirás mía, y con ella, doy por finalizado nuestro compromiso. Espero que mi decisión no te cause mucha contrariedad y perdones las molestias que pueda ocasionarte. Anhele que encuentres la dicha junto a otra persona en un futuro próximo.

Sin más, recibe un cordial saludo de tu amigo:

Felipe Varela

«Tu amigo». Esa palabra era casi la que más la había herido de todas las que había leído. Después de cuatro años, ahora resultaba que eran solo eso: amigos.

Inés Calleja sostenía entre sus dedos el papel arrugado y un tanto borroso por la humedad de sus lágrimas. Todavía no se había recuperado del impacto que le produjeron las palabras de Felipe, su, hasta ahora, novio. No había intuido indicio alguno que la pudiera poner sobre aviso, ni tenía palabras para describir lo que le parecía su comportamiento.

Llevaba una hora llorando. Leía y releía la breve misiva por si había algo que se le escapara entre sus líneas, algo efímero que no lograra entrever; sin embargo, no lo había conseguido. La cabeza le retumbaba con dolorosas punzadas. No le quedaba otra que hacerse a la idea de que ese miserable la había dejado. Después, la tristeza, dejó paso a la furia. Imaginarse las diferentes maneras de vengarse de ese mezquino, fue lo único que la hizo dejar la congoja de lado.

Desmadejada en la butaca de la salita, miraba sin ver a través de la ventana. El sol iba declinando, pero ella no podía apreciar la magnífica tarde otoñal que había quedado, una vez que los nubarrones habían desaparecido, arrastrados por el viento.

No entendía cómo habían llegado a esa situación. Las familias de ambos eran viejas conocidas. Sus padres, incluso, habían sido compañeros de colegio en los jesuitas. Todos habían visto con buenos ojos cuando ella, con dieciséis años, y él, con veintidós, iniciaron un noviazgo durante un verano que los Calleja habían pasado en Villarcayo, un pueblo de Burgos. Todavía recordaba cuando, después de ir a merendar a orillas del río Nela, cogiendo cangrejos, entre salpicaduras y risas, él le había jurado amor eterno y pedido que fueran novios. En esa época fue la mujer más feliz del mundo.

«¡Qué ingenua!», pensó con amargura. «¿Qué sabía ella del amor?» Un joven Felipe, cariñoso y lleno de vida, la enamoró con su alegría y sus comentarios jocosos. Siempre fue muy atento y detallista con ella. Le mandaba flores, largas cartas de amor y poesías.

Con los años, ambos fueron evolucionando. Inés se convirtió en una mujer muy hermosa que había acabado la carrera de piano y dominaba a la perfección el francés y el inglés, debido a sus largas temporadas en un internado para señoritas en Burdeos. Mientras, Felipe no terminó nunca sus estudios en Deusto. Su padre le daba continuos ultimátums que él nunca parecía tomarse en serio. Lleno de amigos y de actividad social, jamás tenía tiempo para dedicárselo a algo de mayor responsabilidad que una jugada de cartas. Ella, por aquella época, no veía nada malo en su actitud, ya que, en su relación, seguía siendo muy atento a distancia. Todo lo encontraba normal, puesto que nunca había conocido otra cosa; simplemente, se dejaba llevar. Pero ahora... veía claro que, quizás, todo se había ido convirtiendo en eso que tanto la había hecho sufrir al leerlo: una amistad. Bueno..., ni siquiera eso, porque alguien que la apreciara, no se habría comportado como él lo había hecho. Descubrió que esa nueva persona era un total desconocido para ella.

Sumida en sus cavilaciones, no percibió cuando la puerta se abrió casi sin hacer ruido, pero el suficiente para que sus destrozados nervios la hicieran dar un respingo.

—Inés, llevo toda la tarde buscándote. —Su madre se paró en seco al ver en el estado que se encontraba—. ¡Dios mío, hija mía! ¿Qué te ha pasado?

Esa pareció ser la señal para que el dique se volviera a desbordar y estallara en llantos descontrolados. Doña Clara no dudó en acercarse para

envolverla en un afectuoso abrazo. Era una mujer pequeña y delicada, de aspecto frágil. Su perfecto cutis blanco y ojos claros habían hecho de ella, en sus tiempos, una de las mujeres más bellas de Santander. El cabello, en su juventud de color del trigo, se había tornado castaño con los años. Siempre iba perfectamente arreglada sin una arruga en su ropa. Nunca en su vida Inés la había visto con aspecto desaliñado, a pesar de que hacía años que sufría ataques de asma que la retenían en la cama durante largas temporadas. Inés siempre se preguntó hasta que punto utilizaba la enfermedad para escapar de la tiranía de su padre.

—Hija, no llores. Sea lo que sea, pasará. Seguro que se podrá arreglar.

—Esto no tiene arreglo, mamá. Mi vida se ha acabado. —Los llantos se redoblaron dentro de la pequeña habitación. Sin mediar palabra, Inés le pasó el pringoso papel a su madre para que pudiera leerlo por sí misma.

Ante la expectación, un profundo silencio se instaló entre ambas a medida que se fue aflojando el abrazo maternal mientras leía con calma la misiva. Mientras, Inés buscó la mirada de su madre ansiosamente, escudriñando con intensidad el último atisbo de esperanza para que todo se solucionase. Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, contempló horrorizada cómo una gruesa lágrima corría por la mejilla de esta.

—Cariño, esto no se arreglará fácilmente —suspiró lentamente—. Se lo debemos contar a tu padre cuando vuelva del trabajo. —Un ligero temblor recorrió su cuerpo, como si de un escalofrío se tratase, pero Inés sabía cuál era la verdadera causa de esa reacción: el miedo.

La furia la invadió, haciendo que le temblaran las manos. No podía entender la injusticia de la vida. Allí estaba doña Clara, aterrorizada por la reacción de su marido, cuando solo había sido una esposa y madre ejemplar durante toda su vida; con respecto a ella misma..., simplemente tendría que pagar las consecuencias del abandono de Felipe mientras él se paseaba tan tranquilo con otra. No lo podría soportar.

Caminó con ansiedad por la habitación para intentar buscar la mejor manera de afrontarlo y poder explicárselo a su padre. Sabía que todo el cariño y orgullo paternos estuvieron siempre dirigidos a su querido varón, Leo, su ojito derecho, mientras que su hija, al igual que la madre, solo había sido un ornamento más de la casa. Se había limitado a tolerarla ignorándola la mayoría de las veces. El porqué de esa actitud, no lo entendía. No sabía si era por el poderoso parecido que tenía con su abuela, a la que nunca soportó, o simplemente porque nunca le interesó, dado que era una chica.

—Mamá, no te preocupes. Ya verás como papá me apoya. Al final quizás haya sido lo mejor, puesto que está claro que Felipe nunca me ha querido. — Con esos pensamientos, volvió a tomar asiento al lado de su afligida madre. Le cogió las manos, dispuesta a esperar la llegada del cabeza de familia.

Un denso silencio, solo interrumpido por el sonido de los cubiertos al golpear la fina loza de la vajilla, flotaba en el comedor estilo castellano de los Calleja mientras cenaban. Inés había intentado recomponer su aspecto antes de la llegada de su progenitor, pero no se atrevía levantar la vista mientras se dedicaba a jugar con la comida. Su hermano estaba estudiando en la Sorbona, por lo que no podía contar con su ayuda a la hora de enfrentar a su padre. La tensión que sentía se atenuó un poco cuando este comenzó un largo monólogo que duraría hasta los postres, sobre lo poco agradecidos que eran los patrones de las embarcaciones que trabajaban para él, no en vano era el armador más importante de la ciudad.

Su madre, que había permanecido en silencio durante toda la comida, la miró al comenzar los postres mientras hacía un gesto a la criada para que abandonara la sala. Era la señal inequívoca de que lo peor faltaba por llegar.

—Manuel. —Doña Clara hizo una pausa y alargó el brazo sobre el mantel intentando acariciar el dorso de la mano de su marido, pero sin llegar a hacerlo—. Tu hija y yo debemos hacerte partícipe de una terrible circunstancia de la que hemos tenido conocimiento esta misma tarde. —La mirada de su marido se desplazó de una a la otra.

—¿Malas noticias? Dime, Clara, ¿qué es eso tan terrible? —La inquietud asomaba en el rostro paterno.

—Inés ha recibido noticias de Felipe; —su madre inspiró para coger fuerzas y seguir hablando— ha decidido romper el compromiso para casarse con su prima Rosa, ya que su tío se lo impuso para poder heredar. —Sin más demora le tendió el papel, que la nana se había tomado la molestia de planchar para que no pareciera tan arrugado— Léelo tu mismo, por favor.

El semblante de don Manuel se demudó al leerla. Una fría máscara de furia le transformó el rostro. Levantó la dura mirada para clavarla en su hija.

—¿Qué es lo que has hecho, desgraciada? —con un ira contenida, se dirigió a Inés.

Alzó el brazo y con el puño cerrado golpeó fuertemente la mesa, haciendo que los utensilios de menaje chocaran entre sí. Debido a la fuerte sacudida, dos copas de la cristalería derramaron el vino sobre el mantel, y otra se quebró al chocar, en su caída, contra el plato.

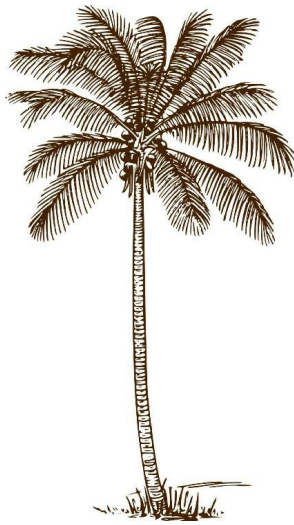
El corazón de Inés le retumbaba en el pecho desbocado. Los ojos comenzaron a inundarse de lágrimas mientras contemplaba impotente cómo su madre rompía a llorar, a la vez que se empequeñecía en su asiento intentando hacerse invisible. Inspiró fuerte para tomar fuerzas de donde no las tenía y enfrentó la mirada de su padre.

—Yo no he hecho nada, padre. A mí es a la que han dejado sin mediar palabra. Felipe ha sido tan cobarde que ni siquiera ha venido a verme para romper conmigo en persona. Hemos estado años de noviazgo y creo que merezco ese mínimo de respeto —soltó de carrerilla.

Cuando terminó, no se creía lo que le había dicho a su padre. Vio horrorizada cómo este apretaba los puños y se levantaba con tanto ímpetu que hizo caer la silla donde estaba sentado con un golpe seco.

—¡Cállate, insensata! —Con un bofetón, le cruzó la cara—. No me extraña nada que te hayan dejado, con esa lengua viperina que tienes. A ver si aprendes de tu madre a comportarte como Dios manda, aunque ya da igual, porque has conseguido quedarte para vestir santos. —¡Márchate a tu cuarto, y no aparezcas por mi vista hasta que te lo diga! Eres la vergüenza de la familia, tengo que pensar qué voy hacer contigo.

Inés salió llorando desconsoladamente, tocándose la dolorida mejilla camino de su habitación, único lugar de la casa donde, a partir de ese momento, encontraría refugio para sus penas.



Capítulo 2

—Buenos días, señorita. —La alegre voz de la nana la despertó del sueño —. La mañana está muy despejada y parece que no lloverá. Le traigo el desayuno porque su padre ha autorizado a que lo tome en su habitación para que pueda asistir a misa.

—Gracias, nana. No sé qué haría sin ti. —Inés intentó que los ojos permanecieran secos.

—¡Dios mío! Usted no puede salir a la calle con esa cara —dijo después de una breve mirada—. Vamos a ver cómo lo arreglamos. Tómese el desayuno mientras voy por un poco de manzanilla helada y sé la pongo en esos ojos. Por nada del mundo consiento que la vean así las brujas que pueblan esta ciudad. —Salió de la habitación con un revuelo de faldas, intentando darse mucha prisa.

Mercedes había sido su niñera desde que era apenas un bebé e Inés no dudó ni por un momento que cumpliría su promesa. La quería como si de una madre se tratase. Llevaba con ellos desde que era una jovencita de dieciséis años. Era la segunda de nueve hermanos y pronto sus padres la pusieron a trabajar en una lechería donde ordeñaba de sol a sol, además de alimentar a los animales y limpiar las cuadras. Su madre siempre le contó lo delgada y abandonada que estaba cuando el repartidor de leche, su tío, la recomendó para ocupar el puesto de ayudante de cocinera. Desde entonces trabajaba en su casa hasta llegar a ser para ella miembro más de la familia.

Contempló inapetente la bandeja repleta de comida: un buen café, con leche como a ella le gustaba, una rebanada de pan con mantequilla y mermelada de temporada. A pesar de tener un aspecto buenísimo. El olor a pan horneado y a café, hizo que el estómago se le encogiese protestando.

Haría un esfuerzo y comería algo ya que no le quería dar más disgustos.

Contempló la calle a través de la ventana mientras mordisqueaba el delicioso pan recién hecho y sorbía el negro líquido, que, en verdad, levantaba a un muerto y le estaba sentando realmente bien. Los recuerdos de la semana anterior desfilaban desordenados por su mente. Desde ese desafortunado día no había vuelto a ver a su padre porque seguía recluida en su habitación y él no la había hecho llamar para nada; la verdad, no le importaba lo más mínimo.

Su postura irrazonable la estaba haciendo sufrir mucho. Sobre todo, no podía dejar de preguntarse, con cierto dolor e incluso sentimiento de culpabilidad, cómo se encontraría su madre, a la cual le había dado un ataque muy severo de asma. Desde entonces no se había levantado de su lecho. La última noche, la había pasado fatal dándole vueltas a la cabeza y sin poder dormir debido a la angustia que sentía; no sabía la hora que era cuando al fin pudo conciliar el sueño.

—Señorita, ya estoy aquí.

La nana entró como una tromba en el cuarto interrumpiendo sus dolorosos pensamientos. Se la notaba nerviosa porque ella, aunque era de temperamento vivo, nunca había mostrado ese nivel de alteración.

Sabía, a pesar de sus intentos de parecer alegre, que estaba haciendo esfuerzos por animarla: la quería mucho, era un puntal muy fuerte para ella. En la casa todo el mundo caminaba sin hacer ruido y le constaba, que el servicio hablaba en susurros. Nadie se atrevía a levantar la voz por si la ira de su padre se centraba en ellos.

«Pobre nana. Ella también está sufriendo».

La pesadumbre se apoderó de ella. No tenía ningunas ganas de ir a misa, ni mucho menos de levantarse de esa cama donde, en realidad, deseaba quedarse para siempre cobijada. Que la dejaran en paz, lejos del mundanal ruido; eso era lo que realmente anhelaba.

Después de desayunar y de tener que quedarse quieta con las compresas de manzanilla helada en los ojos, Inés se empezó a arreglar con la ayuda de la niñera. Eligió unos zapatos cómodos para poder caminar, con una falda azul marino a media pierna de gruesa villela. La blusa color crema, la combinó con un chaleco del mismo tono. Un collar de perlas a juego con los pendientes pensó que le iría bien al conjunto. Sin ganas, echó una última mirada al espejo y bajó al vestíbulo en busca del grueso abrigo de paño. El velo, guantes y rosario los llevaba la nana, que la acompañaría. Su fiel guardiana y protectora; ella no dejaría nunca que nada malo le pasase.

Tuvieron suerte y pudieron llegar a la calle sin encontrarse con su padre. No se había atrevido a preguntar si todavía estaba en casa. Su madre, ya le habían comentado, se encontraba encerrada en sus habitaciones. Cuando reuniera fuerzas, intentaría ir a visitarla para darle consuelo.

El frío aire marino la golpeó en la cara. Respiró profundamente y cerró los ojos sintiendo cierto alivio en sus maltrechas emociones. El aire salobre

cargado de humedad le inundó los pulmones, mientras que los fuertes olores a alga seca y pescado explosionaban en su entumecida mente. El sonido de las olas rompiendo furiosas en el malecón la ayudó a recomponerse. Todas esas sensaciones eran familiares para ella porque siempre habían formado parte de su vida. Experimentarlas, la hacía sentirse segura cuando su propia existencia había dado un giro tan radical en tan poco espacio de tiempo.

Con ese ánimo, ambas enfilaron el paseo de Pereda hacia la calle Castelar, camino de la iglesia de San Antonio, popularmente conocida como Padres Capuchinos. El aire agitaba sus faldas haciendo que se le enredasen entre las piernas. Los cabellos, rizados por la humedad, se le escapaban del ajustado sombrero de fieltro negro que ella sostenía con una mano, con la otra se cerraba el cuello del abrigo con fuerza. Ese breve paseo, de alrededor de diez minutos, le hizo bien a sus nervios. Pudo olvidarse durante ese pequeño trecho de sus penas y disfrutó de hacer un poco de ejercicio.

Bajo el porche que formaban las tres grandes arcadas de medio punto, en la puerta de la iglesia, pudo distinguir, entre la gente que se agrupaba a la espera de que fuera la hora en que daba comienzo la misa, a su amiga Carmen con su madre y unas tías. Se animó mucho al verla. Estaba deseando confiarle sus penas, por ello, apuró el paso para saludarlas y charlar un rato antes de entrar en el templo.

Su amistad había comenzado durante su estancia en el colegio para señoritas en el que permanecieron internas en Francia; desde entonces hicieron buenas migas y, a pesar de que ya hacía tres años que habían vuelto, habían seguido visitándose con frecuencia. Sus madres se reunían una vez al mes en la parroquia y, a veces, ambas se quedaban a merendar en casa.

—Vamos nana. Démonos prisa. —Se giró para hacerse oír bien por encima del viento. Al darse la vuelta de nuevo, la sonrisa se le esfumó de la cara cuando, a falta de diez pasos para llegar hasta ellas, el grupo se disolvió sin mediar palabra como una bandada de palomas emprendiendo el vuelo.

—¡Carmen! —llamó a su amiga; esta le rehuyó la mirada y, sin despegarse de su madre, entró en la iglesia.

Un manto de dolor la envolvió comprimiéndola. Se sentía como si un gran alud de piedras se hubiera desplomado sobre su cuerpo, inmovilizándola hasta dejarla paralizada en medio de la acera. Casi podía oír cómo los trozos rotos de su corazón caían al suelo. La congoja le atenazó la garganta. Se llevó la mano al pecho en un intento de refrenar sus enloquecidos latidos.

Al quedarse allí parada, susurros maliciosos llegaron a sus oídos:

—¡Será descarada! Presentarse aquí como si nada hubiera ocurrido. ¡Habrá que ver qué es lo que ha estado haciendo con el novio para que la haya dejado! Valiente desvergonzada.

—Señorita Inés, siga usted para delante. No haga caso de esas lechuzas —le susurró la nana con voz firme haciéndola reaccionar.

—No te preocupes, no voy a llorar. Ya veo que las noticias vuelan con el viento, pero nunca pensé que mi amiga y su madre, personas que me conocen y me han visto crecer, me humillaran de esta forma. —Intentando ocultar las lágrimas, entró en la iglesia.

La paz que emanaba del templo la rodeó reconfortándola. Se acercó al altar mientras el eco de sus pisadas se derramaba en el ambiente. Le gustaba la sencillez del edificio, sin grandes ostentaciones. Enseguida, el sacerdote hizo su aparición y comenzó la homilía. Inés intentó guardar la compostura y no desviar la vista concentrándose en la ceremonia y haciendo verdaderos esfuerzos para calmar su enloquecido corazón.

Cuando esta acabó, observó que un sacerdote esperaba en el confesionario. Tras comprobar que no había nadie esperando su turno, se acercó y arrodillándose aguardó a que se abriera la rejilla.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre, he pecado.

—Cuéntame, hija.

Después de relatar las pequeñas faltas debidas a malas contestaciones o rencillas domésticas, Inés inició el relato de todo lo que le había acontecido hasta llegar a las actuales circunstancias. Cuando vació su corazón, oyó conmovida:

—Hija mía, debes tener paciencia y soportar lo que Dios te manda, ya que te está poniendo a prueba para hacer de ti una mejor persona. Con respecto a tu padre, no puedes dudar de su cariño ya que nuestros progenitores saben bien qué es lo mejor para nosotros. Apura el cáliz del dolor y espera a ver cuáles son los designios del Señor.

Terminó la confesión como una autómatas, se levantó y volvió a arrodillarse en un banco cercano. Todavía le chirriaban los oídos después de lo que acababa de escuchar. Por supuesto que no estaba de acuerdo con nada de lo que le decía ese sacerdote. Dudaba mucho de que Dios tuviera ese tipo de pensamientos y no entendía por qué se esperaba de ella ese sufrimiento, cuando Él ya debía de saber que no podía más, de hecho, creía que en ese

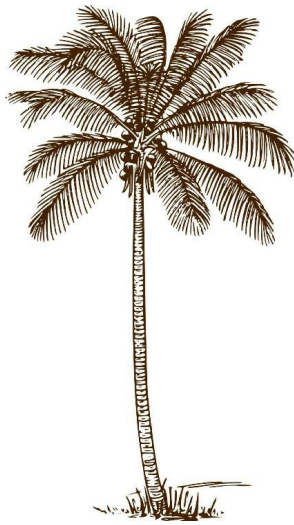
momento, le iba a dar algo a causa de la opresión tan grande que tenía en el corazón.

Meditando sobre ello, se quedó un buen rato rezando a San Antonio, cuya pintura presidía el retablo del altar mayor, para que le diera fuerzas a Felipe y lo hiciera volver a su lado; sin embargo, al instante, le pedía que se las diera a ella para no acceder, en el hipotético caso de que cayera en su error y le suplicara que le perdonase. Una chispa de rebeldía se iba fraguando en su espíritu sin que todavía fuera consciente de ello.

Procuró asegurarse de que todo el mundo había abandonado el templo antes de marcharse para evitar cualquier otro encuentro desagradable. Sus oraciones la ayudaban a afrontar su vida con una sensación de paz interior que no sabía cuánto le duraría. No terminaba de comprender cómo los actos de otra persona, podían desterrarla socialmente sin mediar palabra, puesto que ella era la misma de siempre, con sus defectos y virtudes.

Con gran desolación, entendió que poca gente la querría lo suficiente para apoyarla en esos momentos tan difíciles para ella; eso significaría salirse de la línea de lo preestablecido, y había que ser muy valiente para hacerlo.

Dándole vueltas a esos pensamientos, salió a la calle para desandar el camino hacia su casa.



Capítulo 3

Inés paseaba tranquila con la nana por El Sardinero. Aunque ella no lo apreciara del todo por su estado de ánimo, los jardines estaban preciosos. Los árboles, severamente podados con objeto de que dejaran pasar más luz a través de sus hojas, presentaban ya un aspecto cobrizo preparándose para el invierno. El Cantábrico ondulaba danzarín, color azul grisáceo.

Acababan de tomar una infusión de manzanilla en una de las bulliciosas terrazas que salpicaban el paseo, porque era lo único que calmaba a su torturado estómago. Al constante ardor que le subía por el esófago, como si de fuego se tratase, se le unía un dolor lacerante que le oprimía el corazón.

Ya hacía un mes desde que sentía una astilla incrustada en el pecho. Cada respiración parecía hundirla más profundamente. Desde que abría los ojos, por las mañanas, notaba como si cuchillo se le hubiera clavado en el alma. Su vida se había convertido en un solitario ir a misa, paseos con la nana y largos periodos de tiempo en sus aposentos. Cuando se aseguraba de que su progenitor no estaba en el domicilio, pasaba un rato a la habitación de su madre, donde intentaba distraerla leyéndole un rato; otras veces, sencillamente, compartiendo en su compañía el silencio. La trabajosa respiración no parecía mejorar desde el terrible suceso.

Inés había dejado de esperar visita alguna y lo que más le dolía era la ausencia de sus supuestas amigas. ¡Qué amargo era el trago de la decepción! Nunca se le pasó por la imaginación que, simplemente por no haber hecho nada, se convertiría en una paria social. Intentaba consolarse pensando que por lo menos, ahora sabía quiénes eran sus verdaderos amigos, los que de verdad la querían, es decir, nadie excepto la nana y su madre. Era muy triste pensar que, a sus veintiún años, eso era lo único con lo que podía contar.

Caminaba ensimismada recorriendo el acerado que bordeaba la terraza delantera del hotel El Sardinero, que daba nombre al paseo y a la playa, cuando la brisa le trajo unas carcajadas alegres. No supo qué le hizo girar la cabeza, quizás el sonido de su risa..., quizás fue su voz. Al cruzar la mirada con esos ojos marrones tan familiares para ella en un tiempo, y ahora percibirlos tan distantes, sintió un latigazo de pena que le atravesó el alma y la convirtió en piedra. La sorpresa la inmovilizó mientras un silencio sepulcral

envolvió el ambiente.

—Señorita, siga usted hacia delante. —La nana la rescató y, medio arrastrándola, consiguió que un pie se adelantara al otro y continuara andando de su brazo en un ciego caminar hasta casi la barandilla del paseo, donde se sentaron en un banco. Para entonces, un llanto acongojado salía a borbotones de su garganta. La pobre mujer no hizo intento de consolarla, puesto que ella misma se sonaba la nariz a su lado totalmente conmocionada.

Lloró a trompicones, como si cada sollozo le desgarrara la garganta. No le importó que alguien la viera, ni lo que pensarán...; ya no tenía nada que perder.

Debieron de pasar varias horas cuando un escalofrío la advirtió de que la tarde comenzaba a refrescar, lo que hizo que reaccionara. Se incorporó y se agarró a un árbol que había cerca. Grandes arcadas rompieron el silencio mientras intentaba expulsar lo que no tenía en el estómago. La oscura bilis la abrasaba en su recorrido hasta arrojarla fuera, manchando la tierra. Por fin, cuando se calmó, miró a su alrededor. El lugar estaba vacío, solo las rodeaba el ruido de las suaves olas que se perdían al llegar a la orilla. Giró la cabeza por encima del hombro y vio que la nana seguía sentada en el banco convertida en parte del entorno, tal era el grado de inmovilidad que presentaba. Al acercarse a ella vio que grandes surcos de pena le atravesaban el rostro; la cogió de las manos que reposaban en su regazo y zarandeándolas con delicadeza intentó que reaccionara pero todo fue inútil; comprobó que la tristeza la devastaba.

—Nana. —La llamó suavemente—. Tenemos que volver. —Los años se habían acumulado encima de sus hombros y la hacían encorvarse hacia delante. Inés se asustó, temía por ella—. Nana —insistió—, vamos a casa. — Le hablaba suave, con cariño. Esta vez, era ella la que la auxiliaba para levantarse y la guiaba en el camino de regreso.

Nada más llegar a su hogar, la ayudó a quitarse el abrigo y a ponerse ropa cómoda, y la dejó sentada en una butaca de su habitación. Isabel, la cocinera, aseguró que la cuidaría mientras ella subía a ver a su madre.

Llamó suavemente a la puerta y entró en el cuarto de su progenitora. Olía un poco a cerrado y las sombras ya empezaban a apoderarse de los rincones sin que nadie hubiera encendido las luces. Ambas se miraron y su madre cambió de semblante al descubrir su horror.

—Ven aquí, hija mía. Cuéntame qué es lo que te ha pasado.

Eso fue suficiente para que Inés corriera hasta postrarse de rodillas en el

lateral del lecho y, cogiéndola de la mano, con un suave llanto, le relató su encuentro con Felipe.

—Mamá, allí estaba con su prima Rosa, cortejándola. Los acompañaba su primo Mario con María, mi amiga. Todos pasándolo bien. Reían mientras merendaban tan alegremente. Lo peor fue que cuando la nana me sacó de allí medio a rastras, seguía oyendo sus carcajadas hasta que me alejé. ¿Cómo se puede ser tan cruel, mamá, sabiendo que yo aún lo quiero? —Su madre la escuchaba en silencio mientras le acariciaba el cabello.

—Mi pobre niña. Te han roto el corazón de todas las maneras posibles. Nunca pensé que no tuviera sentimientos. —Doña Clara la miraba con ojos acuosos en los que reflejaba todo su cariño.

—Mamá, estoy preocupada por la nana. Creo que todo esto la afecta tanto, que la supera; sufre igual o más que nosotras. No creo que vuelva a ser la misma después de tanto padecer. Es muy anciana para soportar tanta presión. —La madre la observó durante un momento como si estuviera pensando en lo mucho que había madurado su hija en tan corto espacio de tiempo.

—Inés, escúchame y haz todo lo que yo te diga. —La respiración dejó de salir trabajosa de su pecho—. Lo he estado pensando detenidamente y he llegado a la conclusión de que no puedes seguir aquí. Tienes que marcharte antes de que a tu padre le dé tiempo a pensar en alguna solución horrible para tu futuro. —Las palabras de su madre impactaron en su mente como una bala. ¿Marcharse? Una chispa de esperanza prendió en su pecho—. No quiero que estés destinada a llevar la misma vida que a mí me ha tocado. Deseo algo mejor para ti. Por lo menos, que tengas alguna posibilidad de intentarlo.

Observó perpleja cómo su madre, con manos temblorosas, empujaba las sábanas hacia un lado para incorporarse.

—Ayúdame a levantarme porque no tenemos tiempo que perder antes de que vuelva del trabajo.

La socorrió a ponerse la bata y calzarse. Bajaron a la planta de abajo y se metieron en el despacho de don Manuel.

—Cierra la puerta. —La voz de su madre era firme, ya no temblaba. Parecía otra.

Inés vio sorprendida cómo se acercaba al macizo escritorio de roble, encendía la lámpara que reposaba encima y, con mucha decisión, sacaba una larga llave. Se dirigió a la chimenea y, girando el enorme retrato de su padre que la presidía, abrió la caja fuerte y sacó un gran fajo de billetes.

—Toma, esto es para ti. —La cerró y, con mucho cuidado, lo volvió a dejar todo en su sitio—. Ahora ayúdame a subir otra vez a mi habitación.

—Dios mío, ¿qué voy hacer yo con tantísimo dinero? —Inés miraba atónita lo que tenía entre sus manos. Jamás en su vida había visto esa cantidad junta.

Una vez que llegó a ella, se dirigió al cajón de la cómoda y, rebuscando entre su ropa, le hizo entrega de un saquito que, por su peso, parecía estar lleno de monedas.

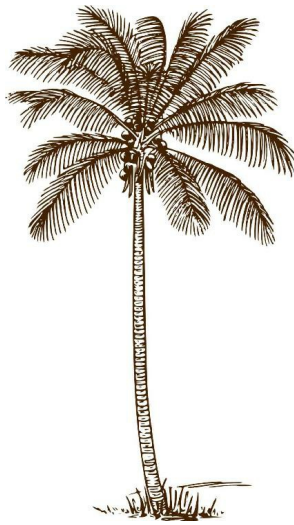
—Estas pesetas las he ido sisando de aquí y allí para tener unos ahorrillos. —Inés, a esas alturas, ya no sabía lo que pensar. Su madre se había transformado—. Coge este collar y todas tus joyas para llevártelos también. Nunca se sabe si te va a hacer falta venderlos o empeñarlos. Cena algo, e intenta dormir. A las cinco de la mañana, cuando pase el lechero dile que te lleve a la estación de trenes. Dale una buena propina y cómprate un billete para Madrid. Te recomiendo que no te quedes en la capital porque los tentáculos de tu padre son largos y podría encontrarte. Solo prométeme que escribirás a la nana cuando llegues a tu destino, y que siempre me tendrás informada. —La respiración comenzó a fallarle debido al esfuerzo. Se agarró a la cómoda.

Inés la condujo hasta el lecho y la ayudó a acostarse. La mente le iba a mil por hora mientras el corazón parecía que se le iba a salir por la boca. Ya no sentía la opresión que la ahogaba. La sensación había desaparecido.

—Ahora, despídete de mí y sal sin mirar atrás.

—Mamá, lo voy a hacer, pero no sé cómo voy a vivir sin ti. —Intentó que las lágrimas no se le desbordaran—. Te quiero mucho. Gracias por cuidarme tan bien y por ser tan buena conmigo. Dile a la nana que me faltaréis como el aire que respiro y, por favor, dale un beso de mi parte. Cuídate mucho, mamá, y no dejes que puedan contigo; hazlo por mí, porque te necesito. —Inés miró a su madre y mantuvo la entereza, como pudo, por ella. No quería que la viera flaquear y dejarla más preocupada de lo que, sin duda, estaría.

Le dio un fuerte abrazo con un beso para, a continuación volverse sin mirar atrás, como ella le había dicho. Temía que si lo hacía, le fallarían las fuerzas que tanto necesitaba para salir de allí.



Capítulo 4

Inés llevaba un buen rato agazapada entre las sombras. El miedo le trepaba por la columna y el frío de la madrugada le calaba los huesos. Comenzó a oír el lejano golpeteo de los cascos que le indicaba, que el carro del repartidor de leche se acercaba a su puerta. Hizo su aparición entre las sombras y se paró bajo el haz de luz que proyectaba la farola que guardaba la puerta de su casa, la que se disponía a dejar para siempre. El carro constaba de dos ruedas muy grandes, pescante cubierto por una pequeña toldilla y un compartimento posterior donde se guardaban los enormes cántaros de aluminio. Pudo comprobar que en su domicilio consumían bastante leche al ver como descargaba una garrafa entera y la dejaba delante del pórtico de la entrada. Inés decidió salir de su escondite; al repartidor, tras un pequeño sobresalto al descubrirla, se le agrandaron las pupilas por la sorpresa. Inés no quería que diera la voz de alarma.

—Buenas noches, señor. Siento lo inusual de la situación, pero me han comunicado que mi madre está muy enferma y debo llegar a la estación de trenes para ir a mi casa. ¿Tendría usted la amabilidad de acercarme? Puedo pagarle por el favor. —Inés le suplicó con la mirada. Había estado ensayando la historia para que fuera creíble.

El lechero la observó de arriba abajo con recelo, porque si bien era verdad que iba vestida con un traje de unas de las chicas del servicio que le había conseguido la nana, se dio cuenta demasiado tarde de que al dirigirse a él lo había hecho como lo haría cualquier señorita bien educada. Tendría que tener más cuidado.

—¿Lleva usted equipaje? —La voz denotaba desconfianza.

—Sí, una pequeña maleta. —Corriendo subió y agarró la maleta con ambas manos para exponerla a la vista.

—Bueno..., de acuerdo, pero iremos haciendo paradas por el camino. No puedo retrasarme en mi trabajo.

—Gracias, señor. —Se subió al pescante con rapidez, temiendo que cambiara de opinión.

Con el dinero y las joyas cosidas entre sus ropas, a buen recaudo, decidió llevar en su bolso el pequeño saquito de monedas que le había dado su madre.

Eran tantos los nervios y las expectativas que tenían puestos en el viaje que cuando el carricoche se alejó a paso ligero entre las trémulas luces de la calle, no volvió la vista atrás.

La estación de trenes de La Costa, como así la llamaban, mostraba un inusitado trajín a esa hora de la mañana. Inés nunca pensó que de madrugada, cuando prácticamente no había amanecido, pudiera existir tanta actividad. Enseguida pudo comprar un billete en tercera clase para Madrid. No quiso arriesgarse a viajar ni siquiera en segunda por si se encontraba a algún conocido que la pudiera delatar; además, tendría que ahorrar todo lo que pudiera de ahí en adelante.

Con la vista baja y procurando no llamar la atención, buscó el vagón y enseguida localizó su compartimiento. Comprobó que solo había otra chica sentada en él.

—Buenos días. —saludó Inés mientras se estiraba para colocar su maleta en el portaequipajes que se encontraba en la parte superior de los asientos.

—Buenos días —le respondió una dulce voz.

Tomó asiento justo enfrente de ella, que era donde le correspondía, ambas cerca de la ventana. Sus oscuros ojos chocaron con otros de color miel que le sonreían con un suave gesto, a pesar de que enseguida bajó la vista con timidez. Lucía una corta melena castaña a la altura del mentón. Su nariz era un poco más gruesa en la punta, y los labios delgados hacían que su apariencia transmitiera dulzura. Su vestimenta, a pesar de ser humilde, tenía clase. A Inés le llamó la atención lo bien cortado que estaba su abrigo, así como su coqueto sombrero, aunque la tela no fuera de las mejores. Pensó que no tenía comparación con el suyo propio, que se notaba que pertenecía a una sirvienta: mucho más burdo en su confección. Inés se había recogido el pelo en una gruesa trenza para no dejar su oscura melena suelta.

No les dio tiempo para poder conversar porque enseguida el compartimiento empezó a llenarse: primero, una joven embarazada que llevaba en sus brazos a un niño de corta edad. Ambas se apresuraron a prestar ayuda a la agotada mujer para colocar el equipaje y poder acomodarse. Tres soldados completaban el cupo. Juntos viajarían durante una larga jornada hasta llegar a la capital.

Después de los tres avisos del revisor con el silbato y el bocinazo de la máquina locomotora, el tren arrancó con grandes sacudidas, cruzando la neblina que formaba el humo que ella misma expulsaba, como si la fumarola de un volcán se tratase.

Los compañeros de viaje no tardaron en presentarse. Lucía Madrazo, la del sombrero coquetón, viajaba sola, como Inés, y su destino era Sevilla, donde quería abrir un taller de costura; la joven embarazada se llamaba Marta e iba a reunirse con su marido en la capital, lugar en el que había encontrado trabajo en una fábrica. Los tres soldados eran compañeros de cuartel y acababan de finalizar un permiso, por lo que regresaban a sus obligaciones.

A pesar de estar muy cansada, Inés no podía relajarse. La dureza de los asientos de madera, descascarillados en muchos sitios y llenos de muescas hechas con objetos punzantes, junto con el revuelo que formaba Pedro, de dos años de edad, la hicieron comprender que sería del todo imposible conseguirlo. En cuanto esto se hizo evidente, los soldados salieron al pasillo, donde abrieron la ventana para fumar.

Cerró los ojos intentando encontrar la paz que no sentía. No era la primera vez que viajaba, de jovencita lo hacía cuando tomaba el tren hacia Burdeos, pero en esas ocasiones iba con sus compañeras de colegio acompañadas de *Madame Moreau*, la profesora de música que las escoltaba hasta su destino. Pensó asustada en las paradojas de la vida, puesto que tan solo un mes antes de que Felipe rompiera su compromiso, jamás hubiera adivinado en que se convertiría en una paria social de la noche a la mañana. Eran cosas que siempre creyó que les pasaban a otras personas. Paradójicamente, desde el momento en que su madre la dejó marchar, toda la angustia acumulada durante el último mes había desaparecido. Ahora sentía miedo y soledad. La asustaba el futuro, puesto que aún no tenía decidido hacia dónde se dirigiría, además, siempre había sido una hija obediente por lo que nunca fue dueña de su propia vida; no tuvo que tomar nunca una sola decisión excepto la del atuendo que iba a vestir. Apoyada en la dura madera y golpeándose contra ella al ritmo del traqueteo del tren, intentó calmarse y no dejarse llevar por la desesperación sucumbiendo al llanto que se le acumulaba en la garganta.

A las tres horas de viaje, el rostro de Marta empezó a tornarse color verde. Se hizo patente que, entre el bamboleo constante del vagón y su hijo, que no paraba quieto, se encontraba realmente mal. Entre Lucía y ella la tumbaron en el asiento. Con la intención de que entrara más aire, Inés luchó con la ventana corredera de madera hasta que consiguió abrirla. Al asomarse, la brisa le azotó el rostro y se lo impregnó del mismo carboncillo que expulsaba la locomotora. Con un gesto muy poco elegante, se frotó como pudo contra la manga del traje y siguió atendiendo a la pobre Marta, que justo en

ese instante, empezó a devolver. En ese momento, Pedrito aprovechó para salir por la puerta, entornada para que se ventilara el compartimento, sin que ninguna de ellas se diera cuenta.

—¡Por Dios, ese niño, que lo van a aplastar! —Lucía corrió para asomarse al atestado pasillo al descubrir que se había escapado.

—¡Dejad que lo estrujen, que no le vendrá mal! —exclamó la enferma madre llena de impotencia.

Inés sonrió para sí misma, pensando en lo desesperada que tenía que estar para que dijera eso, mientras los soldados avanzaban por el pasillo apartando a la gente a codazos, en busca del niño.

Madre e hijo consiguieron dormirse después de la agotadora experiencia. Momento para el que aprovecharon ambas chicas para charlar con relativa tranquilidad.

—Si no es mucha indiscreción, ¿me podrías explicar porqué viajas a Sevilla? —preguntó Inés picada por la curiosidad.

Lucía se tomó su tiempo para contestar. Parecía reflexionar con la cabeza baja.

—Quiero abrir un taller de costura. Se me da bastante bien y me gustaría ser independiente y empezar en un sitio que no sea mi pueblo.

Inés permaneció en silencio mientras asimilaba la singular respuesta. No era propio de una señorita viajar sola, que se lo dijera a ella. Se fijó en la manos de su compañera y se dio cuenta de que eran manos de trabajadora. La piel rugosa se levantaba en los enrojecidos dedos.

—A mi se me da bien hacer encajes para puños y cuellos. También se bordar. Además, destaco con los números —una idea comenzó a abrirse en su mente—. Tengo algo de dinero ahorrado y, al igual que tú, me gustaría abrir un negocio.

En ese momento entraron los tres soldados para descansar un rato en sus asientos, por lo que ella aprovechó para rumiar sus ideas antes de exponerlas.

El resto del viaje transcurrió sin que las circunstancias variaran demasiado. A la hora de comer, todo el mundo desplegó los envoltorios de papel para compartir la comida que cada uno había llevado, excepto Inés, que comprobó consternada que no había caído en el detalle de coger nada, por lo que, agradecida, se alimentó de lo que le ofrecían. Entre todos lograron reunir un gran banquete. Los bocadillos de chorizo, el queso, las latas de sardinas y las manzanas, le supieron a gloria.

Llegaron a la estación de Chamartín al atardecer. En la estación

comenzaban a brillar las primeras luces. Todavía entraba la luz del atardecer que anunciaba las sobras. Inés se quedó parada sobrecogida por las dimensiones de la gran estación que se perdía en la vista. La gente abarrotaba los andenes con una actividad frenética. Los gritos de los vendedores ambulantes se confundía con el de las locomotoras que hacían su entrada o abandonaban el recinto. Los olores a comida se mezclan en el ambiente con el del carbón. El corazón le latía nervioso lleno de expectación.

Se despidieron de los militares y dejaron con cierto alivio a Marta y a su hijo en compañía de su marido, el cual les agradeció mucho todo lo que su mujer le contó que habían hecho por ella.

Lucía e Inés se quedaron paradas en el andén, reacias a despedirse. La gente, con las prisas, las zarandeaba al empujarlas sin miramientos. Allí todo el mundo parecía tener mucha prisa y no se disculpaban por su comportamiento. Durante el viaje, Inés había tenido tiempo de madurar una idea que le venía rondando la mente y que quería compartir con su compañera de viaje.

—Lucía, ¿te importaría que te acompañara hasta Sevilla? He decidido instalarme también allí, pero antes querría hablar contigo si no tienes inconveniente. —La miró con anhelo a los ojos.

Lucía le cogió las manos. Ambas se contemplaron en el espejo de la otra y reconocieron el mutuo dolor en sus miradas.

—Me gustaría mucho, Inés. No se me podría ocurrir una idea mejor, pero antes, cambiemos de estación y compremos el billete en Atocha. No vaya a ser que perdamos el tren.

Ya en la otra estación y con el nuevo boleto en sus manos, se dispusieron a cenar un bocadillo y tomar fuerzas para emprender de nuevo el viaje, ya que tendrían que dormir en el coche cama y pasar la noche viajando hasta llegar a Sevilla a primera hora de la mañana.

Se sentaron en la ruidosa mesa de una cafetería para alimentarse mientras pedían un vaso de agua cada una. Allí, haciendo tiempo hasta que el tren saliera, Inés le contó a su nueva amiga las circunstancias que la habían empujado hasta donde estaba. Ante el silencio de Lucía, le preguntó.

—Y a ti, ¿qué es lo que te ha hecho viajar hasta Sevilla? —Para su sorpresa, esta se echó a llorar.

—Es una larga historia —le dijo entre sollozos—. No es que no quiera contártela; al revés, estoy deseándolo, pero me hace tanto daño que todavía me siento incapaz de hablar de ello.

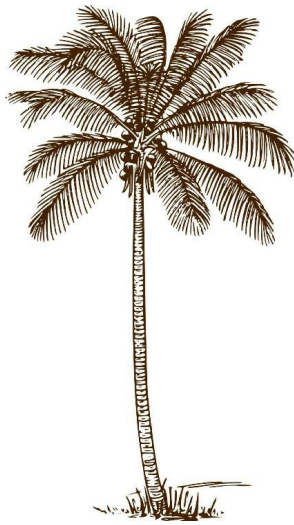
—No te preocupes, mujer. No llores. Sea lo que sea, debes saber que cuentas conmigo. Las dos vamos a empezar desde cero en una nueva ciudad donde, seguro, podemos empezar una nueva vida. Ya habrá tiempo para que me lo cuentes todo. Ahora, límpiate el rostro, que vamos a hacer planes para abrir nuestro negocio. Todo eso si me admities como socia, claro —le dijo mientras le tendía un pañuelo.

—Gracias. —Una chispa prendió en su mirada—. Tengo muchos planes.

—¡Qué bien! Tenemos todo el viaje para hablar del asunto.

De esa manera, sin que fueran conscientes de ello, dio comienzo una amistad que duraría el resto de sus vidas. Emprendieron el recorrido con la esperanza calentando sus corazones, que, junto con la fuerza de su juventud, haría de ellas una pareja de éxito.

.



Capítulo 5

Un año después

Sentado en una hamaca, en la cubierta de primera clase, Pancho Madrazo cerró los ojos. Los recuerdos desfilaban por su mente a galope tendido, sabiendo que si alguno se detenía, le cocearía dolorosamente el corazón.

Las palabras que le había escrito su hermana Juana desde el pueblo se le venían a la memoria hasta casi recitarlas: su madre se moría. El gastado corazón ya no tenía fuerzas para seguir latiendo, quizás de tanto sufrir.

Hacía veinte años que no la veía, pero aún recordaba ese rostro abotargado de tanto llorar cuando, sin levantar la mirada gris humo de su costura, le pidió que hiciera su hatillo porque al día siguiente partirían a Bilbao, donde embarcaría hacia América. Su hermana Lucía les había comunicado que estaba embarazada de su novio, Miguel Rabasco, el cual se desentendió y marchó a otro lugar, dejándolas a ella y a su familia sumidas en la más absoluta soledad. La impronta del pecado se extendió a sus otras dos hermanas, lo que hizo que se quedaran solteras. Recordaba la garra que le atenazaba el pecho y los ojos llenos de gruesos lagrimones al contemplar desdibujarse la silueta de su madre mientras el barco se alejaba de la costa.

Inconscientemente, fue a echar mano de la carta que guardaba en el interior del abrigo. Un doloroso latigazo le cruzó el pecho al confundir el suave tacto del paño con el de la áspera lana de la chaqueta de antaño, donde también había guardado con mucho cuidado su billete. Parecía que lo estaba viendo otra vez; resaltado con letra negra de imprenta, podía leer:

«Tercera clase; bajo cubierta; sección B».

A continuación, con una caligrafía de trazo fino que se fundía en el papel, rezaba:

«Indigente, gratis»

Los rotos graznidos de las gaviotas lo sacaron de su ensimismamiento. Un fuerte olor a salitre le entró de golpe en los pulmones.

«Ya debe de faltar poco para llegar», pensó.

Los motores traqueteaban provocando un ligero temblor bajo sus pies; mientras, el silbato del contra maestre aullaba las órdenes. Pancho miró a su

alrededor un tanto desconcertado mientras tomó consciencia de la actividad que lo rodeaba. Decidió levantarse y se colocó el sombrero. Comenzó a pasear por la abarrotada cubierta llena de pasajeros y niños jugando que aprovechaban las últimas horas de la magnífica tarde primaveral antes de prepararse para la cena.

Caminó lentamente hacia la proa del gran buque, se fijó en las parejas que charlaban agarradas del brazo. Justo delante, iba un matrimonio conversando alegremente acompañado por un crío de corta edad que tiraba una peonza bajo la cuidadosa mirada de su niñera. Desvió la vista para observar el mar, se inclinó sobre la barandilla y dejó que los ya debilitados rayos solares le acariciaran el rostro. Descubrió con diversión cómo una manada de delfines jugaban entre ellos con ondulantes movimientos, como si estuvieran bailando un vals mecidos por las olas. Parecían tan alegres en su cortejo al barco...

«Ya estamos cerca». El corazón le brincó con expectación.

Se volvió para encaminarse, sin prisas, hacia su camarote.

Eran las ocho cuando bajaba las escaleras que conducían al comedor; agarrado a la suave barandilla, sentía la madera deslizarse fácilmente por la palma de su mano. En el tramo final, estas se abrían en dos, dejando un hueco que llenaba una preciosa fuente de bronce con la estatua del dios Poseidón.

Justo en el último peldaño se detuvo para buscar con la mirada la mesa del capitán, el cual lo había invitado a formar parte del grupo que cenaría con él esa noche. Divisó su uniforme blanco al final de la gran sala alargada llena de mesas de diversos tamaños, todas con elegantes manteles de damasco. Cruzó con resolución el salón saludando con imperceptibles movimientos de cabeza a los pocos conocidos con los que había entablado conversación durante el viaje. Al notar la claridad que provenía de arriba, elevó la mirada y su respiración se cortó cuando vio el cielo tachonado de estrellas a través del cerramiento de cristal que cubría el techo de la estancia. La luna llena lo iluminaba desde lo más alto calentando su corazón, que latía ilusionado al contemplar, de nuevo, el cielo cercano a su patria.

Con educación, saludó al capitán, que le fue presentando a los demás acompañantes de la noche. El matrimonio de los Maza eran mejicanos de nacimiento y se disponían a visitar Galicia, la tierra donde habían nacido sus padres, acompañados de sus dos hijas casaderas: Isabel y Ana. De paso, se tomarían su tiempo para recorrer territorio español.

Tomó asiento entre las muchachas como indicaba el protocolo. El capitán lo hizo entre doña Ana María, la madre, e Isabel, la mayor de las dos. El

padre de ambas, Ismael, se sentó entre su mujer y su hija menor.

La cena transcurría agradablemente. Todos mostraban sus ansias por llegar pronto y sin mayores contratiempos a Bilbao.

—Pancho, ¿cuál va a ser su recorrido cuando ponga los pies en su patria después de tanto tiempo? —Don Ismael se atusaba el enorme mostachón que le cubría el labio superior. El contraste con la calvicie que adornaba su cabeza era evidente.

—Pues mire —contestó amablemente—, lo primero que haré será visitar a mi madre, que yace enferma en mi pueblo, Ramales de la Victoria. Pasaré allí un tiempo con mi familia y, luego..., ya veré. —Observó perplejo cómo las señoritas Maza reían a su lado emitiendo idénticos soniquetes, que parecían acompasarse en su afán por llamar la atención.

—Dígame joven, una vez que termine su visita ¿lo esperan compromisos de trabajo o familiares a su regreso? —Pancho estuvo a punto de dejar escapar una sonrisa, pero se retuvo y decidió aplacar la curiosidad materna.

—Mi socio se quedó al cuidado de los negocios, pero es verdad que no podré retrasar mucho mi vuelta, ya que el volumen de las ventas se incrementan incesantemente en esta época. Contestando a su pregunta, señora, le tengo que decir que por ahora no estoy casado ni comprometido con nadie.

La señora Maza dejó escapar un suspiro a la vez que sus hijas comenzaban a reír otra vez al unísono por algo que les debió de parecer gracioso. Pancho intentó disimular al descubrirse fascinado por los temblores a los que se veía sometido un medallón de oro macizo que reposaba entre los abundantes senos de su dueña y que parecía tener vida propia.

—Señor Madrazo, si no es mucha la indiscreción, me preguntaba a qué actividades están dirigidos sus negocios. —El padre de las chicas dejó entrever su interés.

—Me dedico a proveer a los agricultores y ganaderos de material que pueden necesitar. Desde semillas y abonos hasta las máquinas más modernas que los puedan ayudar en su trabajo.

Su respuesta debió de satisfacer a don Ismael porque el resto de la noche transcurrió apaciblemente. Se lo pasó bien evitando los mal disimulados intentos de la señora Maza por sacarle información y ensalzar las virtudes de sus niñas, respecto a las cuales, pudo comprobar lo que ya sospechaba desde el inicio de la velada: que no tenían mucha sesera.

Dejó pasar un tiempo prudencial después de los postres tomando una copa de coñac y fumando un cigarro antes de disculparse para marcharse. Declinó

amablemente la invitación de la familia para que los acompañase al salón donde iba a dar comienzo el último baile del viaje.

Doña Ana María no pudo dejar de mostrar su decepción cuando se despidió de ella besándole la mano. Don Ismael le dio un sonoro abrazo y le deseó lo mejor para cuando llegara a su pueblo. Las señoritas Isabel y Ana volvieron a reírse juntas mientras que les dedicaba una cabezada, deseándoles una buena estancia en España.

Un poco impaciente, se dispuso a abandonar el salón. Estaba nervioso e intranquilo ya que , después de tanto tiempo, no sabía lo que se iba a encontrar a su regreso, y eso le producía cierta desazón en el pecho.



Capítulo 6

Pancho llevaba cuatro horas viajando y ya habían dejado atrás Laredo, Limpias y Ampuero. El taxi circulaba por la estrecha y sinuosa carretera rodeada de vegetación. La emoción lo invadía desde que había desembarcado en el puerto de Bilbao.

«Estoy en casa»

Notaba que allí, en su patria, las cosas eran diferentes en la forma de construir las casonas de piedra, en las verdes praderas salpicadas de vacas pastando, en el clima: siempre refrescaba al caer la tarde, aunque hacía tiempo que el crudo invierno había pasado. Incluso la gente, con su rudo carácter, no tenía nada que ver con los mexicanos, mucho más afables y agradables en sus maneras. A él no le importaba porque se había criado en esa tierra y sentía que sus raíces estaban allí.

Abrió la ventanilla con la manivela y una bocanada de aire con olor a prado recién segado le llenó los sentidos. El sonoro discurrir del Asón viajaba por el aire hasta él, atravesando la espesa arboleda por encima del ruidoso motor del coche. No se había dado cuenta de todas las cosas que echaba de menos hasta que se bajó del barco y pisó, de nuevo, suelo español.

Después de atravesar Gibaja, antes de que la carretera comenzara a descender hacia el valle, la vista lo sobrecogió.

—Deténgase usted un momento, por favor —le ordenó al conductor agarrándole suavemente el brazo.

Las lágrimas pugnaban por salir y le nublaban la vista. Abrió la puerta del coche y descendió.

—Ramales —susurró para sí mismo.

Bajo sus pies, desde esa altura, en el valle formado por el Asón y el Gándara, su afluente, las casas del pueblo asemejaban un gran racimo naranja, del color de los tejados. Ya comenzaban a verse algunas luces desperdigadas, como en un nacimiento. Para cuando llegara, probablemente estarían todas encendidas. La campana de la iglesia sonaba llamando a misa. Al fondo, majestuoso, se erguía el pico San Vicente.

Volvió a inspirar y temblando de emoción se introdujo en el vehículo.

—Continuemos. —La voz le salió ronca del pecho. La impaciencia por

llegar se apoderó de él.

Cuando llegó a la casa familiar, ya había anochecido. Las sombras se habían apoderado del pueblo. Llamó a la puerta con insistencia; quizás no había nadie. El corazón le latía desbocado mientras oía ruidos de pasos.

—¿Quién llama a estas horas? —La voz femenina sonaba preocupada.

—Soy Pancho, vuestro hermano.

Susurros alterados traspasaban la puerta.

—¿Quién ha dicho que es? —La voz subió de tono, casi gritaba.

—Soy Pancho, Hortensia. Abre la puerta. —Gritos descontrolados formaron una algarabía mientras el cerrojo se descorría. Las cortinas de las casas vecinas empezaron a moverse.

La tranca se abrió y los tres hermanos se abrazaron con fuerza. Todos lloraban a la vez. El taxista, que ya había cobrado, dejó las maletas en el suelo y, sin que nadie lo notara, arrancó el motor y se fue.

Llevaban un rato en la cocina, donde ellas se habían empeñado en hacerle la cena. No podía creer que estuviera paladeando un exquisito queso fresco de vaca con membrillo. No sabía si llorar o reír de felicidad.

—¿Lo has visto, Juana? Está hecho un hombre. Casi me desmayo al ver lo guapo que es —comentó Hortensia sonriendo.

Pancho soltó una gran carcajada que le salió instantánea del pecho. Hacía tiempo que no reía así.

—Con ese pelo oscuro tan espeso y esos ojos plateados, que te atraviesan de una sola mirada..., tan parecidos a los de mamá. Eres igual de buen mozo que padre, que descanse en paz. —Juana lo contempló de perfil.

—La nariz recta con la punta un poco abultada es como la nuestra —se le adelantó Hortensia—. Nunca imaginé que fueras a convertirte en un hombre tan fuerte.

—Dejad de disparatar que me estoy avergonzado. No estoy acostumbrado a que me alaben tanto... ¡Vosotras sí que sois bonitas!, y lo digo en serio. —El sonrojo le coloreó las mejillas—. Por cierto, ¿cómo está mamá? ¿Y Lucía?

Un denso silencio inundó la estancia. Pancho oyó el lejano ladrido de un perro. Consciente de las ausencias, barrió la cocina con la mirada. Todo seguía igual: el viejo fogón de leña, el desconchado fregadero de loza blanco. La misma mesa de madera situada en el centro y cubierta por un hule blanco. Al posar su vista en la gastada vajilla de loza y los rayados vasos, la realidad se impuso de golpe. Las risas se marcharon con la brisa por la ventana, donde un cielo estrellado iluminaba la noche.

—Pancho, mamá ha fallecido —dijo Juana—. Hace ya diez días que la enterramos.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que ambas vestían luto riguroso. Una gran losa se hundió en su estómago. La emoción se apoderó de él.

—Tenemos que contarte... —balbuceó Hortensia.

—¡No me lo puedo creer..., he llegado tarde! —Apoyó ambos codos en la mesa y se mesó los cabellos con desesperación—. Me hubiera gustado decirle adiós. Aún me torturan las imágenes de su despedida y el sufrimiento que padeció durante años. ¡Pobre madre!. En parte todo lo que he hecho fue por ella, para poder ofrecerle lo mejor, y así compensarla de tanto padecimiento.

Ambas hermanas se situaron a su lado tomándole el hombro en señal de consuelo.

—Pancho, mamá vivió sus últimos años bien. Sobre todo gracias a ti.

—Pero ¿dónde está el dinero que os mandé? Veo que seguís viviendo tan modestamente como siempre. No lo entiendo.

—Eso no es del todo cierto, hermano. Nos compraste la casa y le hicimos arreglos, mañana los verás. Hemos incorporado las cuadras a la planta baja y construido nuevas estancias. En el prado, junto al huerto edificamos los nuevos cobertizos. También cerramos la balconada que da al sur y es una bendición sentarse allí. Lo llamamos la galería. Mamá se pasaba las horas en la mecedora viendo a la gente pasear por la calle y tomando el sol. Disfrutaba mucho —le contó Hortensia

—Vestimos bien y no nos falta de nada, todo gracias a ti. —Juana inclinó la cabeza, preparándose para seguir hablando—. Además, logramos ahorrar bastante dinero, que se llevó Lucía cuando se marchó de casa.

Pancho alzó la cabeza, alerta.

—¿Lucía? ¿Se ha marchado? ¿Adónde?

Las dos tomaron asiento y fue entonces cuando le contaron el sufrimiento de su hermana.

—Ya sabes que tuvo a su bebé: un varón precioso. Era la alegría de su vida. Entre todas la ayudábamos con la crianza. Los Rabasco, abuelos del niño, jamás lo miraron. En el pueblo nadie quería tener contacto con ella, como si de una leprosa se tratase. Nunca te contamos nada porque mamá no quería preocuparte. Lucía hacía los trabajos más humildes de la casa: fregaba el suelo y la ropa, cavaba el huerto. No se daba un respiro, como si quisiera redimirse a base de trabajar. El niño fue la alegría de nuestra madre, le

iluminó la existencia. Todas lo queríamos mucho. Dentro de la desdicha, fue un regalo precioso que la vida nos dio... hasta que cogió unas fiebres y murió. —A esas alturas ambas lloraban—. Madre nunca se recuperó del golpe. A partir de entonces perdió el interés por vivir y se dejó morir lentamente.

—¿Y Lucía? —insistió Pancho.

—Lucía... Ella, simplemente, enloqueció de pena. —Juana tomó la palabra porque su hermana sollozaba—. No comía, ni dormía. No se lavaba. Se empeñó en ir andando hasta el santuario de la Aparecida, de penitencia, decía ella. Estuvimos cinco jornadas sin verla, muertas de la preocupación. Un buen día, cogió todo el dinero que teníamos ahorrado en casa y se marchó. No tuvimos noticias suyas hasta que pasó un mes, cuando recibimos una carta diciendo que se encontraba en Sevilla. Hace un año que ha abierto un taller de costura.

—Nos pidió perdón por haber desaparecido de esa forma, pero gracias a Dios parece que es feliz y le va muy bien con una socia que ha encontrado. — Hortensia recuperó el habla.

Los tres hermanos se quedaron charlando un rato más contándose novedades, pero no demasiado, porque el agotamiento hizo su aparición y se fueron a la cama.

Lo primero que percibió Pancho cuando abrió los ojos por la mañana fue el alegre jolgorio de los pájaros que vivían en la copa del árbol cercano a su ventana. Miró el reloj y comprobó que eran las ocho. Los recuerdos del día anterior lo golpearon mientras se quedaba un rato poniendo en orden sus pensamientos bajo las mantas. Sentía que hacía fresco.

«Esto no es como en México, donde siempre hace calor», pensó.

Su dormitorio seguía igual que siempre, parecía que no había pasado el tiempo. La cama de hierro pintada de gris, con la mesita de noche haciendo juego, un gran armario de roble y una silla calzadora eran el sobrio mobiliario que componía el dormitorio. Apartó las mantas y se entretuvo observando el incesante trajín de los gorriones a través de la ventana de madera. Salió dispuesto a desayunar y lo que vio le impactó. Parecía que el tiempo se

hubiera detenido desde hacía quince años. Los tres dormitorios, el baño, un saloncito junto al comedor y la cocina, todo seguía en el mismo lugar. Los gastados tablones del suelo crujían bajo sus pasos cuando se acercó a la joya de la casa: la tan alabada galería inundada de luz y a rebosar de macetas con plantas de todos los colores. Dos mecedoras, con un costurero entre ellas, eran los únicos muebles.

Entró en la desierta cocina y se encontró con café recién hecho y un gran bizcocho elaborado con la nata de la leche.

«Esto está para chuparse los dedos».

Al bajar las escaleras pudo comprobar, a la luz del día, que el hueco de la escalera era una gran leñera. Las antiguas cuadras ahora eran dos amplias habitaciones: una la usaban de zaguán y la otra, la que daba a la fachada, fue la que le impresionó más. La habían convertido en una estancia con grandes ventanas que dejaban entrar mucha luz, y estaba repleta de sillas de costurera, telas e hilos de todos los colores por doquier. Una gran radio presidía la habitación.

Sin duda, esa era la habitación donde se desarrollaba la mayor actividad de la casa. «Ya era hora de que viera que se han gastado algo de dinero. Seguro que al día de hoy ya son ricas de tanto ahorrar». No sabía si alegrarse o enfadarse con sus hermanas. Tendría que tener una conversación con ellas.

Dejó el resto de la inspección para otro día y salió a la calle. Le hacía mucha ilusión ver los cambios del municipio mientras iba a visitar el cementerio. Quería ver la tumba de su madre.

En la plaza del pueblo dejó atrás el templete donde se situaba la orquesta todos los cuatro de julio, cuando se celebraba la verbena del mantón. Las vecinas lucían ese día sus mantones de Manila. Decían que la costumbre había arrancado en la guerra contra los franceses; uno de ellos debió de dejar atrás una caja cargada de ellos durante su huida. Probablemente los llevaba como regalo para las mujeres de su familia. Estos se repartieron entre las mujeres del pueblo e hicieron una fiesta para celebrar la liberación.

Ya había enfilado la calle del cementerio cuando notó que un señor mayor se paraba y se lo quedaba mirando; al principio no pudo reconocerlo, pero pronto cayó en la cuenta. El anciano hizo ademán de quitarse el sombrero para saludarlo, pero Pancho no le dio tiempo.

—Como se atreva a saludarme, le doy un puñetazo, Rabasco ¡Pedazo de cabrón! —Pancho tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no hacerlo —. ¡Haber guardado algo de su cortesía para mi hermana y su nieto,

miserable!

Siguió su camino y se metió en el cementerio en busca de la tumba de su madre. Allí seguro que conseguía calmarse.

Ya habían dado las cuatro de la tarde cuando volvió a la casa familiar. Después de pasar un buen rato rezando por su madre, no dejó rincón del pueblo sin visitar. La gente lo miraba sin atreverse a saludarlo. No estaba muy seguro de si sabían quién era, aunque ya se imaginaba que a esas alturas la noticia de su regreso había corrido como la pólvora. Había estado meditando sobre las cosas que le habían contado sus hermanas y ya había decidido que antes de volver a México, visitaría a Lucía en Sevilla. No se quedaría tranquilo si no lo hacía. Le gustaría comprobar con sus propios ojos que las cosas le iban bien.

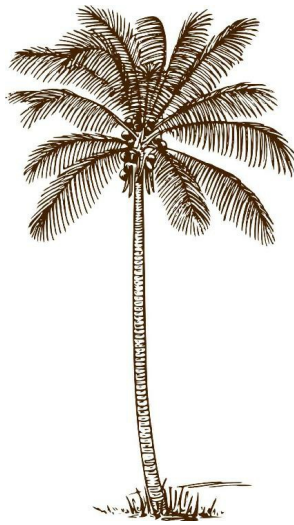
Al entrar en la casa, un montón de alegres voces atravesaron la puerta del cuarto de la costura. La abrió y asomó la cabeza.

—Hola, chicas. —Le hizo gracia ver las caras de asombro de las ocho jovencitas que componían el grupo, por lo que no dudó en esbozar su sonrisa más conquistadora, la que siempre le había dado excelentes resultados.

—¡Pancho! —Sus hermanas corrieron hacia él y lo introdujeron en el cuarto—. Entra y saluda a nuestras amigas.

Tomó asiento con ellas y la tarde se le pasó volando entre telas, chascarrillos y los programas de la radio. Allí mismo sirvieron una espléndida merienda elaborada por sus hermanas.

«Bueno, ya les informaré de la decisión que he tomado más adelante. No hay prisa», pensó antes de entregarse a disfrutar de tan grata compañía.



Capítulo 7

Pancho, ataviado con un elegante traje azul de mañana y el sombrero inclinado sobre una ceja con don aire, recorría con paso enérgico y fluido la estrecha calle del barrio Santa Cruz buscando el número donde le habían informado que estaba el negocio de Lucía. Se paró en la puerta de una casa y supo que la había encontrado; en el lateral de la misma se podía leer en un elegante rótulo con letras doradas: «Moda Parisina».

Cruzó el zaguán hasta llegar a una cancela desde donde se entreveía un patio. Tiró de la cadena y una chica vestida con uniforme de doncella respondió al sonido de la campana.

—Buenos días, desearía ver a la señorita Lucía Madrazo —saludó quitándose el sombrero.

—Buenos días, señor. ¿A quién debo anunciar?

—Por favor, dígame que su hermano Pancho ha venido a verla. —Los ojos de la chica se abrieron y le dedicó una bonita sonrisa.

—Espere aquí, por favor. No tardará en llegar. —Dio media vuelta, y desapareció por una puerta.

Pancho miró con sorpresa y asombro a su alrededor. Se encontraba en un bonito patio, de una casa sevillana en pleno barrio de Santa Cruz. El alegre sonido del agua salía de una fuente decorada con azulejos amarillos y azules ubicada en el centro y se esparcía por el ambiente; junto a una de las paredes, una pajarera con espacio más que suficiente estaba poblada de inquilinos de todos los colores, que revoloteaban a su gusto e hicieron las delicias de Pancho. Con sus alegres trinos, introducían un toque de júbilo en la atmósfera. Las macetas de helechos, aspidistras y palmeras inundaban el espacio de verde contribuyendo a crear una calidez que invitaba a quedarse allí sentado. Varias mesitas redondas salpicaban la terraza rodeadas de sillas; parecían dispuestas para tomar un té o café en cualquier momento.

Pancho oyó voces que se filtraban a través de unas puertas abiertas y se acercó para observar con curiosidad su interior. La escena lo dejó inmobilizado. La estancia consistía en un salón con una gran mesa alargada en el centro, donde descansaban pesados rollos de telas. Una clienta, sentada en una butaca tapizada en cretona inglesa, charlaba con una chica que parecía ser

la dependienta. Era la aparición más bonita que había visto en su vida, como si de un cuadro se tratase. El corazón se le detuvo unos segundos antes de seguir latiendo un poco desbocado. Ella estaba inclinada, enseñándole el material que sujetaba entre sus manos. El sol, que entraba por la ventana, iluminaba su cabello castaño haciéndolo brillar. Tenía una bonita figura, enfundada en un traje chaqueta de lanilla en tonos negro y rojo y cómodos zapatos de salón. Sus pantorrillas lucían esbeltas. Un estremecimiento lo recorrió de arriba abajo, dejándolo parado en su sitio. Le causaba cierta inquietud no poder verle el rostro. Como si presintiera que la observaban, la joven elevó inesperadamente la vista hacia el espejo enmarcado en oro ubicado enfrente de ella. Unos misteriosos ojos azabache lo observaron con un chispazo de sorpresa que se extinguió inmediatamente, tornándose fríos y cínicos; lo hizo sentir como un mirón, fuera de lugar. Un jadeo involuntario, salió de sus labios dejándolo sin reacción.

El sonido de unos pasos ligeros, casi a la carrera, lo hizo volver la cabeza. Justo en ese momento, Lucía se abrazó a su pecho entre sollozos.

—Lucía..., por fin te encuentro. —La voz le salió ronca, susurrante.

—Oh, Pancho... ¿Cómo no me avisaste de que habías vuelto? ¡Qué alegría verte!. —Lucía no podía dejar de sollozar entre sus brazos.

—Chiss, deja que te vea. ¡Estás guapísima! ¡Y cómo has cambiado! — Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. ¿De dónde sale esta chica tan guapa y elegante? ¿Dónde está mi hermana mayor, esa tan gruñona que me reñía siempre con tanto cariño intentando educarme?

Ambos permanecieron fundidos en un fuerte abrazo que no deseaban que finalizara. La emoción los embargaba. Se separaron para observarse con cariño.

—Lucía, nunca pensé que nos volveríamos a encontrar, ni contigo, ni con nuestras hermanas. Esto es un regalo que la vida nos hace y no lo pienso desaprovechar.

Cuando se recobró, volvió a intentar ver a la misteriosa chica, pero ya no estaba. Una puerta abierta al fondo le indicó que se había marchado. Lucía insistió en mostrarle el piso de arriba, donde tenía sus dependencias particulares. Estas consistían en dos habitaciones con un cuarto de baño, donde dormían ella y su socia, un coqueto saloncito y un cocina. Todas las estancias daban a una galería alrededor del patio.

—Lucía, coge el bolso, que nos vamos a dar una vuelta. Después de tanto tiempo, nos merecemos algo de tiempo para nosotros. —Los ojos de Pancho

brillaban por el reencuentro.

—No lo sé..., a esta hora vienen muchas clientas. No estoy segura de si es buena idea marcharme así. —A él le pareció que su hermana se debatía entre las ganas de hacerlo y su sentido del deber.

«Seguro que ni se acuerda de la última vez que se tomó un rato de descanso», pensó él.

Parados en el corredor superior, a Pancho le dio un vuelco el corazón cuando vio cómo la chica de los misteriosos ojos negros cruzaba el patio y se detenía ante la verja despidiendo a la clienta. Estaba dispuesto a preguntarle a su hermana por la causante de su desasosiego, pero no le dio tiempo, puesto que Lucía tiró de él y empezó a bajar las escaleras.

—Pancho, ven, que te voy a presentar a mi socia, Inés Calleja. —Su voz sonaba cantarina.

Cuando bajaron los últimos peldaños, ella se giró para encararlos. Iba sujetando entre sus manos muestras de lo que parecían tiras de encaje. Lucía hizo las presentaciones, e Inés, azorada, intentó en vano sostener las cintas con una sola mano para ofrecerle la otra. No pudo evitar que todo cayera al suelo, lo que hizo que ambos se agacharan a la vez a recoger el pequeño desastre. Un aroma afrutado lo envolvió alertando sus sentidos. La cabeza pareció que se le iba por un instante. Sin saber cómo, le ofreció la mercancía y sus manos se rozaron. Él retuvo las de ella durante un instante más de lo adecuado, alargando el tiempo. No comprendía por qué lo trastocaba tanto.

—Pancho me está proponiendo que salgamos a dar una vuelta. Tienes que acompañarnos, Inés. Podemos enseñarle el centro de Sevilla... —El parloteo de Lucía le llegaba conforme se le aclaraba la mente.

—Por supuesto —se apresuró a decir—. Para mí sería un honor que nos acompañara. Estaría encantado de ir con dos bellezas del brazo. —Intentó sacar, torpemente, su lado más zalamero mientras la interrogaba con la mirada.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero por nada del mundo estropearía con mi presencia vuestro reencuentro. Seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar. —La voz de Inés le aligeró el corazón. Estaba empezando a preocuparse por el efecto que ella ejercía sobre él.

Lucía se disculpó aduciendo que iba a coger su bolso, lo que hizo que se quedaran solos. Se produjo un embarazoso silencio mitigado un tanto por los entusiastas trinos de los pájaros. Se observaron mutuamente. A Pancho se le antojó que si tuviera el atrevimiento de acariciar su tez, sería como la seda. La melena castaña llena de ondas le llegaba hasta los hombros, haciendo que

ardiera de deseos de acariciarla entre sus dedos. Con una tímida sonrisa, ella hizo amago de marcharse.

—No se vaya —le dijo sujetándola del brazo.

Su propio arrojo lo desconcertó y comenzó a irritarse consigo mismo. Le gustaría saber qué demonios le estaba pasando. Empezaba a tener la desagradable impresión de que era un torpe; ese era un tema sobre el que no le interesaba nada profundizar.

Inés lo miró con sorpresa. La campana de la puerta repiqueteó anunciando la llegada de nuevas clientas y rompió el embrujo del momento. Pancho suspiró con alivio, pensando que lo había salvado de ponerse aún más en evidencia.

Al salir a la calle con Lucía del brazo, el día se le antojó menos luminoso que antes.



Capítulo 8

Pancho esperaba apoyado en un brillante Rolls-Royce negro con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Había invitado a las chicas a merendar y aguardaba impaciente mientras ellas terminaban de prepararse. No quería perderse la cara de sorpresa que pondrían cuando vieran su reciente adquisición. Le había llevado una semana hacer todas las gestiones necesarias para comprarse el vehículo, y ya tenía cuenta bancaria abierta en España para poder acceder a su dinero. También se había dedicado a visitar las poblaciones de los alrededores para saber el nivel de mecanización que poseían en el campo de la provincia, quedando gratamente sorprendido de las posibilidades de negocio que tendría en esta tierra. No había nadie que importara las últimas novedades en maquinaria procedentes de Europa y América. Siempre era bueno saber lo que hacían en otros países.

Al percibir movimiento en la puerta, se incorporó para recibirlas. La primera en salir fue Lucía, que corrió para abrazarlo; por encima de su hombro, buscó la mirada de ébano y captó la sorpresa inicial que le produjo el coche. Cuando ella encontró la suya, una sonrisa de satisfacción tironeó de la comisura de sus labios. Eso pareció no agradaarla, porque le devolvió el saludo con un escueto —«buenas tardes»—, antes de subir a la parte posterior del automóvil. Su reacción lo divirtió; la encontraba deliciosa y estimulante. Decididamente, mucho tendría que torcerse la tarde, para no pasarlo en grande.

—Buenas tardes, señoritas. ¡Qué afortunado me siento de gozar de tan buena compañía! —Haciendo gala de una exquisita educación, le abrió la puerta del automóvil a su hermana, puesto que era la única que aún no se había introducido en él.

Después de asegurarse de que estaban cómodas, rodeó el coche para subirse en el asiento del conductor. No pudo remediar seguir incordiando a Inés con sus zalamerías, porque, mientras su hermana las recibía divertida y contenta, la de Inés, se alargaba cada vez más mostrando su desagrado.

—La verdad es que no entiendo mucho de moda, pero sé distinguir a una chica guapa a un kilómetro de distancia, y sin lugar a dudas, vosotras lo sois. —Se volvió sonriente para mirar a Inés, que fruncía su boca, despertando en

él el deseo de besarla.

Ya al volante, se tomó su tiempo antes de arrancar para examinarlas sin disimulo. Lucía llevaba puesto un abrigo de verano en tonos verde agua e irradiaba una felicidad serena que le llegó al corazón. Bien sabía él lo que había sufrido su hermana. A su juicio, Inés llevaba otro bastante parecido, pero en tono fucsia, con los zapatos y bolso a juego. La melena, recogida en un moño bajo, resaltaba sus serias facciones, que indicaban que no estaba para bromas.

—Pancho, déjate de tanta charla y arranca el coche, que estoy deseando ver cómo circula. —Lucía no podía dejar de examinar con detenimiento el interior—. Es precioso. Por cierto... ¿de dónde lo has sacado? —dijo mientras acariciaba la suave tapicería de piel.

—Pues es mío. Lo he comprado para utilizarlo durante mi estancia en España.

Los ojos de Lucía se agrandaron por la sorpresa. —¿Y qué harás con él cuando regreses?

—No lo sé, quizás me lo lleve. Lo estoy pensando —dijo observando a Inés por el espejo retrovisor. Ella no perdía palabra de la conversación, pero no dejaba de mirar insistentemente a través de la ventanilla.

Llegaron hasta la calle Tetuán, situada en pleno centro, y consiguieron sentarse en una mesa en la concurrida cafetería La Española, una de las mejores para merendar en Sevilla. Pancho pidió un café con leche, y sus acompañantes, dos copas Viena, especialidad de la casa.

—Ya veo que no es la primera vez que visitáis este sitio —comentó divertido—. Sabéis perfectamente lo que tenéis que pedir.

—¡Madre mía, nos has cogido! Ya verás qué copas de chocolate y nata tan buenas nos traen. Pancho, deberías animarte y pedirte otra. Este sitio lo descubrió Inés paseando un domingo. También hay otra confitería, que se llama Ochoa y tiene cosas buenísimas para llevar a casa. Luego te la enseñamos por si alguna vez te apetece comprar algo preparado.

Mientras esperaban a que les sirvieran, charlaron sobre sus hermanas de Ramales, siempre intentando evitar temas dolorosos entre ellos. Inés los escuchaba y parecía contenta observando a la gente pasear. Se la notaba mucho más relajada que cuando habían llegado.

—Bueno, Inés, ¿qué me cuentas sobre ti? ¿Hace mucho que vives en Sevilla? —Pancho intentó cambiar de tema para que ella hablara y, de paso, enterarse un poco de su vida.

Al instante se dio cuenta de su error. Inés se enderezó en la silla como si le hubieran atado un palo a la espalda, con evidente incomodidad. Pancho no comprendía en qué se había equivocado.

—Nos conocimos en el viaje desde Santander y desde entonces permanecemos juntas. —Lucía intentó cambiar precipitadamente de tema—. ¿Sabes, Pancho? El negocio nos va muy bien —comentó un poco nerviosa.

Él captó el mensaje y guardó silencio; no quería meter más la pata. La intriga sobre ella creció en su interior. Decidió interrogar a su hermana sobre ello cuando tuviera ocasión.

En ese momento fueron interrumpidos por un matrimonio que iba acompañado de una chica más o menos de la misma edad que ellas.

—Buenas tardes. Lucía, Inés... ¡No podía creer que fueseis vosotras! Estáis guapísimas. Me ha costado reconoceros fuera de la tienda. —La señora las saludó con cariño.

—Buenas tardes, marquesa —correspondieron, besándola en la mejilla.

La pareja fue presentada a Pancho como los marqueses de La Jarilla, e iban acompañados de su hija Laura, la cual lo saludó ruborizándose. Durante la charla, ambas damas elogiaron con entusiasmo los abrigos de las propietarias de la casa de modas hasta que, después de las cortesías de rigor, siguieron su camino.

Una vez que Pancho liquidó la cuenta, comenzaron a pasear por la calle Tetuán hasta la plaza Nueva, donde se ubicaba el ayuntamiento y donde tenían aparcado el vehículo. Por el camino, no dejó de sorprenderse de la cantidad de señoras a las que saludaban, lo que le indicó lo exitoso que debía de ser el negocio que regentaban. El centro de la ciudad, a esa hora, estaba lleno de gente caminando, haciendo recados o volviendo a sus hogares. Todos los comercios con las puertas abiertas de par en par exponían sus artículos con cuidada elegancia; el ambiente se respiraba festivo. Aproximadamente, a mitad del recorrido, se toparon con una pareja de etnia gitana que hacían bailar a una cabra en lo alto de un taburete; esta ejecutaba los pasos al son del pasodoble que tocaba su propietario con una trompeta. La mujer, mientras todos observaban, desfilaba entre el público con una pandereta en sus manos recogiendo las propinas. Pancho les ofreció unas monedas repitiéndose a sí mismo, que probablemente, las necesitaban más que él.

La casa no estaba lejos, pero él no quería dejar de exhibir su coche nuevo, del que estaba tan orgulloso, por lo que insistió en que volvieran a subir. Sabía que la gente que los viera pasar pensaría que era un nuevo rico,

pero no le importaba nada, porque en realidad eso es lo que era: un nuevo rico. Estaba al corriente de que muchas de las personas con apellidos ilustres no poseían ni la mitad de la fortuna que él había logrado. Pocos conocían que, además de su negocio de utensilios y aperos agrícolas, poseía la exclusividad en la importación de bacalao salado en España, así como que era dueño de la marca de café más popular de México.

Observó a Inés durante el trayecto. No había conseguido hablar mucho con ella durante toda la tarde, puesto que seguía mostrándose muy retraída y poco habladora, pero cuando estaba con ella, Pancho se sentía como si se hubiera tragado un pez que no dejaba de dar coletazos en su estómago. Se sentía como un colegial en su primera cita: solo querría que lo mirara a él, que deseara conversar con él, y sobre todo, poder besarla hasta volverse loco. La atracción por ella era tal que anhelaba su contacto físico, aunque fuera solo un roce, así como acercarse a ella para que su aroma lo envolviera y poder grabarlo en su memoria.

Llegaron al domicilio traqueteando lentamente por la estrecha calle del barrio Santa Cruz. Existía un pequeño trecho por el que estaba prohibido circular y había que recorrerlo caminando. Intentó dejar sus pensamientos aparte y las ayudó a bajar del coche. Inés volvió a hacerse la despistada y lo bajó sin esperar su ayuda. Una chispa de diversión prendió en su pecho, porque sus continuos desafíos no conseguían otra cosa que despertar en él su lado más primitivo: el instinto de cazador.

La quería por encima de todo y haría lo que fuera necesario para conseguirla.

Esa idea se plasmó en su mente y lo sorprendió mientras cavilaba sobre el tema sentado en su coche. Todas las piezas empezaron a encajar a la perfección, a la vez que iba desapareciendo el desasosiego que sentía cuando pensaba en ella. Lo acababa de decidir: se quedaría a vivir en España. Liquidaría los negocios de América y se instalaría en Sevilla.

Hacía tiempo que no se sentía tan bien. La resolución que acababa de tomar lo hacía sentir ligero como una pluma. Contento, se dio prisa por volver a la habitación del hotel. Tenía muchas cosas en las que pensar e infinidad de cartas y telegramas que escribir.



Capítulo 9

Un año había transcurrido desde que Lucía y ella llegaron a la estación de Plaza de Armas, la de Córdoba, como la llamaban en Sevilla. Un año de duro trabajo y muchas estrecheces, pero había valido la pena porque actualmente gozaban de muy buena reputación y contaban con clientas que pertenecían a la alta sociedad sevillana.

La relación entre ellas siempre fue fácil porque las unían los mismos intereses y puntos de vista. Ambas eran trabajadoras incansables y lo habían dado todo para sacar a flote el negocio. En un principio, se habían instalado en una económica pensión situada en pleno barrio de Santa Cruz, regentada por doña Rocío, viuda de Martínez. Una señora entrada en carnes que alquilaba habitaciones debido a su maltrecha economía.

La casa de doña Rocío era prácticamente una casa de vecinos. El dormitorio que compartieron Lucía y ella era pequeño, solo cabían las dos viejas camas, un mesita de noche y una silla medio coja de enea la cual había conocido años mejores. El armario era tan pequeño que solo colgaban los abrigos y un par de trajes cada una. El cuarto de baño, comunitario, estaba ubicado al final de un largo pasillo en la galería que daba al patio, desde donde llegaba un perpetuo olor a comida. Lo que sí era cierto, es que todo estaba limpio e impoluto. De ello se encargaba Reyes, una chiquita de dieciséis años que se encargaba de ayudar a la propietaria. Siempre se la veía fregando mientras cantaba coplas a pleno pulmón con un gran delantal puesto y una larga traza que le llegaba hasta la cintura y sujetaba su larga melena.

La matrona poseía un gran corazón y no dudó en aconsejarlas para que contrataran a un buen corredor de fincas. Tras un mes de incesantes visitas, encontraron la casa donde habían instalado su domicilio y negocio, y que, tras unas pequeñas reformas, pudieron comprar con el dinero que llevaban las dos. Les alcanzó justo para adecentarla y comprar género con el que iniciar el negocio. Pronto se mudaron y se pudieron instalar en su nueva casa, encima de la tienda. Para subsistir los primeros meses, Inés tuvo que vender un collar de su madre. Le dio mucha lástima hacerlo, pero estaba segura de que estaría muy contenta con el uso que le había dado. Así se lo confirmó ella por carta. Una de las grandes penas que la embargaba era que su madre no pudiera ver en lo

que se habían convertido. ¡Hubiera sido tan feliz compartiéndolo juntas!

Los sevillanos resultaron ser personas de trato fácil y siempre dispuestas a compartir comentarios y chascarrillos. Para ellas fue un bálsamo, porque les dio la oportunidad de empezar sin cargas ni comentarios negativos. Tanto el clima como la ciudad les agradaban. Había sido un acierto escoger ese destino. No se cansaban de comentarlo la una con la otra.

Llevaba cinco días sin saber nada de Pancho y a Inés la corroía la impaciencia. No quería preguntar a Lucía sobre su hermano, porque pensaba que si lo hacía, podía delatar su interés.

Trajinaba nerviosa ordenando madejas e hilos en la sala de costura. Le gustaba que, al finalizar el día, todo quedara perfectamente ordenado y en su sitio para poder comenzar la jornada siguiente. Recoger era esencial para que las costureras pudieran acceder al material sin problema ninguno. Además, esa labor la relajaba mucho y la ayudaba a pensar cuando estaba inquieta, y el hermano de Lucía la inquietaba, y mucho, aunque todavía le costara reconocérselo a sí misma.

Cuando oyó la campana llamando a la puerta, supuso que Lucía había abierto, puesto que llegaron voces hasta donde ella estaba. El corazón le comenzó a latir más deprisa cuando distinguió la de él a lo lejos. Se quedó quieta como una estatua escuchando cómo se alejaban, por lo que se imaginó, que subían al piso de arriba.

Cuando la curiosidad y la inquietud la superaron, Inés salió al patio y se sentó. El atardecer era magnífico; el olor a dama de noche la llenó por completo inundándole los sentidos. Elevó la vista y se encontró con la plateada luna que la sonreía desde arriba. Cerró los ojos e inspiró fuerte; el ruido del agua de la fuente se le asemejó a delicadas campanillas tintineando. Esa tierra la había embrujado. La gente era alegre, charlatana y hospitalaria; a veces demasiado, pero su suave trato compensaba con creces otros defectos que pudieran poseer.

A sus oídos comenzaron a llegar retazos de la conversación que se desarrollaba en la planta superior. Su primer impulso fue marcharse, pero algo la hizo permanecer pegada a su asiento sin moverse.

—Pancho, ¿está seguro de la decisión que has tomado? —le preguntaba Lucía a su hermano.

—Sí, estoy seguro. Esta ciudad me gusta, Lucía. He estado visitando toda la provincia e informándome de las posibilidades de negocio, y estas me parecen inmensas. Aquí se gana dinero en el campo. El nivel de las

inversiones es muy bajo porque existen muchos arrendamientos. Algunos creen, que con la mecanización se acabará con la mano de obra y que la gente pasará más hambre, pero no es cierto. Yo estoy convencido de que les elevará la calidad de vida y, una vez que lo prueben, será imparable. Decididamente, quiero quedarme aquí. —Lucía y Pancho charlaban, probablemente, sentados en el salón de la casa.

¡Pancho se quedaba a vivir en Sevilla! La noticia impactó a Inés. Primero la sorprendió, pero luego notó asombrada como un inmenso júbilo la invadía. Eso la horrorizó porque se dio cuenta de que la idea le gustaba.

«¿Cómo era posible que la afectara de esa manera?» —No le hizo ni pizca de gracia.

—No he parado de trabajar desde el otro día. —Pancho proseguía hablando—. He adquirido un terreno en la zona de Nervión para abrir mi negocio. Constará de una zona de oficinas, otra de venta al público, y la más grande, destinada al almacenaje de utensilios y maquinaria. Además, también he alquilado una casa en el barrio del Porvenir, con servicio incluido, mientras pienso dónde voy a vivir. Ya estaba cansado de quedarme en un hotel. Deseo tener un espacio propio donde poder organizarme.

—Ese barrio es muy bonito. Algunas clientas viven allí y hemos tenido que ir a entregarles cosas. Las casas son elegantes, además, está muy cerca del parque de María Luisa, que es un sitio magnífico para poder pasear. Creo que has hecho muy buena elección.

Inés estaba emocionada. Le pareció que estaba escuchando a un hombre decidido y acostumbrado a triunfar, y eso le gustaba. Parecía saber muy bien lo que quería y no se paraba a analizar si a la sociedad le parecía bien o mal; eso lo había comprobado el otro día, durante el paseo en coche. Esa faceta suya la agradaba porque ella había sufrido mucho intentando complacer a gente a la que le importaba un rábano su felicidad. Desde entonces, un ligero desprecio hacia ese tipo de personas había anidado en su corazón. Ya habían llegado a sus oídos palabras sueltas como —«nuevo rico»—, murmuradas por señoras mientras aguardaban su turno para ser atendidas o bien a que se realizasen pequeños arreglos que les permitieran llevarse sus trajes terminados.

Comenzó a admirar interiormente a esa persona, a la vez que temía los pensamientos que le inspiraba. No debía dejarse llevar por sentimientos con los que solo acabaría sufriendo. Ya no le quedaban fuerzas para más padecimientos. Bien sabía que estaba harta. Por fin había conseguido llevar

una buena vida junto a Lucía y las chicas de la costura, aunque eso acarreará algún que otro momento en los que todavía suspiraba anhelando algo que ella misma sabía que no podría poseer: su propia familia.

—También he escrito a mi socio, Daniel —proseguía Pancho con su diatriba—. Le he dicho que liquide todas mis participaciones y posesiones en México. Si su deseo es comprarlas, le daré facilidades, pero si lo que quiere es volver a España, lo recibiré con los brazos abiertos. Me encantaría que pudieras conocerlo. Es una persona excepcional, además de muy trabajadora. Realmente nada hubiera sido posible sin su ayuda. Estoy ansioso por saber su respuesta. —¿Sabes dónde está Inés? Me extraña no verla por ningún sitio. — En su voz se notaba un deje de impaciencia.

—Pues no lo sé. Andará abajo ordenando o limpiando. Lo hace todos los días al acabar la jornada.

—Se me ha hecho tarde —dijo de repente nervioso—. Voy a buscarla para despedirme de ella y me marcho. Buenas noches.

Inés se sorprendió a sí misma escuchando y salió disparada hacia la habitación de la costura. Le dio tiempo de alcanzar una cesta llena de hilos de todos los colores y comenzar a hilvanarlos simulando estar concentrada en su tarea.

—Hola, Inés. No quería marcharme sin dejar de saludarte. —Oyó la grave voz a su espalda.

—Buenas noches —respondió sin volverse. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que sonara con normalidad.

Pancho dio unos pasos y se plantó delante de ella, lo que la obligó a mirarlo. Estaba guapísimo, como siempre. El tiempo pareció detenerse mientras su sola presencia llenaba la habitación dándole la sensación de estar atestada. Agarraba el sombrero en su mano derecha y lo mantenía pegado a su pierna. Sonreía. Su mirada la atravesó sobresaltándola, a pesar de que la esperaba.

Intentó que su rostro no mostrara ninguno de sus sentimientos mientras lo observaba. La emoción le cerraba la garganta. No se atrevía a hablar por temor a delatarse.

—Podrías levantarte y acompañarme a la puerta. Tengo muchas cosas que contarte —le pidió amablemente.

Ella dejó a un lado la cesta que tenía en su regazo y se incorporó. Quedaron a escasos centímetros uno del otro; ninguno hizo ademán de apartarse. Se observaron a esa distancia sin atreverse a hablar. Pancho la

envolvió en un fuerte abrazo y la besó. Fue un beso lleno de lujuria y avidez. Ella jamás había experimentado nada así. Lo más lejos que había llegado con Felipe fue unos amables roces en sus labios, de vez en cuando. El deseo la envolvió como una columna de fuego y se dejó llevar. No fue consciente, pero le devolvió el abrazo y se agarró a sus hombros para no dejarse caer. Ese gesto fue como gasolina para él, puesto que se tornó mucho más salvaje en su excitación. El miedo trepó por las entrañas de Inés y penetró como un ácido en su cabeza. Lo obligó a apartarse.

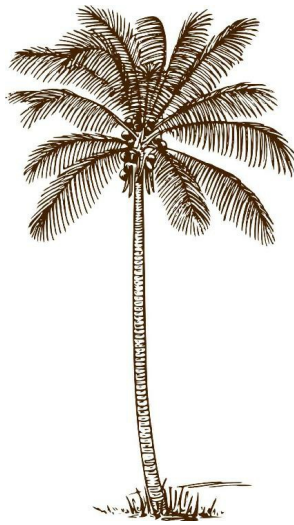
Inés no podía creer lo que había ocurrido. Ambos tenían las respiraciones descontroladas y jadeaban como si hubieran corrido una larga carrera.

—Pancho, debes marcharte. No quiero que esto vuelva a ocurrir.

—¿Por qué, Inés? No puedes negar que nos atraemos.

—Eso conmigo no ocurre —dijo negando la evidencia—. No pienso consentir que esto se repita. Vete ya, por favor.

Sin más, Inés se dio media vuelta y huyó hacia la seguridad de su habitación prácticamente corriendo.



Capítulo 10

Habían transcurrido dos semanas desde la última vez que vio a Pancho, pero ese tiempo se le había pasado volando. La primavera estaba dando paso a las altas temperaturas veraniegas, por lo que Inés estaba ocupada guardando los suaves tejidos de lana inglesa que traían de Gibraltar y sacando los finos piqués, batistas y sedas italianas, más propios de las fuertes calores que se avecinaban. Como la encargada de ejecutar los bordados y encajes más finos, esa época era la más trabajosa para ella, puesto que con la Semana Santa y la feria esas labores eran muy solicitadas durante las fiestas sevillanas.

El día anterior, Pancho había mandado recado a Lucía, avisando de que pasaría a recogerlas por la mañana para pasar un día en el campo. Al principio, Inés se había negado a ir. No creía que tuviera que estar presente en las citas que tenían los hermanos, pero la insistencia de Lucía la había hecho claudicar. Secretamente se debatía entre las ganas de verlo y la necesidad imperiosa de mantenerse alejada de él. No quería volver a caer en el hechizo de sus zalamerías y sus besos, puesto que para ella ningún hombre era digno de su confianza. Después del sufrimiento que Felipe le había causado, ya tenía aprendida la lección.

Lo que sí había hecho durante esas dos semanas era no parar de pensar en el beso que habían compartido. Intentaba no darle vueltas a las sensaciones que Pancho despertaba en ella, y a solas, soñaba con la posibilidad de que ese hombre fuera para ella, porque la verdad era que le agradaba.

Iban circulando por la carretera comarcal que une Carmona y Mairena del Alcor, e Inés no se cansaba de observar el panorama desde la parte posterior del vehículo, donde estaba instalada. Lucía viajaba sentada en el asiento del copiloto, junto a su hermano. El paisaje consistía, en su mayoría, en olivares de diferentes tamaños, pero, de vez en cuando, veía algún conejo corriendo, o simplemente alimentándose. Le hacía mucha gracia cuando las familias de perdices, con la mamá a la cabeza, caminaban en bandada a paso ligero huyendo del estruendoso motor que interrumpía la paz campestre. La ventana estaba abierta y el aire templado la golpeaba en la cara sin que le importara demasiado despeinarse.

La mañana prometía dar paso a un día caluroso puesto que ya se podía apreciar el bochorno flotando en el aire. Lucía y ella habían sido previsoras y vestían falda y blusa de ligera batista para combatir las altas cotas del termómetro. Pancho hacía lo mismo llevando camisa y chaqueta de lino, prendas muy apropiadas para la época del año. Este las había hecho dejar en casa el magnífico pícnic que ellas habían preparado para la hora del almuerzo. Sin entender el porqué de la decisión, le hicieron caso dispuestas a disfrutar del día de asueto que se les presentaba.

El coche perdió velocidad para hacer un giro a la izquierda y pasó entre dos grandes postes blancos de los que colgaba un cartel que rezaba: Hacienda El Rosario. El camino era de albero, y seguro que había conocido tiempos mejores, porque los traqueteos y sacudidas eran constantes. Cuando llevaban tres kilómetros circulando, el vehículo subió un repecho y Pancho hizo un alto pisando el freno. A lo lejos, majestuosa, toda encalada de blanco y brillando a la luz del sol, se erigía la hacienda. Destacaba rodeada de interminables extensiones de verde olivar. Serpenteando desde la distancia, se apreciaba lo que parecía un arroyo, cuyas aguas despedían pequeños destellos plateados haciendo visible su recorrido hasta perderse en la lejanía.

Inés se enamoró de inmediato de la vista. Pancho las hizo bajar para disfrutar del paisaje, dejando caer, como quien no quiere la cosa:

—Creo que no hace falta que os pregunte si os gusta. A mí me pasó lo mismo la primera vez que la vi. Os quería traer para que lo experimentarais vosotras mismas, porque ahora es mía. La he comprado. —Su voz era ronca, cargada de emoción.

Sus miradas se encontraron mientras Lucía lo abrazaba dándole la enhorabuena. El color de sus ojos resaltaba con intensidad debido al tono bronceado que había adquirido su tez, quizás por la cantidad de horas que pasaba al aire libre. Ella lo felicitó entre balbuceos, invadida por una repentina timidez. Así y todo, hizo un esfuerzo por demostrarle lo feliz que la hacía su adquisición.

—Como mi negocio está relacionado con el campo, he decidido invertir en tierras y convertirme en agricultor. Espero que todos podamos disfrutar visitando este sitio con asiduidad. Siempre seréis bien recibidas —dijo estas palabras sin apartar la mirada de ella. Le dio la sensación de que era como un lobo acechando a su presa, esperando cualquier fallo para saltar sobre ella. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Superada la sorpresa, se volvieron a subir al coche y siguieron por el

camino durante un par de kilómetros, hasta que este hacía un brusco giro en una curva de noventa grados. Pasaron por un puente de piedra que atravesaba el caudal del arroyo y enfilaron una avenida más ancha, que ascendía flanqueada a ambos lados por inmensos eucaliptus. El coche subió la cuesta sin esfuerzo alguno hasta traspasar unas enormes puertas de madera. Un mastín dormitaba tomando el sol, amarrado a una caseta cerca de la entrada; se incorporó a su paso saludándolos con un escueto y ronco ladrido mientras movía perezosamente el rabo.

Entraron en la casa a través de una reja acristalada.

—Es precioso. —Con asombro, Inés se llevó la mano al pecho. Olía a cera perfumada.

—Pancho, me dejas sin palabras. Este sitio es una maravilla. —Lucía tampoco podía dejar de sorprenderse.

—*Señorah*, si me lo permiten, he arreglado las habitaciones, por si ustedes quieren asearse *despuéh* del viaje. Si me acompañan, con *guto se lah* nuestro. —Una chica que debía de trabajar salió de la zona de servicio sorprendiéndolas. Se notaba que no estaba muy instruida entender a la gente.

La siguieron subiendo mientras deslizaba la mano por la suave madera de la barandilla. El techo se elevaba hasta una altura interminable. El descansillo se dividía en dos; tomaron el tramo de la izquierda. En la planta de arriba, Inés se sorprendió al encontrar una capilla con la imagen de la virgen del Rosario adornado con flores. Continuaron su camino hasta que llegaron a sus habitaciones.

Inés se quedó parada en la puerta contemplando el cuarto más original que jamás había visto. El dormitorio estaba decorado al completo con muebles sevillanos en tono azul marino. Todo ello hacía que pareciera inmersa en un *tablao* flamenco donde era habitual ver ese tipo de piezas. Se apreciaba que sus dibujos estaban pintados a mano. Unas colchas a juego con las cortinas completaban la decoración. Atravesó la estancia para abrir una puerta justo al otro lado. Era un cuarto de baño, y allí estaba Lucía lavándose las manos.

—¿Puedo pasar? —preguntó tocando ligeramente con los nudillos en el marco.

—Por supuesto, adelante —le respondió—. ¿No te parece todo esto una maravilla? No salgo de mi asombro. Estoy muy orgullosa de Pancho, la verdad es que ha llegado muy lejos con su trabajo. Solo era un niño cuando lo embarcaron hacia lo desconocido. Mi madre sería muy feliz viéndolo. —Una lágrima amenazó con rodar por su mejilla.

—No llores, mujer. Estoy segura de que se siente así, esté donde esté. — Inés la abrazó con ternura.

Cuando acabó de asearse bajó, y en el *hall* de la entrada encontró a Pancho, que miraba el exterior a través de una puerta con cristales de colores. Se encontraba de espaldas a ella, por lo que aprovechó para observarlo. Sus anchos hombros se ajustaban al tejido de su chaqueta; los cabellos le cubrían el cuello, quizás más largos de la cuenta. Las manos las tenía recogidas atrás.

«Son manos de pianista», pensó. «Grandes y con largos dedos». Se estremeció como si tuviera frío.

Pancho irradiaba una fortaleza que la hacía sentir segura, pero por otro lado, dudaba. No sabía bien lo que le sucedía. Ya había creído sentirse segura hacía tiempo, en su propia casa, con su propia familia, y fue donde peor lo pasó en su vida. No terminaba de fiarse.

Algún ruido debió de hacer, o simplemente él intuyó su presencia. Pancho se volvió y la miró.

—En ti estaba pensando, Inés. ¿Te apetece dar un paseo por el jardín? — Sonriendo, le ofrecía el brazo.

—De acuerdo, gracias. —Aceptó su ofrecimiento. No estaba convencida de si era conveniente pasar un rato con él a solas, pero no se le ocurrió ninguna excusa que fuera plausible.

El jardín la dejó sin respiración. No era muy buena calculando, pero tenía muchos metros de extensión. Lleno de arriates con flores, los senderos de albero zigzagueaban entre ellos.

—¿Te gusta, Inés? Por lo menos hay unas cien palmeras de diversas especies, o eso me han dicho. —Comenzaron a caminar por uno de ellos—. Te voy a enseñar la piscina, creo que te gustará.

Estatuas de mármol blanco representaban alegorías de las estaciones del año repartidas entre los parterres. En la piscina, un gran dios Neptuno de piedra miraba hacia el horizonte.

Durante el paseo, le fue explicando las variedades de árboles y flores que encontraban a su paso. Dejaron atrás la pista de tenis y una bolera montañesa que él mismo había mandado construir.

—Hay cosas que se llevan en la sangre allí donde uno esté —le explicó haciendo referencia a los bolos—. ¿No echas de menos tu tierra?

Tomaron asiento en unos bancos de piedra alrededor de una pequeña fuente situada bajo la sombra de una parra.

—Más bien, yo diría, que lo que echo en falta es a mi familia, pero no a

todos sus miembros. —Inés decidió sincerarse.

—¿Me contarás por fin que es lo que te ocurrió con ellos?

—Tuve un novio. Llevaba cuatro años de relaciones con él y ambas familias lo aprobaban. Yo era muy feliz, o eso era lo que creía, hasta que me dejó para casarse con una prima suya. Así lo estipuló su tío para poder heredar. Ahora me doy cuenta de que todo fue una excusa, porque su familia ya tenía una posición holgada como para que se sintiera en la obligación de hacerlo. Fui repudiada por todo el mundo, empezando por mi propio padre, y eso me hizo huir de mi ciudad. Mi madre y mi nana fueron las dos únicas personas que me apoyaron. No quiero volver a sufrir de esa manera. —Inés sollozaba al recordarlo.

Pancho, solícito, le ofreció el pañuelo que llevaba guardado en el bolsillo de la chaqueta.

—Inés, si por mí fuera, hace tiempo que hubiera hablado contigo, pero te he querido concederte un periodo mientras que arreglaba ciertos asuntos. — Parecía un poco nervioso, él, que siempre aparentaba estar seguro de sí mismo —. Desde que te vi, no he podido apartarte de mi pensamiento y tengo claro que te amo. Me harías un gran honor si quisieras casarte conmigo —Hizo una pausa—. ¿Qué me dices, Inés?— La miraba con ojos inseguros suplicándole una respuesta.

Inés se sonrojó mostrando su turbación. No podía decir que nunca había pensado en que podría llegar ese momento, pero sí era cierto que no se lo esperaba. La cogió totalmente desprevenida.

—No te voy a engañar diciéndote que no me agradas. Es más..., lo haces, y mucho. Contigo me siento muy bien y creo que vemos la vida de manera semejante. También tengo claro que respetarás que siga llevando el negocio con Lucía, cosa que no muchos hombres estarían dispuestos a dejarme hacer. Y es más, me encantaría formar algún día una familia; pero Pancho..., no estoy segura de estar preparada para dar ese paso en este momento de mi vida. ¿Me dejarás pensarlo? —Le cogió una mano entre las suyas—. Ten un poco de paciencia conmigo, por favor.

—Por supuesto, tienes todo el tiempo que necesites. Te pido que tengas en cuenta que yo no soy esa persona que te hizo daño, que he trabajado mucho hasta llegar donde estoy, y que acostumbro a luchar por lo que quiero. Valoro mucho lo que tengo, y si me aceptas, haré que no te arrepientas el resto de tu vida. —Pancho la estrechó entre sus brazos y ambos se fundieron en un beso cargado de emoción.

Volvieron charlando sobre los planes que ambos tenían para el futuro.

Ya era de noche cuando tomaron el camino de vuelta. Pancho había insistido para que se quedaran a dormir, pero ellas se negaron porque al día siguiente tenían la agenda cargada de citas con señoras que iban a probarse los vestidos. Las clientas no podían esperar, y ellas se alegraban por ello. Hicieron el trayecto en silencio y medio amodorradas por el cansancio. Cuando las dejó en casa, Inés en un arranque, se despidió de él besándolo en la mejilla. Lo vio alejarse, e iba sonriendo.



Capítulo 11

Inés se sirvió un vaso de agua con manos temblorosas, no en vano había estado trabajando sin parar todo el día. Nadie en el negocio había podido hacer un alto para comer con tranquilidad, y eso que habían contratado a una dependienta, así como a un par de costureras para ayudarlas.

Estaba en el cuarto de costura, donde entró para poder refrescarse y calmar sus agotados nervios. Oía a Lucía dar instrucciones a las chicas mientras revisaba los trabajos. Ella se encargaba de supervisar y organizar todo el taller, además, era única cortando patrones. De atender a las clientas, desde que entraban hasta que salían por la puerta, se ocupaba Inés.

Habían traído las mantillas con los encajes más delicados de Granada: las blancas para los toros y las negras para Semana Santa. Los mantones, los encargaban en Cantillana, donde estaban las mejores bordadoras y confeccionaban los flecos. Ese año todas las fiestas habían caído en fechas muy tardías, cerca del mes de mayo, por lo que los calores arreciaban.

Durante las dos últimas semanas la tienda prácticamente había estado abarrotada de público. Todo el personal trabajaba horas extras para que los encargos pudieran estar terminados a tiempo; y todo ese éxito, en parte, se lo debían a Pancho. Las había suscrito a las mejores revistas de moda; de América les llegaban *Harper's Bazaar* y *Vanity Fair*; el *Vogue* lo recibían de Francia. La noticia había corrido como la pólvora en Sevilla, donde a las mujeres les gustaba arreglarse e ir guapas. En ese momento, las señoras que estaban esperando ojeaban las últimas tendencias. Habían decidido engancharlas a un largo palo de madera para evitar las sustracciones, puesto que ya había desaparecido alguna.

La vida social que se vivía durante la primavera sevillana era muy activa y llena de acontecimientos. El clima era propicio e incitaba a la gente a lanzarse a las calles, donde les gustaba pasear. Algunas clientas, con la gracia andaluza que las caracterizaba, lo llamaban la oxigenación matrimonial.

Perdida en sus pensamientos, se alarmó cuando se dio cuenta de que llevaba un rato allí metida, y al salir, se sorprendió al ver a Pancho sentado en el patio charlando con el marqués de la Jarilla. Inés se acercó a los señores y ambos se levantaron de sus asientos para saludarla.

—Buenas tardes, señorita Calleja. —El marqués se inclinó y la besó en la mano.

—Buenas tardes, Inés. —Pancho hizo el mismo gesto—. Venía a visitaros, pero ya me he dado cuenta de que no ha sido buena idea. Esto está lleno de señoras; afortunadamente para el negocio —comentó guiñándole un ojo.

—Buenas tardes, caballeros. Espero que les hayan ofrecido algo que beber y así hacer la espera más liviana.

—Sí, señorita —respondió el marqués—. Precisamente habíamos decidido, don Francisco y yo, irnos al Aeroclub a tomar algo y volver más tarde. De paso, aprovecharemos y hablaremos de negocios. Dígale a mi mujer, por favor, que me mande recado cuando haya finalizado, y volveré a recogerla.

—Yo también probaré suerte y me pasaré más tarde —aprovechó para decir Pancho mientras le dirigía una intensa mirada cargada de dobles intenciones.

Inés los observó salir por la puerta divertida. Pancho era incorregible. Ya hacía un mes desde que estuvieron en el campo y no habían podido disfrutar ni de un minuto a solas. Hasta entonces, no la había agobiado para que le diera una respuesta, pero sí era cierto que no desaprovechaba ocasión para lanzarle alguna indirecta, como acababa de suceder.

A pesar de todo el trabajo que se les acumulaba, Inés no había parado de pensar en él y reflexionar sobre la propuesta que le había hecho. El estómago le aleteaba cada vez que recordaba los momentos de intimidad que habían compartido, y un sentimiento de euforia y felicidad la invadía cuando pensaba en su posible vida con él. Por la noche, en la soledad de su cuarto, se subía a la nube de las ensoñaciones y era feliz pensando cómo transcurriría todo cuando se unieran. Se imaginaba así misma casada, con cuatro o cinco niños, con el negocio floreciente y siendo muy feliz junto a esa persona que la quería y comprendía. Ella sabía que Pancho respetaría su independencia económica. También quería ser madre, y la idea de concebirlos no le resultaba para nada desagradable, incluso le era placentera, tenía que reconocérselo.

Cuando aterrizaba en la realidad, se preguntaba qué hacía entregando su libertad e independencia a otra persona. Eso era impensable para ella hace unos meses. Había podido escapar de la influencia paterna gracias a su madre, y no le apetecía tirar por la borda todo lo que había conseguido.

Por otro lado, sabía que si no te lanzabas nunca obtendría algo a cambio. Las cosas salían bien cuando previamente se había arriesgado. La vida no te regalaba nada envuelto en un paquete y con un gran lazo; la constancia, la

lucha y el sacrificio eran imprescindibles para conseguir las metas que cada uno se fijaba.

Antes de que esos pensamientos acabaran, se vio envuelta otra vez en la vorágine del momento al que se entregó en cuerpo y alma sin dejar resquicio para nada más.

Eran las ocho y media cuando salió por la puerta la última clienta. Las costureras se habían marchado todas a sus casas después de una extenuante jornada. Las demás se encontraban charlando sentadas en el patio cuando alguien encendió la radio. Un pasodoble empezó a sonar..., y Lucía e Inés se miraron.

—Vamos a bailar, Lucía. Haremos como si estuviéramos en una verbena de nuestra tierra.

Las risas flotaban en el ambiente mientras la pareja formada por Juani, la sirvienta, y Coral, la dependienta, ejecutaba los pasos, agarradas entre ellas, acompañadas por Lucía e Inés.

Llamaron a la puerta y Pancho hizo aparición uniéndose al jolgorio. Se acercó a Inés y le pidió ser su pareja; al hacer el cambio, comprobó entre risas cómo Lucía cogía un maniquí y seguía el son de la música.

Pancho acabó bailando con todas. Previsor como era él, había traído consigo una botella de champán debajo del brazo. —«Para celebrar el éxito de la tienda», —según había dicho.

Ya hacía un rato que todos se habían retirado a sus aposentos. Pancho e Inés se habían quedado compartiendo el silencio en grata armonía; sentados, observaban las estrellas después de la larga jornada de trabajo. El aroma a jazmín flotaba en el aire. No en vano se abrían los pétalos al llegar la noche y su aroma dulzón invadía la casa. El gorgoteo del agua de la fuente transmitía serenidad.

—¿Sabías que las flores del jazmín son un magnífico repelente de mosquitos? —Inés rompió el silencio—. Si no quieres que te molesten durante el descanso, no hay más que coger un puñado de ellas, cuando aún están cerradas, y dejarlas durante las horas de sueño en tu mesilla de noche. Se abren y te protegen de las picaduras porque su olor los ahuyenta. —Yo, desde que lo he aprendido, siempre lo hago.

Pancho le agarró la mano e Inés sintió su mirada sobre ella. Volvió la cabeza y sus ojos se encontraron. Inés sabía que había llegado el momento de darle una respuesta.

—Pancho, quería agradecerte el haberme dado tiempo y no atosigarme. —

Comenzó a acariciarle el dorso de la mano con el dedo índice.

—Ya te dije que no lo haría. Yo siempre procuro cumplir mi palabra. —
Los ojos grises parecieron oscurecerse.

—Lo he decidido y estoy encantada de aceptar tu propuesta y casarme contigo. Nada me gustaría más.

Pancho se incorporó de un salto de su asiento y la envolvió en un abrazo.

—Gracias, Inés. Haré que no te arrepientas. Me haces el hombre más feliz del mundo. Pancho buscó sus labios y la besó con pasión.

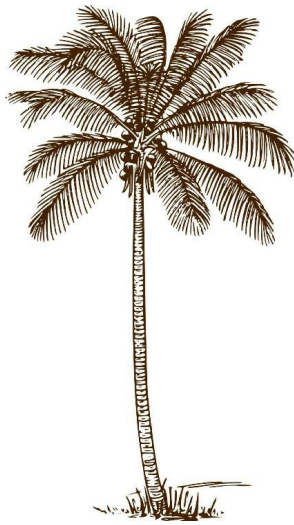
Cuando lo abrazó notó la sangre palpitándole en el cuello. Sin previo aviso, él se apartó y empezó a buscar algo en los bolsillos de su chaqueta. Sacó un pequeño paquete y se lo entregó.

—Inés —dijo emocionado—, llevo tiempo transportando esto conmigo por si te decidías a responderme. Reconozco que, a veces, lo he pasado mal imaginando que tu tardanza se debía a tu intención de rechazarme ¡Menos mal que me equivoqué!

Al abrirlo, sacó un anillo con un solitario brillante engarzado en platino y se lo introdujo en el dedo. —Espero que te guste, amor mío.

—¡Claro que me gusta, tontorrón!, ¡me encanta! —Inés lo besó llena de felicidad.

En ese momento, sus corazones solitarios latían al unísono. Juntos, se besaron y estuvieron haciendo planes hasta altas horas de la noche.



Capítulo 12

Después de dar un paseo por la abarrotada cubierta observando a la gente, el corazón le dio un vuelco al acordarse de un papel muy bien doblado que había guardado en el bolsillo del pantalón. Con movimientos apresurados lo sacó y lo fue desdoblando. Resaltado en letra negra de imprenta pudo leer: «Tercera clase; bajo cubierta; Sección centro B». A continuación, con letras más afinadas, como si formaran parte del papel, rezaba: «Indigente. Gratis».

Pancho miró alrededor suyo desorientado. No entendía lo que decía el mensaje. Tanta gente lo aturdió porque no estaba acostumbrado a las grandes aglomeraciones. Se sobresaltó al oír que le preguntaban:

—¿Viajas solo? ¿Te has perdido?

Se volvió buscando el origen de la voz y se topó con dos ojos marrón claro que lo observaban atentamente. El dueño de esa mirada tendría unos catorce años, era atlético y prendía una gorra ceñida hasta las orejas que le cubría el cabello completamente.

—No me acompaña nadie. No entiendo lo que dice este papel —le contestó, tartamudeando, mientras le mostraba con pulso tembloroso lo que tenía en las manos.

—Ah, bueno... No te preocupes. Ese es el sitio donde vas a dormir durante la travesía. Acompañame y te lo enseño. Yo sé dónde está.

Giró con tal velocidad que a Pancho casi no le dio tiempo de agarrar su pequeño petate donde guardaba todas sus pertenencias para seguirlo a la carrera. Sorteando a las personas con gran agilidad, lo vio desaparecer por un mamparo. Trotando por las escaleras, fueron descendiendo hacia las profundidades donde el aire se volvía cada vez más rancio y la luz escaseaba, lo que dificultaba la bajada.

Cuando llegaron a las entrañas del navío, empezaron a recorrer un largo y estrecho pasillo con múltiples cubículos adosados. Pequeños haces de luces se colaban entre los resquicios. Los compartimentos se asemejaban a cajas de cerillas donde las mujeres con niños intentaban colocar, sin mucho éxito, sus escasos equipajes. Un fuerte olor a humanidad impregnaba el ambiente, se hacía tan fuerte que Pancho tuvo que pinzarse la nariz. Al

final, el espacio se ampliaba en una estancia abarrotada, donde colgadas en diferentes alturas, las hamacas estaban ocupadas por los hombres que viajaban solos. Lo primero que pensó al verlas fue en cómo se las apañaría para poder subir tan alto.

—Aquí es donde dormiremos. Yo tengo el mismo pasaje que tú.

—¿También viajas sin compañía? —le preguntó intentando que no se le notara el toque de ansiedad que le agarrotaba la garganta.

—Daniel García —se presentó, a modo de respuesta, tendiéndole la mano—. Mi padre mandó llamarme para que lo ayude a enviar más dinero a casa. Soy asturiano y a mi madre no le llega para alimentar tantas bocas. — Terminó de hablar jadeando; las prisas por bajar a galope tendido, junto con las explicaciones, lo habían dejado sin resuello.

—Mucho gusto. Francisco Madrazo. Todo el mundo me llama Pancho. —Le empezaba a gustar la compañía de Daniel. Ya no se sentía tan solo.

—Estupendo, deja tus cosas y volvemos arriba para ver la velocidad que toma el barco.

—Eso, ¡vamos a ver lo rápido que va! —Ambos se apresuraron a desandar lo andado, camino del exterior.

Pronto se estableció la rutina a bordo del buque. Para Pancho, ese hábito transcurría en un ir y venir de cubierta a bodega. Escuchaba a los tripulantes y pasajeros contar historias que llenaban su imaginación sobre fortunas en el país de destino. Ese viaje fue el origen de su amistad con Daniel. Ambos compartían el rancho de abordaje, así ninguno pasaba hambre. Daniel más corpulento, siempre lo defendía cuando surgía cualquier alboroto. Pancho le correspondía adorándolo; hacía recados, remendaba la ropa y resolvía asuntos del diario.

A consecuencia de la mala alimentación y falta de higiene, comenzaron a llegar las enfermedades, que se cebaron en los más débiles. Diarreas, vómitos, encías que sangraban y pulmones afectados debido al frío intenso que hacía en alta mar.

El undécimo día, por la noche, mientras todos dormían, Pancho se espabiló; no sabía qué hora era, pero despertó a su amigo y juntos subieron a cubierta. El cielo era una extensión insondable y aterciopelada; observaron que empezaba a transformarse del negro al añil. Estaba amaneciendo. El horizonte comenzó a teñirse de rosa; la tierra, a lo lejos, todavía era un borrón oscuro, una franja grisácea en el horizonte. Tierra..., eso era lo que veía. Somnoliento, se frotó los ojos con el reverso de la mano

por si la vista lo engañaba.

—¡Tierraaa! —Con el corazón a desbocado, salió corriendo sin dejar de vocear. ¡Por fin habían llegado!

Su nuevo patrón lo recogió al desembarcar para llevarlo con él a su vuelta, ya que había aprovechado el viaje para aprovisionar su negocio de mercancías de ultramarinos. Emprendieron un largo viaje en tren que duró tres días. Daniel los acompañaba; la casualidad o la suerte, como quisiera llamarse, hizo que ambos amigos tuvieran idéntico destino: Aguas calientes. No en vano estaba poblándose cada vez más de personas que, en busca de un nuevo futuro, huían de la pobreza. Llegó el final del viaje, ambos se separaron, ya que el padre de Daniel lo estaba esperando. El alivio de ambos fue grande al descubrir que vivirían en la misma zona.

Pancho se instaló en el pescante al lado de su patrón, don Antonio, como le pidió que lo llamara, y al que le entregó una carta de recomendación, ya que había sido vecino de Ramales y hacía tiempo que se había establecido en México, donde era dueño de una tienda de ultramarinos.

Contempló con fascinación todo lo que lo rodeaba sin notar el calor impregnado de humedad, que hacía que la ropa se le pegara a la piel ya a esas horas de la mañana. Pájaros con vistosos plumajes volaban por encima de ellos, la frondosa vegetación los envolvía queriendo llegar a todos los sitios. Esas gigantescas plantas con hojas interminables lo fascinaron. El nuevo mundo lo hechizó; se abrió ante sus infantiles ojos, que lo absorbían todo como una esponja.

Al cabo de una hora viajando en el carro, casi dejó de oír a su acompañante, que, con cadenciosa voz, lo iba poniendo al corriente de su familia. El lento traqueteo del carro tirado por una mula junto con el calor, le produjo un ligero amodorramiento. Su cuerpo comenzó a balancearse sin control hasta que, sumido en un profundo sueño, terminó apoyado en el costado de su jefe.

Al mediodía, cuando la temperatura arreciaba, llegaron a su destino. Pancho se despertó cuando el carro se detuvo. Estaban ante una casa de madera. Una bonita señora aguardaba de pie en la entrada. Llevaba el cabello negro recogido en una trenza y sus rasgos eran parecidos a los de las personas que había visto en el puerto; los saludó con una sonrisa afectuosa.

—Bienvenido a nuestro hogar, Pancho. —Don Antonio lo miraba

sonriendo—. Te presento a mi mujer, Zulma. Espero que te sientas a gusto con nosotros.

—Tanto gusto, señora. —Pancho le ofreció la mano, pero ella tiró suavemente de él, acercándolo, y lo envolvió en sus brazos. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Con ese gesto, se ganó su cariño para siempre.

Pancho paseaba por el muelle de Cádiz, hasta donde se había trasladado para recoger a su amigo Daniel que venía de México. El buque ya asomaba por la bocana del puerto arrastrado por el remolcador. Cada vez que evocaba el viaje que le había cambiado la vida la nostalgia se apoderaba de él. De todas formas, ahora lo veía todo lejano, y también sabía que había merecido la pena tanto sacrificio. En su patria no habría tenido oportunidad de prosperar.

Para él, don Antonio fue el padre que no tuvo porque falleció cuando era muy pequeño y no conservaba ningún recuerdo. Daniel, el hermano que siempre deseó tener.

—¡Daniel volvía! —Su alegría era inmensa. Desde que había emprendido viaje desde Sevilla en su auto, los recuerdos no paraban de desfilar por su mente. Los nervios lo invadían. Intentaba atisbar su rostro entre el público que llenaba el muelle, hecho totalmente imposible, porque aún estaban muy lejos. El barco se acercaba con lentitud.

Su cabeza sobresalía entre la multitud debido a su altura. Hasta sus oídos llegó:

—¡Panchooo! ¡Aquí, Pancho! —Le pareció ver a alguien agitando los brazos en la barandilla superior. Era él.

—¡Ya te veo! —Le correspondió haciendo el mismo gesto con entusiasmo.

Le pareció que duraba una eternidad la hora larga que tardó en atracar. Una vez puesta la pasarela, los pasajeros comenzaron a desembarcar. Se situó cerca, para observar a las personas que iban saliendo ordenadamente del buque. Pronto el muelle se convirtió en un caos de apretones, lloros y saludos de bienvenida.

Daniel apareció y se fundieron en un poderoso y largo abrazo.

—¡Qué ganas tenía de verte, amigo! —Pancho le palmeaba la espalda con cariño.

—Igualmente te digo. No veía el momento de estar aquí. ¿Creías que te ibas a deshacer de mí? Pues aquí estoy. No iba a permitir que te resultara tan fácil. —Daniel le dio un nuevo apretón.

Ya instalados en el coche, la alegría de Daniel se reflejaba en su rostro. Su cabello rizado era de un tono rojizo muy oscuro, casi cobrizo. Los ojos marrón claro lanzaban destellos de felicidad. De sonrisa fácil, los hoyuelos no desaparecían de sus mejillas. Su clara y pecosa piel, estaba oscurecida por los años pasados bajo el sol mexicano. Pancho y él eran prácticamente igual de altos, median casi un metro ochenta.

—¡Pedazo de auto! —*Guajo*, tú no te andas con tonterías. ¿Es convertible?

—No, no lo es. Si quieres uno, puedes comprártelo —le dedicó una sonrisa guasona—. Después de venderlo todo allí en México, lo que menos nos falta ahora es dinero. ¿Tuviste problemas para liquidar los bienes, amigo mío?

—Ninguno. Todo marchó estupendamente. Una vez que me contaste tus planes de quedarte en España, no lo dudé. Comprendí que yo también estaba deseando volver. La etapa de mi vida allí acabó. Ahora me muero de ganas de conocer Andalucía, y a las beldades que la pueblan.

—Eres un truhán con mucha verborrea. Las sevillanas se tendrán que andar con ojo para no caer rendidas a tus pies. —Pancho lo miraba con simpatía.

—Hablando de mujeres.... —El rostro de Daniel se tornó serio—. Sobre ese asunto que me encargaste, tengo que decirte que se quedó zanjado y arreglado. No creo que te vaya a dar problemas, aunque no estaría de más que escribieras una carta.

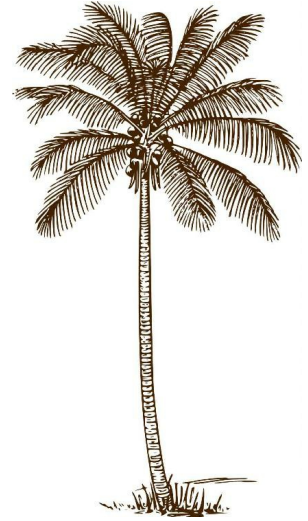
—Gracias, amigo, ya lo hice. Te debo una entre miles. No sabes la tranquilidad que representa para mí. —Le echó la mano por el hombro mientras conducía.—¿Te he contado que estoy prometido? —Cambió de tema.

—¿Qué estás cotorreando? ¿Tú casado?, ¿el conquistador de Aguas calientes? ¡Eso sí que es una novedad! Detállamelo todo, porque de esta no te libras. Soy todo oídos, amigo. —Daniel se acomodó en el asiento con cara de incredulidad.

El viaje fue amenizado por una larga conversación. A Pancho le gustó volver a oír las expresiones mexicanas en boca de su amigo. Las exclamaciones de sorpresa, los silencios y las de asombro, llenaron la cabina del auto haciendo que el viaje de regreso pasara muy deprisa.

Cuando llegaron a su casa de Sevilla, disfrutaron de una excelente cena, y las charlas siguieron hasta altas horas de la noche, mientras juntos, disfrutaban bebiendo unas copas.

Capítulo 13



Inés,

Te escribo estas letras con la intención de que sea la última vez que me dirijo a ti como a mi hija. Además, quiero contestar a tu carta, y dejar muy claros los temas a tratar.

Me veo en la obligación de recordarte, que hace dos años saliste de esta casa sin mediar palabra ni explicación alguna, dejando a tu madre sumida en el más profundo dolor. Te fuiste de un hogar en el que nunca te faltó de nada. Tanto ella como yo hicimos el máximo esfuerzo para que tu educación fuera la mejor; a la vista está que fracasamos estrepitosamente, por lo que no entiendo a qué viene la desfachatez de invitarnos a una boda de cuyo compromiso no teníamos conocimiento previo, y a la que, por supuesto, no nos vemos en la obligación de acudir.

Ya hace tiempo que no te considero hija mía, y así se lo he hecho saber al notario que lleva mis asuntos, por lo tanto, no esperes recibir ningún bien cuando el Señor me llame a su lado.

Confío en que te haya quedado clara mi postura y no vuelvas a escribir a esta casa, donde hace tiempo que ya no se pronuncia tu nombre.

Sin otro asunto del que tratar, se despide:

A Inés le temblaba el pulso. Ya habían pasado tres meses desde que escribió a su padre comunicándole su compromiso con la vana esperanza de poder arreglar las cosas y justo el día de su boda, recibía la contestación.

Levantó la mirada de las hirientes palabras para coger un pequeño papel que se había deslizado en su mano, al abrir el sobre con el firme trazo de su padre. Sabía, antes de leerlo, que era de su madre. No dejaba de sorprenderla. Era una superviviente nata. Allí estaba ese escrito, metido en la misma misiva de su progenitor, y todo ello sin que él tuviera la más remota idea.

Notaba la sangre palpitándole en las sienes al empezar su lectura.

Querida hija:

No sabes la alegría que siento al enterarme de que has encontrado a un buen hombre al que quieres y del que estás enamorada. Os deseo la mayor felicidad del mundo. Ya sabes lo que me hubiera gustado estar contigo.

Sé muy feliz y no te olvides de mandarme una foto y contarme como transcurrió la boda a través del cauce que siempre utilizamos.

Un gran beso de parte de la nana y mío.

Tu madre que te quiere:

Clara

«Dios mío, ¡cuánto la echo de menos!»

«Voy a casarme y ninguna de las dos podrá estar a mi lado».

El llanto acudió a ella desgarrado, seco, como si su alma lo vomitara con dolorosas arcadas. Y así la encontró Lucía. No la oyó entrar.

—¿Inés, qué te ocurre? Cuéntame qué ha sucedido. —Al sentirse abrazada, se consoló—. Es el día de tu boda, y se supone que el más feliz de tu vida. Dime qué ha pasado, por favor.

Inés le mostró las cartas.

—Toma. Léelas. —No tenía ganas de hablar.

Lucía así lo hizo y cuando terminó, las dejó encima de la mesa.

—Escúchame, y hazlo con atención. —Le cogió el rostro entre sus manos—. Comprendo tu tristeza, pero debes pensar que comenzaste otra vida desde el momento en que saliste de casa de tus padres. Yo también arrastro un pasado lleno de dolor, y con ello, creo que nos vamos forjando y

transformando. Ahora comienza una nueva oportunidad. Vívela y disfrútala. Quédate con lo que te dice tu madre en la carta, e intenta grabar en tu memoria los detalles para que, cuando le contestes, la hagas lo más feliz posible.

Inés dejó de llorar y se mantuvo en silencio

—Lucía, como siempre, tienes razón. —Se volvió hacia ella buscando su mirada—. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de que seas mi amiga. Para mí, es una alegría que me consideres tu aliada y compañera. El día que te conocí, fue uno de los acontecimientos más importantes en mi vida. —Lucía entrelazó las manos con ella. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Gracias por tus bellas palabras, nunca las olvidaré. —Se limpió con un manotazo muy poco elegante las lágrimas—. Y ahora dejemos los llantos, que nos queda mucho trabajo por hacer: tenemos que preparar a la novia más bonita que habrá en Sevilla.

El Rolls-Royce de Pancho, perfectamente engalanado para la ocasión, se paró al borde de la acera. El chofer se bajó para abrirle la puerta. En su interior, Daniel le cogió la mano y la sonrió con cariño. Desde que se habían conocido una corriente de entendimiento se estableció entre ellos. Era buena persona y muy atento, por eso ella no dudó en pedirle que fuera su padrino.

—¿Nerviosa? —le preguntó apretándosela—. Pues no lo estés, porque te aseguro, que Pancho se quedará de una pieza cuando vea lo hermosa que estás. Es un tipo con suerte, y él lo sabe —continuó hablando sin esperar respuesta.

—Gracias por tus cariñosas palabras, Daniel. Estoy un poco nerviosa, pero supongo que es normal. —Inés le dedicó una sonrisa insegura.

—*¡Andale!* Agárrate de mi brazo, que para mí es un honor llevarte al altar. Vamos a disfrutarlo, preciosa. —La besó rápidamente y se dispuso a bajar del coche.

La gente se agolpaba en la puerta de la iglesia. Un grupo de curiosos se empujaban con el afán de ver a la novia descender del coche. Aplausos y exclamaciones de «¡guapa!» y «¡viva la novia!» llegaron a sus oídos. Allí la estaba esperando Lucía, que se acercó para colocarle bien el velo. Inés comprobó que su amiga estaba bellísima. Tanto su modelo, como el traje nupcial, habían sido diseñados en la tienda. El público empezó a hacerles hueco para dejarlos pasar. Un fogonazo la sorprendió. Comprobó que provenía de un fotógrafo. Vio cómo Daniel se inclinaba hacia delante y susurró algo al oído de Lucía, que oyó perfectamente:

—Eres, con diferencia, la mujer más guapa que he visto nunca. Espero

poder sentarme a tu lado durante el banquete, a pesar de ser el padrino. —Las palabras hicieron que ella diera un traspié y que casi pisara el velo. Lo fulminó con la mirada.

Inés se sintió feliz por dentro porque notó que entre esos dos existía algún sentimiento. Se dio cuenta de que a Lucía, él no le era del todo indiferente. Le gustaba el carácter alegre y optimista que tenía Daniel, porque contrastaba con el introvertido de ella. Quizás hicieran una buena pareja.

Daniel posó su mano sobre la de Inés, agarrada a su brazo. Ambos cruzaron las miradas.

—¿Estas preparada? Avancemos, que Pancho nos espera dentro.

A la hora y media, cuando salió de la iglesia del brazo de su flamante marido, los nervios ya se habían aplacado. No podía dejar de sonreír al saludar a la gente que se acercaba afectuosa a darles la enhorabuena. Pancho estaba guapísimo. Lo miraba de reojo, cada vez que tenía ocasión. El chaqué negro hacía juego con el pantalón gris marengo. En el pañuelo anudado a modo de corbata, llevaba prendida una perla. El blanco de la camisa, contrastaba con el moreno de su piel, y sus ojos claros. Se había cortado el pelo para la ocasión lo cual le favorecía. La avergonzaba que se notara la admiración que sentía por él porque ya no acostumbraba a mostrar sus sentimientos como cuando era jovencita. Se había vuelto más cauta. Cada vez que pensaba que ya eran marido y mujer y lo que eso conllevaba, los nervios se apoderaban de ella.

Después del almuerzo que ofrecieron a sus invitados, llegó la hora de retirarse a sus aposentos. Tenían reservada una *suite* en el hotel Alfonso XIII, el más emblemático de Sevilla, pero antes había que posar ante un fotógrafo, para la que sería su foto oficial de la boda. Ella, sentada, y Pancho a su lado, de pie.

Todo el mundo la felicitó por el diseño de su traje nupcial. Constaba de un velo rematado por fino encaje de Bruselas en color blanco haciéndole cola. Lo sujetaba en la cabeza, a modo de casquete, con una gargantilla de brillantes arreglada para lucirla en la frente. Su madre seguro que la reconocería cuando le mandara el retrato, porque era una de las joyas que ella misma le había entregado al marcharse de su casa.

Sus oscuros ojos resaltaban como dos perlas negras sobre el blanco de su vestimenta. Era un modelo muy sencillo: de escote cuadrado, cortado en la cadera, le caía hasta los tobillos rematado con un elegante encaje de Chantilly. Los zapatos blancos hacían juego con las rosas de su ramo de novia. Al día

siguiente, acudiría con Pancho a ofrecérselo a la virgen de la Paz, la patrona de su nuevo barrio, El Porvenir.

Cuando llegaron a la habitación, una cubitera enfriaba una botella de champán. Junto a ella, dos copas. Inés observó con agrado la habitación, presidida por una amplia cama de madera con dosel. El mobiliario elegante y las arañas de cristal la hacían sentirse como si estuviera en un palacio. Nunca había estado rodeada de tanto lujo, no en vano, se decía que allí se alojaba la realeza cuando visitaba la ciudad.

—¿Te apetece una copa? —Pancho se acercó a la bebida.

—Sí, gracias. —Una súbita timidez la invadió. Notó el corazón latiendo deprisa en su pecho—. Si no te importa, voy a cambiarme en el cuarto de baño mientras la sirves.

Inés no quería retrasar lo inevitable. Lo deseaba y lo temía a partes iguales. No había indagado demasiado en las cosas que ocurrían entre marido y mujer, pero estaba dispuesta a no dejarse llevar por el miedo y confiar en Pancho.

Cuando cruzó el umbral de la habitación, con su camisón de novia puesto, nunca podía haber llegado a imaginar el deseo que vio en los ojos de su marido. Ella se tensó cuando se fijó en la intensidad de su mirada; no sentía temor, pero sí precaución ante lo desconocido. Pensó que, quizás, su camisón era demasiado escandaloso. En su día, le pareció que era bastante indecente por la forma en que se fundía con su silueta, resaltándola, pero se dejó convencer por Lucía y las chicas de la costura. Todas le aseguraron al unísono lo bien que le sentaba, y se lo quedó.

—Inés, estás bellísima. Ardo en deseos pensando que vamos a compartir el lecho. Llevo soñando con este momento demasiado tiempo. —Pancho se acercó a ella con su copa en la mano. Se la entregó y se inclinó sobre su cuello aspirando su fresco aroma. Con la mano libre le acarició la melena—. Qué suave es tu piel, es... como el terciopelo; y hueles de maravilla. Te deseo tanto... —le hablaba con voz ronca, como si le saliera un gruñido del pecho.

Inés le correspondió, besándolo suavemente en el cuello, como él había hecho; arrancándole un gemido de placer. Se apartó de ella y depositó su copa en la mesa. Sin prisa, se fue quitando la chaqueta, el chalequillo y el pañuelo del cuello. Mientras lo hacía, la miraba fijamente. Sus ojos eran dos brasas ardientes. Nunca se había sentido tan deseada. Su cuerpo tembló con anticipación. Con delicadeza se acercó a ella y abrazándola, le dio un beso cargado de pasión.

A partir de entonces, todo fue un torbellino de emociones que la desbordaron. El deseo la arrasó, y ella con valentía, le respondió, arrebatándole suspiros que aumentaron la tensión sexual.

Pancho la desnudó y la llevó a la cama. Sus caricias eran torrentes de excitación que la invadían y la hacían desear más. Pechos, abdomen y muslos, todo lo que le acariciaba ardía a su paso, dejándola poseída por llamas de deseo que no se extinguían. Comenzó a sentir cada vez con más intensidad una quemazón en el bajo vientre.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que, enredados en caricias y besos, Pancho se situó encima de ella y la instó, con su rodilla, a abrir las piernas.

—Inés, voy a entrar dentro de ti. Quizás te cause molestias al principio, pero es inevitable. Intentaré ser lo más cuidadoso posible. —Sin detenerse empujó hasta introducirse dentro de ella. Se sintió llena de él. La leve molestia, se convirtió en placer bajo las acompasadas acometidas. Ella alzó las caderas y se sumó a su ritmo. Era su pareja, su marido, y ahora su amante. No podría quererlo más que en ese momento.

La gran explosión de su unión los dejó, con las respiraciones entrecortadas, sumidos en un abrazo. Sus sudorosos cuerpos olían a ellos, a sexo.

—Inés, nunca he experimentado tanto placer como contigo, jamás pensé que fueras tan apasionada. Soy el hombre más feliz y afortunado del mundo. Te quiero.

Una mezcla de timidez y felicidad la envolvió. No sabía cómo expresar con palabras lo que sentía. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Son lágrimas de felicidad, Pancho. Yo también te quiero. —Con un beso sellaron su amor. Sin duda, nunca había sentido algo tan poderoso hacia nadie. Estaba segura de que eso debía de ser amor.

Su último pensamiento antes de caer rendida, fue para caer en la cuenta de la alegría que la invadía. Le encantaba poder sentir su cuerpo a su lado y abrazarlo. Era la sensación más bonita que había experimentado en su vida.



Capítulo 14

Después de haber estado tres meses de viaje, tenía muchas ganas de volver a su casa. Aún le sonaba extraño que la llamaran señora de Madrazo, no lograba acostumbrarse.

Durante este tiempo habían recorrido buena parte de Europa. Italia, nunca pensó que existían ciudades donde coexistían el presente y el pasado con esa naturalidad. Le dio la impresión de que, contra más cosas veía, le faltaban muchas más por descubrir. La romántica Venecia había dejado huella en ella, allí pasaron unos días inolvidables. Austria, la imperial, con sus palacios, paisajes y la música... ¡Cuánto disfrutó escuchando a la filarmónica de Viena! Allí, Pancho se compró un abrigo de lana austriaca con el que estaba elegantísimo. Alemania y grandiosa Berlín llena de rebosante cultura. En Inglaterra, fue donde más disfrutó. La cosmopolita Londres la cautivó desde un principio. Sus edificios, algunos con un deje decadente se mezclaban con los modernos rascacielos de la *city*. Allí había adquirido muchos regalos. A las chicas del taller les llevaba colonias de aromas florales, a Lucía le había comprado unos guantes de fina piel de cabritilla. Pancho, adquirió para Daniel una bonita bufanda de cuadros escoceses. Fueron al teatro al museo británico. Nada de lo que visitó la defraudó. Pancho reía diciéndole que tendrán tiempo de volver al verla disfrutar de todo como una chiquilla.

La guinda del pastel para ella fue París, la ciudad mágica. Allí prácticamente enloqueció. *Las Tullerías, el Eliseo, Notre Dame, Louvre....* No pudo resistirse y visitó cada rincón para ver el último grito en moda. Regresaba llena de ideas, novedades, revistas, bocetos y periódicos.

Pancho encargó el envío de varios baúles de telas y material para la tienda, por lo que los abriría a su regreso.

Compró dos chalecos de *moaré* para su madre y la nana. El tacto le pareció irresistible. Estaba segura que estarían muy calentitas cuando lo llevaran puestos.

—Pancho, ¿Cuánto crees que falta? No lograba estar quieta. No podía contener los nervios ante la inminente llegada a Sevilla.

—Cariño, es la tercera vez que lo preguntas en media hora. Eso no va hacer que lo llegemos antes. —Pancho sonreía mientras levantaba la mirada

del periódico que estaba leyendo—. Parece que ya estamos entrando en la ciudad. No debe faltar mucho.

Inés abrió la ventana del vagón de primera clase en el que viajaban para asomarse. Ya se distinguía la estación de Córdoba a lo lejos. El tren no tardó en hacer su entrada dando sacudidas para frenar la velocidad que había adquirido, el humo de la locomotora pareció inundarlo todo. Dentro, todo el pasaje pareció cobrar actividad preparándose para bajar.

El matrimonio se puso los abrigos. Antes de salir, Inés rodeó el cuello de su esposo con sus brazos y le dio un largo y profundo beso. Se separaron jadeantes, a él le brillaban los ojos.

—Pancho quiero que sepas, ahora que vamos a comenzar nuestra vida en común, que soy muy feliz. Ha sido un viaje inolvidable para mí. Te quiero.

—Me alegro de que así sea, preciosa. Ya te he repetido muchas veces, que me has convertido en el hombre más dichoso del mundo. Te amo. No hay nada mejor que poder sentirte a mi lado todas las noches después de hacer el amor. Yo también he disfrutado mucho en este viaje. Siempre lo recordaré, aunque estoy deseando llegar a casa. —Se bajó del vagón en busca de un mozo que pudiera transportarles el equipaje.

Inés decidió esperarle en el andén. La estación era un hervidero de gente. Ya estaban de regreso en la ciudad de los aromas, donde los olores a azahar, jazmín o dama de noche, se mezclaban con otros: el de incienso en semana santa; el de adobo de la calle Sierpes, donde la gente se detenía a tomar aperitivo. Se sentía ligera y feliz. Estaba deseando ver a Lucía para contarle los proyectos que bullían en su cabeza.

—¡Señorita Inés, señorita Inés! —Los gritos la sacaron de sus pensamientos. Vio como Pepe, el lechero, agitaba su gorra intentando llamar su atención.

—Aquí Pepe. Estoy aquí. Ella comenzó a agitar sus brazos para indicarle que le había visto.

—Qué alegría volver a verla. Me he acercado para recogerles, ya que el señor nos hizo llegar un telegrama indicándonos la fecha y la hora de su llegada. —Le tendió la mano afectuosamente.

—Pepe, te recuerdo que debes llamar a mi esposa, doña Inés o señora. Ya dejó de ser señorita desde que contrajimos matrimonio. —Le regañó Pancho con cariño. No le oyeron acercarse.

—Perdone, señor. Señora..., no volverá a ocurrir. Es la falta de costumbre. Ahora que voy a ser su chofer, le aseguro que no le fallaré.

Entre él y el mozo, se hicieron cargo del equipaje formando una pequeña comitiva que buscaba la salida de la estación.

Subieron los escalones de mármol que daban acceso a la vivienda. A Inés el corazón le latía acelerado de felicidad. Sonreía pensando en el inminente encuentro con su amiga Lucía, estaba deseando verla. Isabel, la doncella, les abrió la puerta dándoles una calurosa bienvenida. Entraron en el salón y allí estaban Daniel y Lucía esperándolos. Ella sentada y él, de pie, con el antebrazo apoyado en la chimenea. No se percató de la seriedad de sus rostros.

«¡Qué detalle. Han venido a recibirnos!». —Pensó.

—¡Lucía! —exclamó mientras corría hacia ella hasta fundirse en un abrazo. —¡Tengo tantas cosas que contarte!

Un sexto sentido la hizo volverse para mirar a Pancho. Ambos amigos no llegaron a abrazarse, se observaban muy serios. Un lenguaje silencioso tenía lugar entre ellos.

—¡Papitooo! —Una figura cruzó el salón abrazándose al cuello de Pancho.

Al principio, la imagen se le hizo borrosa, pero en seguida se percató de que se trataba de una adolescente de aproximadamente catorce años. La observó y comprobó que era bonita. Llevaba la oscura melena suelta en la espalda. Se notaba en su rostro el cruce de razas: su tez era del color de la oliva; nariz y labios finos, más occidentales. Lo que verdaderamente la hacía bella eran sus ojos, de color azul.

«Le ha llamado Papá». —En ese momento cayó en la cuenta.

El mundo se detuvo a su alrededor. Se llevó la mano al pecho sintiendo que su corazón había dejado de latir. Dio un traspié y sintió que Lucía la sujetaba. Buscó un asiento. Fue recuperando poco a poco los sentidos. Los sonidos, antes apagados, se convirtieron en estridentes.

—Josefina me acompaña. Papito, no queríamos que nos dejaras atrás. Estoy tan contenta de estar en España. Sevilla me gusta mucho. —La niña no dejaba de parlotear. Parecía ignorante de la tensión que se vivía a su

alrededor.

Un helado presentimiento la hizo desviar la mirada hacia la silente figura, que vestida de negro riguroso, yacía de pie como una estatua contemplando la escena. Ella le devolvió la mirada y la sonrió, haciéndola saber que disfrutaba de la situación. Sintió que un escalofrío le recorría la columna poniéndole los vellos de punta. Desvió la mirada hacia Pancho, que todavía de cuclillas, acariciaba el cabello de su hija mientras sus ojos la observaban atentamente.

—Sé fuerte. —Oyó que le susurraba Lucía. Se sintió desfallecer. No quería ser fuerte. No quería tener que serlo.

—Por favor, dejadnos solos. —Pancho se incorporó—. Mi mujer y yo necesitamos conversar a solas.

Todos fueron saliendo ordenadamente de la habitación, obedeciéndole.

Tras cerrarse la puerta, un tenso silencio se instauró entre ellos.

—¿Cuándo me lo ibas a contar? —Inés le sostuvo la mirada. Un destello de reconocimiento le cruzó la mente.— ¿No lo ibas a hacer jamás, verdad? — Percibió la culpabilidad en sus ojos.

Pancho intentó acercarse a ella, pero una mano en su pecho se lo impidió.

—Inés, escúchame. Quizás tengas razón, no te voy a mentir. Perdóname. Ahora me doy cuenta de que nunca te lo debí de ocultar. —Su voz estaba cargada de arrepentimiento.

—No te conozco. —Le temblaba la voz—. ¿Cómo has podido casarte conmigo y estar tres meses de viaje, guardándote algo tan importante? ¿Es que no tienes decencia?

—¿Cómo puedes hablarme así? Por supuesto que la tengo. Nunca he rehuido mis obligaciones con ella. Le pago su educación y cubro todas sus necesidades desde que nació. No soy un monstruo.

—Te tienes en muy alta estima. Yo lo que veo es a un hombre que, precisamente después de la experiencia que vivió su familia, ha actuado exactamente igual que el desalmado que dejó a tu hermana. Ya te digo, que no te conozco. —Una oleada de rabia la inundó cegándole la vista. Notaba en la boca un regusto amargo, como la hiel.

El cuerpo de Pancho tembló. Le vio apretar los nudillos y encajar la mandíbula. Inés no sabía, si de furia, o frustración por sus palabras. A ella no le importó. No pensaba retirar nada de lo que había dicho.

—¿Y quién es su madre, si se puede saber? —Su voz dejó traslucir un deje de amargura.

Pancho cerró los ojos, como haciendo esfuerzos por controlarse. El

silenció se prolongó un minuto.

—Murió. —Abrió los ojos y la miró fijamente. —Nunca me casé con ella. Lo nuestro terminó incluso antes de que naciera Guadalupe, que es así como se llama. —Sus palabras eran como un cuchillo afilado que la desgarraba por dentro.

—Esta noche dormiré en otra habitación. Deseo no ser molestada. — Tenía el corazón hecho trizas. Temblando y sin saber cómo, llegó al dormitorio de invitados. Se tiró en la cama y lloró hasta caer rendida, silenciando sus desgarradores sollozos con la almohada.

Ni siquiera se quitó la ropa.



Capítulo 15

Pancho no se podía creer lo que había pasado. Llevaba más de tres horas encerrado en su despacho bebiendo como un poseso. Quería seguir haciéndolo hasta dejar de padecer el sufrimiento que lo atenazaba, y que los sentidos se le embotaran lo suficiente para dejar de pensar.

No podía entender cómo las cosas se había descontrolado de semejante manera. A él, que creía haberlo dejado todo bien amarrado para poder fijar su residencia en España sin ataduras con su pasado y poder disfrutar de un nuevo comienzo, el mundo se le vino abajo en cuestión de minutos. Había soñado que tenía derecho a ello, que se lo había ganado.

Sumido en el estupor etílico comenzó a rememorar sus propios comienzos, cuando tan solo era un jovencito de veinte años.

Había crecido durmiendo detrás del mostrador, en la tienda de don Antonio. Cuando acababa su jornada laboral, que duraba de sol a sol, extendía su hamaca y, a la luz de una vela, estudiaba matemáticas y contabilidad. Ávido lector, fue aprendiendo inglés, convencido de que el dominio de los idiomas lo ayudaría a hacer fortuna. Nunca fue consciente de lo inteligente que era; sus avances los encontró normales para alguien imbuido de su tenacidad. Durante su adolescencia, aprendió el oficio de tendero. Pronto empezó a sugerirle a su jefe nuevas propuestas: la adquisición de semillas más productivas, de aperos más modernos y eficaces, de abonos más completos que aumentaban las producciones. Para él fue casi como un juego y trabajar era su pasión.

Las conversaciones con los clientes, con los proveedores, sus ansias de saber y estar informado, hicieron que, cada vez más, don Antonio fuera delegando en él. Y así todos fueron prosperando.

Se crio rodeado de cariño por Zulma, la mujer de su jefe, aunque no estaban casados; para él siempre fue una verdadera madre. La pareja no pudo tener hijos, ya que la pobre mujer no conseguía llevar a término ningún embarazo. Con el tiempo, se hicieron a la idea y Pancho ocupó un lugar importante en sus corazones. Además, cada vez se les hizo más imprescindible su labor en el negocio.

Cuando cumplió veinte años, fue una fecha significativa para él en el calendario, ya que fue cuando don Antonio enfermó y murió. Eso lo afectó

mucho porque para él había sido el padre que nunca tuvo. Le dejó encargado que cuidara de Zulma y que jamás le faltase de nada. Pancho se hizo cargo de sus asuntos y, junto con Daniel, hicieron crecer el negocio, alcanzando cotas que nunca soñaron.

Daniel, que se había criado junto a su padre en el taller de autos, era un experto en arreglar y crear nuevos aperos. Ambos se asociaron y viajaron a todos aquellos lugares donde había ferias agrícolas; hablaban y visitaban explotaciones, y así, fueron creciendo.

Durante todo este trasiego, Pancho conoció a la madre de Guadalupe. A pesar de que era mayor que él, la recordaba joven y llena de vitalidad. Oriunda mexicana, servía de doncella en una casa e iba con asiduidad a hacer recados a la tienda. Él confundió el amor con la pasión juvenil. Al quedarse embarazada, adquirió una casa donde ella pudiera vivir, pero siempre tuvo claro que no era la mujer de su vida. Se encargó de su hija con la ayuda de Zulma y siempre se encargó de ella.

Poco a poco, le fue comprando el negocio a la mujer de don Antonio hasta que se hizo con él. Le pagó muy generosamente y nunca dejó de vivir con la que consideraba su madre, en su casa, hasta que la muerte también se la llevó justo un año antes de que Pancho volviera a España.

Creyó que a Guadalupe siempre les había quedado muy claro que no formarían parte de su vida. No pensaba decírselo a Inés, pero ahora se daba cuenta de que había sido una gran equivocación. Comprendió que cuando Daniel las informó de que ambos regresaban a su país, poco les faltó para hacer sus equipajes y seguirlos hasta presentarse en Sevilla.

Después de intentar dormir sin conseguirlo, a las cinco de la mañana, se lavó y se vistió dispuesto a ir a la oficina. Esperaría allí la llegada de su socio. Tenía verdadera urgencia por hablar con él.

Salió al pasillo y, con el corazón retumbándole como un tambor, abrió la puerta del dormitorio de invitados, donde creía que Inés se había refugiado. Al girar el pomo tuvo miedo de encontrársela despierta porque no sabía qué le diría. Así y todo, se arriesgó, porque la necesidad de verla era más poderosa que el temor a encararla. La observó dormida. Todavía su pecho respingaba. Su respiración era ligera, síntoma de que el sueño no era profundo. Cerró con cuidado y se apoyó en la pared controlando su propia angustia.

Sin hacer ruido, salió de su casa.

Cuando Daniel llegó, eran las seis de la mañana. Se quedó apoyado en el quicio de la puerta observándolo. Menos mal que no pronunció en voz alta lo

que sabía que estaba pensando —«Te lo dije»—, pero se lo leía en la cara.

—¿Cómo estás? —Daniel entró y tomó asiento enfrente de él.

—Mal ¿Cómo voy a estar? —El silencio se instaló en la habitación. Cada uno perdido en sus pensamientos—. Cuéntame cuándo llegaron.

—Hace tres días que están aquí. Yo mismo la informé sobre tu reciente boda, y a tu hija le sentó fatal; creo que guardará las formas porque tiene ganas de quedarse y sabe que no conseguirá nada formando una pataleta. —Daniel cruzó las piernas y se frotó los ojos con gesto cansado—. Tu hermana no lo sabe todo, solo le conté lo mismo que a los demás. También tendrás que hablar con ella porque está que trina contigo; alguna explicación le tendrás que dar.

Pancho apoyó los codos en la mesa y se cubrió los ojos con ambas manos. Parecía un hombre derrotado. Le contó a su amigo la escena que había tenido lugar entre Inés y él cuando todos se marcharon de su casa.

—Pues sí que está mal la cosa. En realidad, es peor de lo que pensaba.

—Gracias, amigo. Eres único dando ánimos, la alegría de la huerta. —Observó cómo le arrancaba una sonrisa a desgana—. ¿Sabes qué es lo que peor me sentó de todo lo que me dijo? Lo llevo clavado como un puñal en el corazón.

—Sea lo que sea, no se lo debes tomar en cuenta. El *shock* fue demasiado fuerte —dijo Daniel en tono conciliador.

—Me comparó con el desgraciado del antiguo novio de mi hermana, al que odio con toda mi alma. Me dijo que me había comportado igual que él porque no la tenía reconocida. No quiso considerar que me hice cargo de mi hija desde que nació. —Pancho se incorporó y se paró delante de la ventana sin ver nada—. Y lo peor de todo es que le he mentado. Me vi tan acorralado que no tuve fuerzas para contarle todo. Me he comportado como un auténtico cobarde.

Daniel se levantó de su asiento y se puso a su lado. Le cogió de los hombros y se abrazaron. Pancho lloró.

A media mañana la oficina bullía de actividad. Ambos seguían metidos en el despacho. La mayor parte del tiempo en silencio, simplemente haciéndose compañía el uno al otro.

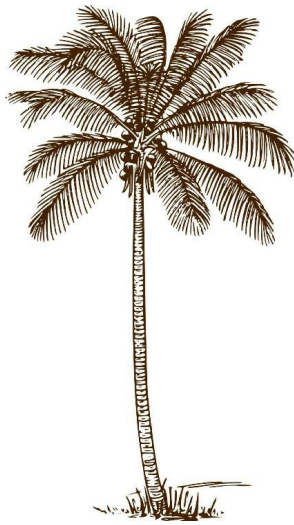
—Llevo dándole vueltas a la cabeza y creo que voy a intentar subsanar mi error. Voy a reconocer a Guadalupe como hija mía, y a partir de ahora, vivirá con nosotros en casa. Ahora lo veo claro, y se me ha quitado un buen peso de encima. —Pancho sonreía con la ilusión iluminándole la mirada.

—Me parece una idea excelente, pero creo que deberías hablarlo con Inés

e intentar aclarar las cosas. No todo el mundo está dispuesto a meter una hija bastarda en su casa, y encima, de otra raza. Pancho, por favor, sé realista.

—Seguro que a Inés no le importa. Tiene un corazón de oro y, además, ella misma me señaló mi error. Cada vez que lo pienso me agrada más la idea. Quiero mucho a Guadalupe, pero con el trabajo nunca he tenido tiempo para atenderla.

—Amigo, te deseo suerte. La vas a necesitar. —Daniel se dispuso a salir del despacho para comenzar a trabajar a pesar de que era media mañana y dejó a Pancho sumido en sus pensamientos.



Capítulo 16

Los rayos del sol la despertaron. No sabía qué hora era, pero debía de ser temprano, porque la luz que entraba por las ventanas no era muy fuerte todavía. Sentía incrustada la consabida astilla en el corazón, haciéndole cada respiración dolorosa. Todos los recuerdos se le vinieron a la mente de golpe e hizo un esfuerzo por no echarse a llorar.

«Bendito olvido. Ojalá pudiera seguir durmiendo todo el día».

Se incorporó lentamente y contempló su ropa arrugada. Vio su imagen en el espejo de la habitación y se horrorizó: estaba hecha un desastre. Los ojos eran dos líneas rojas debido a la irritación y la hinchazón. El cabello completamente desgreñado le caía de cualquier manera alrededor del rostro.

Salió con sigilo al tranquilo pasillo, en dirección a la habitación que compartía con Pancho, con la intención de asearse y recomponer su apariencia, ya que dudaba de poder recuperar su ánimo. Afortunadamente, no se oían ruidos en la casa. Abrió la puerta, dispuesta a ignorar a su marido si es que se lo encontraba, y comprobó con alivio, que la habitación estaba desierta, aunque la cama mostraba claros indicios de que había pasado allí la noche. Se metió en el cuarto de baño y giró el grifo del agua caliente hasta que llenó la bañera y se introdujo en ella. Sus doloridos músculos gritaron de agradecimiento, e intentó relajarse tapándose los ojos con la mano pero la angustia le apretaba otra vez el pecho y comenzó a sollozar en silencio.

El baño estaba ya casi frío, cuando oyó a Isabel trasteando en la habitación.

—Señora, ¿está todo bien? —La doncella le hablaba desde el marco de la puerta.

—Sí, Isabel. Gracias. ¿Harías el favor de subirme el desayuno a la habitación? Estoy cansada del viaje.

—Por supuesto, no faltaría más. Ahora se lo traigo. —Escuchó con alivio el sonido de la puerta del dormitorio al cerrarse.

Tenía un rato para vestirse hasta que ella volviera; no sabía a quién quería engañar, porque estaba segura de que el episodio de la noche anterior era ya la comidilla de toda la casa. Pensándolo bien, era el menor de sus problemas. Estaba tan dolida por la traición de Pancho que le daba igual el resto del

mundo.

Tenía que pensar.

Pasó el resto de la mañana en su dormitorio intentando recuperarse del disgusto y aclarar la mente. Intentó concentrarse leyendo a Bécquer, porque sumergirse en su mundo siempre la había ayudado a sosegar el ánimo, pero le fue imposible concentrarse en las letras. A media tarde, decidió enfrentarse con lo inevitable y coger al toro por los cuernos. No era propio de ella eludir los problemas y esconderse en su habitación.

Una vez en la salita de recibir, hizo llamar a Guadalupe; con la institutriz hablaría mas tarde.

Un ligero toque en la puerta mostró que estaba bien educada. La recibió de pie.

—Buenas tardes, soy Inés Callejo, la esposa de tu padre. —Hizo ademán de acercarse para darle un beso, pero ella retrocedió y le tendió la mano.

—Tanto gusto, señora. —La repasó con la mirada un tanto impertinentemente.

Inés enseguida se dio cuenta de que la entrevista no iba a ser fácil, pero no estaba dispuesta a dejarse amilanar por una cría de catorce años.

—Ven y siéntate a mi lado. —Le señaló el sitio con unas palmadas en el sofá, dedicándole una sonrisa—. Tengo ganas de que charlemos y nos conozcamos, ya que hasta hace poco no sabía de tu existencia.

—Muy agradecida —dijo. Ignorando descaradamente su gesto, tomó asiento en la butaca de enfrente.

—Si te complace, puedes llamarme Inés puesto que espero que lleguemos a ser buenas amigas con el tiempo. —Intentó ser amable a pesar de su actitud.

—Muchas gracias, señora, pero prefiero, si a usted no le importa, seguir llamándola así. —La niña bajó los ojos y contempló su regazo.

—Eres una muchachita muy guapa y educada. Tu padre y yo tendremos que hablar sobre tu futuro, pero me gustaría saber tus preferencias para tomarlas en cuenta si fuera posible.

—Yo lo único que deseo es vivir con mi padre —dijo con un hilo de voz.

Sintió pena por la pobre criatura solitaria. Al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de nada.

—Me gustaría saber algo más sobre ti. ¿Fuiste alguna vez al colegio?

—No, señora. Venían los profesores a casa.

—¿Y qué materias son las que te gustan más?

—Me gusta la música y la pintura. Sé tocar un poco el piano. —Esa

noticia la agradó.

—No hablas con mucho acento. ¿Con quién vivías en México?

—Vivíamos en una casa Josefina y yo. Los profesores eran casi todos europeos y no teníamos trato con mucha gente.

En vista de que la niña no estaba dispuesta a mantener una conversación muy prolongada y a ella le estaba dando mal cuerpo interrogarla, pensó en dejarlo. Ya se iría enterando de más detalles poco a poco.

—Bueno, Guadalupe, ya sabes que me tienes a tu disposición para cualquier cosa que necesites. Te reitero mi deseo de que seamos buenas amigas. Como imagino que no tendrás ropa de invierno que ponerte, saldremos un día de estos a comprarla. Lo pasaremos bien.

—Estoy segura de que mi padre me comprará todo lo necesario. Gracias, señora. ¿Puedo retirarme? —Se puso de pie mostrando impaciencia por acabar la conversación.

A Inés se le cortó la respiración ante tamaña impertinencia. No comprendía a qué venía tanta animosidad por su parte. Intentó no darle mayor importancia; quizás la niña estaría tan traumatizada por los cambios surgidos en su vida.

«Todo se arreglará», pensó.

Tocó el timbre e hizo llamar a Josefina. Isabel la anunció y la hizo pasar.

No pudo resistirse a observarla con detalle mientras tomaba asiento. No era muy alta, quizás no llegara al metro sesenta. Sus rasgos nativos no estaban exentos de belleza. Calculó que debía de haber cumplido casi lo cuarenta. Poseía un bonito rostro ovalado con gruesos labios y ojos muy oscuros. Su frente era amplia y la nariz un poco chata, pero no tanto como para afearla. Llevaba su negra melena recogida en un moño bajo.

Tomó asiento con la espalda muy recta mientras la miraba con cierto aire retador. Pensó que quizás eran imaginaciones suyas debido a lo alterado de sus nervios.

—Buenas tardes, mi nombre es Inés Callejo, señora de Madrazo.

—Tanto gusto, señora.

—Igualmente, el gusto es mío. —Como ya se imaginará, su llegada me ha cogido un poco por sorpresa, por lo que le estaría muy agradecida de que me informara sobre la situación de Guadalupe y el papel que usted desempeña en su educación.

—Si, señora. Debe saber que yo soy su institutriz y he estado con ella desde que nació, prácticamente se puede decir que la he criado —dijo con un

marcado acento mexicano—. Mi niña ha recibido la mejor enseñanza que se pueda tener en todas las materias. Sabe hablar inglés y francés a la perfección por expreso deseo de su padre. Toca el piano con bastante soltura y le agrada la costura, cosa que se le da bastante bien. —Inés quedó agradablemente sorprendida.

—Yo también tuve a mi nana que me acompañó durante toda mi vida. Primero como niñera, y con el tiempo, llegó a ser un miembro más de la familia hasta convertirse en mi acompañante —Su corazón sangró al recordarla en aquellos difíciles momentos—. Por lo que comprendo perfectamente lo unidas que pueden estar. No es mi deseo que Guadalupe se sienta mal, por lo que su presencia en esta casa es gratamente bienvenida, sin embargo a partir de ahora, quiero que ejerza sólo de acompañante mientras dure su estancia aquí, ya que Guadalupe tendrá que incorporarse a las actividades sociales propias de una jovencita de su edad. De todas formas, ya habrá tiempo para ir hablándolo todo con calma.

—Por supuesto; haré lo que don Francisco estime oportuno. —Otra vez le dejan claro que su opinión no era relevante. El corazón le latió dolorido, pero no dejó que se notara.

—Me agradecería que me informara sobre la clase de relación que existe entre padre e hija y el tipo de vida que llevaban en su país. —Pensó que la institutriz podría satisfacer con cierto sosiego su curiosidad.

—Pues, no sé qué contarle —Hizo una pausa, como si necesitara ordenar sus ideas—. Ella siempre ha sido la niña de sus ojos, y la ha malcriado todo lo que ha podido. No se veían todo lo que les habría gustado porque don Francisco siempre andaba de viaje durante largas temporadas, pero siempre que volvía, lo hacía cargado de regalos para su princesa, como a él le gusta llamarla.

—Me alegra mucho saber todo lo que se quieren; pero entonces... no comprendo por qué se vino sin decirle a nadie nada de su existencia. ¿Usted qué opina? ¿No le parece un poco extraño? —Necesitaba que le aclararan las cosas. Todo le parecía muy confuso. No lograba entender las acciones de Pancho, y mientras que las cosas siguieran así, su matrimonio nunca podría funcionar.

Inés observó con asombro cómo el rostro de Josefina iba cambiando. Una máscara de frialdad la fue transformando como si hiciera esfuerzos para contener la ira. No supo decir con exactitud qué era lo que había ocurrido.

—Si me disculpa, voy a ver si la señorita Guadalupe me necesita. —Sin

mediar palabra, salió de la sala con aires de reina ofendida.

«Vaya desvergonzada y maleducada», pensó.

El corazón de Inés se hundió más profundamente en el pecho. La sensación de pena le cerraba la garganta. Mucho se temía que iba a sufrir un ataque de angustia. Cerró los ojos y comenzó a respirar pausadamente intentando que se le pasara.

—Inés, por Dios, ¿cómo estás? Desde anoche, estoy que me muero de la preocupación. Siento no haber podido venir antes pero una serie de problemas en la tienda me lo han impedido. —Al escuchar la voz de su amiga las lágrimas derribaron el dique y comenzaron a rodar silenciosas por su rostro.

Lucía la envolvió en sus brazos y compartió su dolor mientras ella le contaba todo lo ocurrido desde su llegada.

—No entiendo cómo mi hermano se ha podido comportar así. Su familia nunca supimos que tuviéramos una sobrina. ¡Figúrate la ilusión con la que la hubiéramos recibido! —En su cara se reflejaban arrugas de preocupación; en su mirada, dolor. —Yo todavía creo, que cuando hablemos con él, nos podrá explicar su modo de actuar. No me cabe en la cabeza que haya podido comportarse tan irreflexivamente. —El espíritu bondadoso de Lucía se negaba a creer nada malo de su hermano.

—¿Desde cuándo sabíais Daniel y tú que estaban aquí?

—Llegaron tres días antes que vosotros. Pepe, el chofer, se lo comunicó a Daniel y este vino a la tienda a avisarme. Ambos decidimos esperaros porque ya no nos daba tiempo de mandaros ningún telegrama. Tampoco queríamos que te enteraras de esa forma. No sabíamos si Pancho te había contado algo. Estábamos desconcertados. Yo..., enferma de la preocupación. —Hizo una pausa, indecisa, como si dudara decir las siguientes palabras—. Juraría que Daniel lo sabe todo. El muy tunante se encargó de que fueran acomodadas y no suelta prenda cada vez que lo interrogo. Me da la impresión de que también está disgustado con esta situación. No lo sé, esa pareja de amigos está demasiado unida para que se les pueda coger en un renuncio.

—Pues como nosotras, Lucía. Con la diferencia de que Pancho también es tu hermano —le señaló con tristeza.

—Me da igual nuestro parentesco. ¿Crees que no te voy a defender ante ese cretino embustero? ¡No lo pienses ni por un minuto! —estalló con un genio hasta entonces desconocido para Inés.

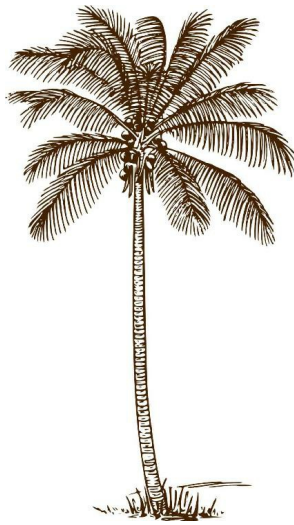
—Tu presencia es como un bálsamo para mí. Gracias por venir.

—Te aseguro que voy a buscar el momento para tener una conversación

muy seria con él. Mientras tanto, invítame a merendar, porque estoy segura de que casi no te habrás llevado nada a la boca con tanto disgusto. Tenemos que tomar algunas decisiones sobre el negocio y quiero pedirte opinión.

La charla sobre la tienda, la pasión de ambas, las distrajo durante toda la tarde, haciendo que las penas se atenuaran durante un rato. Cuando Lucía anunció su marcha, Inés se dio cuenta de que el tiempo se le había pasado volando y que ya era casi la hora de cenar.

Decidió hacerlo en su nueva habitación.



Capítulo 17

Esa mañana habían quedado para ver la obra de la vivienda que se estaban construyendo. Pancho había comprado una parcela en la avenida de la Victoria, comúnmente llamada La Palmera por la cantidad de ellas que adornaban el recorrido. Allí estaban ubicadas las casas más hermosas de Sevilla.

La mañana lucía muy bonita y despejada. En el cielo, de un celeste limpio, no se veía ni una nube. El sol calentaba, aunque las temperaturas habían dado algo de tregua a los termómetros; además, por las noches ya se notaba algo de relente.

Inés se notaba el alma enferma desde que habían llegado del viaje, no vivía. Lo hacía como una autómatas; no sentía, ni padecía; la verdad es que todo le daba igual. La relación entre Pancho y ella no podía ser más fría y tensa. Cada uno encerrado en su mundo intentando lamerse las heridas y procurando, en vano, que dejasen de supurar.

Todos los intentos de acercamiento hacia Guadalupe eran inútiles: ella mantenía las distancias de una forma que se le antojaba poco habitual en una persona tan joven. De la institutriz, para qué hablar. No podía aguantar esos aires y su manera displicente de mirarla. Si no pensara que era un pilar indispensable en la vida de la niña, ya la habría despedido. Todo ello si contara con la aprobación de Pancho, claro.

—Estás preciosa. —Pancho la esperaba en el vestíbulo. El corazón le brincó en el pecho. Estaba más guapo que nunca.

—Gracias —le contestó seca—. Cuando quieras nos vamos. —Al verlo tan perfecto, tan en su sitio, sin señal de padecimiento alguno, sintió rabia. Le gustaría poder infligirle tanto daño como el que él le había hecho a ella.

Subieron al coche aparcado en la puerta y Pepe condujo durante el breve trayecto.

La casa le pareció bonita. En la fachada se podía apreciar un porche y el terreno de delante sería un jardín. Los acompañaba durante la visita el arquitecto, un joven que a Inés le pareció muy agradable. Estuvieron escuchando sus explicaciones y contestando a todas las cuestiones que les planteaban. Notaba como Pancho intentaba complacerla, puesto que le pedía

su opinión y concedía todos sus deseos. Esos detalles le calentaban el corazón, y por otro la hacían pensar que quizás no estuviera todo perdido.

Cuando parecía que ya estaban todas las decisiones tomadas, Pancho le preguntó:

—Inés, ¿son de tu agrado las obras? Esta va a ser nuestra vivienda y me gustaría que todo estuviera a tu gusto.

—Estoy muy contenta. Creo que quedará muy bonita cuando esté terminada —contestó concisa. No tenía ganas de conversar con él.

—¿Te apetece que visitemos la casa que ha comprado Daniel? La está reformando entera. —Pancho la observaba esperando su contestación como si se le acabara de ocurrir la idea.

—Sí, me haría mucha ilusión. —Por fin sintió algo dentro de ella. Apreciaba muchísimo a Daniel y estaría encantada de saber dónde viviría, así se lo podría contar todo a Lucía cuando la viera.

Al llegar, cuál no fue su sorpresa al verla allí acompañando a Daniel.

La casa estaba en plena reforma, situada justo en el mismo barrio donde ellos vivían de alquiler. Enseguida se dio cuenta de que Lucía rebosaba felicidad. La mirada luminosa, seguía a Daniel a todos lados. Su aspecto: se la veía realmente bonita. Había engordado un poco, ya no tenía la delgadez de cuándo la conoció. El pelo le brillaba a la luz del sol. Inés inmediatamente captó sus gestos cómplices y lo bien que parecían entenderse.

La tensión que existía entre los hermanos se notaba como una corriente eléctrica. Daniel hacía verdaderos esfuerzos por aligerar el ambiente pero sin mucho éxito. Le dio pena por ellos. Verdaderamente pensaba que les habían aguado la tarde haciendo acto de presencia.

—Pancho, si no te importa, vámonos a casa. Estoy verdaderamente cansada —se vio obligada a decir—. Os esperamos allí para cenar. No tengáis prisa.

Lucía le había pedido que la invitase, puesto que su deseo era hablar con su hermano.

Llegaron a las ocho y media, ya que a todos les gustaba cenar temprano.

Enseguida pasaron al comedor, donde empezaron la cena con un rico gazpacho con guarnición. Los señores comenzaron a charlar sobre el negocio, por lo que ellas hicieron lo mismo acerca de la tienda. Menos mal que Lucía estaba al pie del cañón, porque ella se había visto desbordada por los acontecimientos y la tenía totalmente de lado, pero su intención era ponerse al día. Era una maravilla lo bien que funcionaba la tienda, cada día mejor. Las ideas y telas exclusivas que ella había traído de su viaje estaban causando furor en las sevillanas. Ya tenían incluso lista de espera para tomar cita.

El segundo plato consistió en un excelente pastel de pescado acompañado de mayonesa y ensalada. La charla fue decayendo lentamente, hasta que en los postres, cuando les sirvieron la macedonia de frutas, solo se oía el sonido de los cubiertos al chocar con la vajilla.

El silencio, como invitado de piedra, fue cargando la estancia de tensión.

Con paciencia y educación, todos esperaron a finalizar la cena para levantarse de sus asientos. Fue cuando Lucía aprovechó para comentar en voz alta:

—Inés, Daniel, si nos disculpáis, Pancho y yo nos vamos a retirar al despacho puesto que tenemos una conversación pendiente. —Fue una aseveración que no esperaba respuesta.

Una vez abandonaron la estancia, Daniel comenzó a contarle a Inés los planes que tenían en los negocios, pero todo fue inútil; era evidente que ella no lo escuchaba. No habían pasado ni diez minutos, cuando se disculpó para ir al baño. Por supuesto ambos sabían a dónde se dirigía en realidad; así se lo hizo saber Daniel lanzándole una mirada acusadora, que ella deliberadamente ignoró.

Las voces llegaban hasta ella débiles, pero las podía distinguir con claridad a través de la puerta, donde Inés se quedó parada, escuchando.

—Lucía las cosas allí no son como en España —decía Pancho—. Nunca pretendí abandonarla. No es tan extraño tener una amante. No me casé con ella porque no estaba lo suficientemente enamorado. Solo fue una aventura juvenil. Si se hubieran quedado en su país, yo la habría seguido visitando de vez en cuando, pero ya que están aquí, enmendaré mis errores y será una más de la familia.

—¿No te das cuenta de que no contárselo a Inés ha sido un disparate? Y no digamos, mantenerlo oculto a tu propia familia. Ya verás cuándo las hermanas se enteren, estarán deseando conocerla.

—No se lo digas tú, que yo les escribiré. No quiero que se enteren por

otra persona, sabe Dios que ya me he equivocado muchas veces.

—Volviendo al tema —Lucía insistió—, comprendo que Inés se haya sentido traicionada. Además, no creas que te va a ser tan fácil que las dos se entiendan, porque observo en Guadalupe una actitud muy altanera y mimada para una jovencita de su edad y, además, en sus circunstancias. No te digo nada de la institutriz; esa mujer me pone los pelos de punta. Lo siento, pero quiero que sepas mi opinión sobre el tema. Al fin y al cabo, alguien se tiene que atrever decirte las cosas.

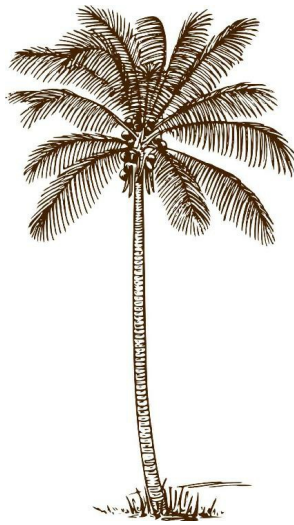
—No voy a consentir que nadie hable mal de Guadalupe, ni que se porten mal con ella. Que sea la última vez que te oigo decir palabras tan desagradables referentes a ella —se oía la voz airada de Pancho.

Inés percibió un movimiento. No se había dado cuenta de la presencia de Daniel en el pasillo de tan concentrada como estaba escuchando. Sabía que debía de parecer una persona patética, pero estaba luchando por su matrimonio y por su felicidad.

—No deberías estar aquí. Esto solo te puede acarrear más desdicha. — Daniel se acercó a ella y la agarró del brazo instándola a apartarse.

—¿Has oído cómo la defiende? No le importa nadie excepto su hija. ¿Pues sabes lo que te digo? Que se lo debería haber pensado antes y quedarse con ella sin meter a más personas por medio a base de engaños. Por favor, no te olvides de contárselo a tu amiguito. —Se soltó con furia de su agarre y dando media vuelta se marchó a su habitación—. Despidete de Lucía de mi parte —dijo mientras se alejaba.

Al rato, desde su habitación oyó murmullos de voces y el sonido de la puerta al cerrarse que indicaba la marcha de las visitas y la retirada de su corazón.



Capítulo 18

La lluvia había hecho su aparición. No era muy intensa, ni muy insistente, era una ligera llovizna otoñal que refrescaba el ambiente dándole aspecto invernal a la mañana. Si el ojo se fijaba bien, se daba cuenta de que las hojas todavía no habían comenzado a amarillear, simplemente ya no tenían el aspecto lozano y vigoroso de la primavera, cuando alcanzaban su máximo colorido.

La calle estaba desierta, aunque la mente de Inés bullía incesante. Iba a desquiciarse como siguiera inmersa en esa loca espiral de sentimientos contradictorios, que zarandeaba su ánimo hasta aturdirlo. Tenía que esforzarse para salir del estado de apatía en el que se encontraba. Aunque el temor la atenazaba, tomó la decisión de hablar con Pancho; decididamente la situación no podía continuar así.

Tenían que conversar. Decidida, fue a su encuentro.

Con el corazón en la garganta, dio unos ligeros toques en la puerta del despacho hasta oír que le daba paso. Se encontraba sentado ante el escritorio leyendo unos papeles.

—Hola, Inés ¡Qué agradable sorpresa! Pasa y siéntate. —La cara de su marido brilló al verla. Se puso en pie para recibirla.

—Buenos días. Si no te inoportuno mucho, me gustaría que pudiéramos tener una conversación. —Inés le hizo caso y tomó asiento mientras se agarraba con fuerza las manos para que no notara que le temblaban. No estaba muy esperanzada de que el resultado de la reunión fuera positivo, y sobre todo, de no salir de esa habitación con nuevas heridas. Decidió comenzar sin más preámbulos.

—Pancho, prácticamente no hemos hablado desde que volvimos de nuestro viaje, y creo que ya es hora de que lo hagamos. ¿No te parece? —El tono poseía un tinte de súplica.

—Por supuesto, Inés. Yo no te lo he propuesto antes porque te veía tan enfadada y dolida conmigo que temía empeorar la situación. —Cuando tomó asiento a su lado, su corpulencia pareció ocupar todo el sitio que quedaba libre en el sofá.

—Eso es exactamente lo que pienso, pero si no lo hacemos, las cosas no

se arreglarán por sí solas. No creas, yo también estoy preocupada y no sé por dónde empezar. Creo que todo esto nos ha desbordado.

—Inés, perdóname. Nunca quise hacerte daño, debes creerme. En México las cosas eran diferentes. Allí no se veía la situación tan mal como tú la percibes, quizás la moral fuera un poco más laxa en ese sentido. Yo no ocultaba a nadie que era su padre, y a pesar de que siempre estaba viajando, me ocupé de que no le faltara de nada. No me planteé cambiar las cosas porque no sabía que había que hacerlo. Empleaba todas mis energías en trabajar.

—Si tan normal eran las cosas allí, ¿por qué me lo ocultaste? Con más razón, me lo deberías haber contado. No logro entenderlo. —Al instante se dio cuenta de que tanta sinceridad no era buena en esos momentos.

Un profundo silencio se hizo en la habitación.

—Ya veo que nunca me lo vas a perdonar. ¿No es así? Da igual lo que te diga, ni la cantidad de explicaciones que te dé.

—Sinceramente, no lo sé. Para hacer una cosa así, primero tendría que entender los motivos que te llevaron a actuar de esa manera, y sinceramente no lo consigo. —Le sostuvo la mirada con dureza—. Pero creo que debemos apartar ese tema de momento, porque me gustaría hablar de otros asuntos más acuciantes.

—Por supuesto, dime. —Se puso de pie para darse la vuelta y mirar por la ventana, sujetándose las manos a la espalda.

—Tiene que ver con tu hija y su institutriz —Hizo una pausa para concentrarse y poder elegir bien las palabras—. Noto cómo Guadalupe me ignora deliberadamente. Ha decidido que soy alguien molesto a la que hay que tolerar, pero hace lo imposible por hacerme el vacío. Al dirigirme a ella, me contesta con monosílabos, si es que lo hace. Cuando entro en una habitación, se levanta y se marcha. Hace esfuerzos por acaparar la conversación cuando está contigo; casi no puedo intervenir sin provocar una situación molesta. Intenta vivir en un mundo en el que solo estáis vosotros dos y Josefina. Un mundo del que yo me siento terriblemente excluida porque tú le sigues a corriente y caes en su juego. —Inés bajó la mirada hacia su regazo para que Pancho no percibiera las lágrimas que pugnaban por salir rodando.

—Lo que dices es totalmente irreal. ¿Cómo puedes pensar que una cría de su edad desarrolle esos sentimientos y malas artes? Me dejas asombrado. — Su voz era fría como el invierno.

A Inés sus palabras la afectaron como un tiro en pleno corazón. Se llevó

la mano al pecho, como si quisiera taponar inconscientemente una herida que sangraba.

—En realidad no pienso que el origen de todo esté en ella —siguió hablando sin amilanarse—, creo que la verdadera culpable de esta situación es Josefina, que la alienta y la anima a seguir con sus locas fantasías. Siempre está dando vueltas por la casa, como si fuera un fantasma. Da igual donde me encuentre que veo su sombra pasando. Cada vez que eso ocurre, un escalofrío me recorre el cuerpo. Hace que me sienta vigilada en mi propia casa y no me da buena sensación. Me resulta difícil explicarlo.

La escarcha invadió la estancia.

—Me vas a disculpar. —A esas alturas empezaba a detectar verdadera furia en la voz de Pancho—. Primero me criticas cuando la dejo atrás sin reconocerla, y ahora que lo hago, me achacas el contribuir a formar un mundo en el que tú no tienes cabida. ¿Lo he entendido bien? —Su mirada era de granito.

—Pancho, no hay nadie más necio que el que no quiere entender. ¿Te das cuenta de lo que nos estás haciendo? —Se arrepintió de sus palabras antes incluso de pronunciarlas.

—No sé qué es lo que tengo que hacer para complacerte. Si lo que me pides es que dé marcha atrás de alguna manera con respecto a mi hija, quiero que sepas que eso ya no sea posible; no está en mi deseo hacerlo. No comprendo por qué te empeñas en poner las cosas tan difíciles entre nosotros. Aunque no me perdones, sí puedes intentar que nuestra convivencia quede libre de tensiones, o por lo menos aligerarla. Esta situación es insostenible. Todos estamos sufriendo mucho.

—Siento que pienses que la causante de tanto quebranto soy yo con mi actitud —Inés se puso de pie dispuesta a dar por finalizada la conversación—. Pienso que tu sentimiento de culpabilidad te ahoga, y la manera de intentar perdonarte a ti mismo es actuando sobreprotectoramente con tu hija, la cual, dicho sea de paso, creo que no tiene buenas intenciones. Además, no cuentas conmigo al tomar tus decisiones. Lo normal sería que lo comentáramos antes de que actuaras por tu cuenta..

—En verdad es muy triste que pienses esas cosas. —El rostro de Pancho era una máscara de furia.

—En eso coincidimos. Yo también pienso que es una verdadera pena que estemos en esta situación, y por lo que veo, sin muchas expectativas de que se solucione. —No estaba dispuesta a dejarse amilanar. Ya que había llegado

hasta allí, pretendía ir hasta el final y decir todo lo que pensaba.

—No te consiento que me hables así. —La furia de Pancho se desbordó—. Te lo he entregado todo. Daría lo que fuera por complacerte, pero parece que lo único que lo consigue es intentar apartarme de mi hija.

Inés no podía creer lo que oía y huyó de la habitación. Los sollozos se alejaron con ella.



Capítulo 19

Ya estaba cansada de pasar noches de insomnio, cansada de sufrir; enfadada consigo misma por la situación que se había creado. Bajó a la planta inferior sumida en sus pensamientos y se encontró con Pancho, que ya estaba en el comedor.

—Buenos días —dijo en un intento de ser cortés—. Espero que hayas dormido bien. —El comentario hizo que él levantara la mirada del plato con la intención de detectar algo de ironía en su rostro.

—He descansado muy bien, gracias. —Le pareció que Pancho mentía sin inmutarse.

Aunque los rayos del sol entraban a raudales por la ventana, iluminando la habitación de calidez y alegría, la temperatura en la estancia se asemejaba a la de una fresquera. El frío rezumaba entre ambos convirtiendo la mañana en desagradable, desapacible.

Inés decidió que ese podría ser el momento adecuado para abordar a su marido; no en vano había estado dándole vueltas a la cabeza durante toda la noche.

—Pancho, te quería contar que últimamente no me encuentro muy bien — Inés tomó aire y lo observó detenidamente intentando leer en su rostro—. Tampoco logro descansar, y es por eso por lo que he pensado en la posibilidad de irme a pasar unos días al campo. Quizás allí, con la paz que se respira, logre recuperarme.

—Me parece una excelente idea —respondió cuando parecía, por su silencio, que el momento se alargaría—. Creo que eso puede contribuir a que tengas un mejor ánimo; pero yo no puedo acompañarte, tengo mucho trabajo. Tendrás que ir tú sola, y eso no me agrada.

Sabía que no lo tranquilizaría dejarla marchar sin compañía.

—No te preocupes. Había pensado preguntarle a Lucía si le importaría acompañarme. Creo que un cambio le agradará. Le voy a decir que podemos dejar las riendas del negocio en manos de Trini, que ha resultado ser nuestra mano derecha. Creo que podremos delegar todo en ella por unos días, si a Lucía le parece bien, claro.

—Me parece que si vas acompañada, estarás mejor. —Alargó un brazo

para cogerle la mano—. Inés, ojalá que tu estancia en la hacienda, sirva para poner orden en nuestras vidas. Tengo muchas esperanzas de que así ocurra.

Inés intentó recuperar su mano con disimulo mientras le dedicaba una sonrisa. Siguió desayunando mientras una tregua silenciosa flotaba en el aire.

Había transcurrido una hora de viaje cuando el coche, con Pepe al volante, cruzó el amplio portón que daba entrada al patio empedrado con cemento y chinos formando extraños mosaicos.

Con el ruido de la llegada, comenzaron a aparecer personas para saludar a las recién llegadas.

Un matrimonio de mediana edad se acercó; se presentaron como Carmen y Rufino, los caseros del lugar. Vivían allí y se encargaban del mantenimiento. Ella era morena, con el cabello recogido en un moño bajo y unos amables ojos oscuros; de caderas anchas y busto generoso, llevaba en sus brazos a un bebé mientras un pequeño, de unos tres añitos, miraba curioso escondido entre las faldas de su madre. Rufino tenía la piel curtida por el sol, y su rostro plagado de arrugas ofrecía una sonrisa bonachona con la gorra entre las manos.

Hizo su aparición un hombretón mascando un puro que enganchado entre los labios. La barriga tipo tonel le sobresalía hacia delante, lo que provocaba que llevara atados los calzones por abajo puesto que carecía de cintura; era Antonio, el capataz, con su inseparable sombrero de ala ancha ceñido hasta las cejas. Junto a él, su esposa, una mujer delgada con cara de susto y la mirada baja que mostraba una actitud servil; estaba rodeada de cinco niños que parecían todos iguales. A Inés no le dio buena espina ese hombre por su mirada descarada y su actitud altanera.

Después de los saludos de rigor y mientras el chofer descargaba el equipaje, entraron en la casa. No era la primera vez que lo hacía, pero esta vez, lo percibió todo de manera diferente, aún así, el ambiente la envolvió como una confortable y gustosa toquilla. Olía a muebles encerados, a romero.

En el centro del vestíbulo lo ocupaba una mesa de estilo san Antonio, sobre la que pendía un extraño farol con mezclas orientales; no podía identificar su procedencia, aunque sí apreciaba su hermosura. De las paredes

colgaban grandes tapices goyescos, y justo a su derecha, arrancaba una gran escalera. Quizás fuera lo más bonito que había visto hasta entonces. Los peldaños eran altos con el pisapié de barro y madera. Los tabiques estaban recubiertos de azulejos que reproducían antiguas labores de labranza y escenas de caza y toro. La barandilla de caoba brillaba, encerada y cuidada. Una preciosidad.

Subieron para ocupar sus dependencias. Las de Inés consistía en el dormitorio, cuarto de baño y otro de vestir. Justo alado, un cuarto un poco más pequeño, que quizás estuviera pensado para habitación del bebé. Se le ocurrió convertirlo en su taller de costura; no veía el momento de cortar los nuevos patrones que tenía perfilados en su mente. Con Lucía allí, ambas disfrutarían de lo lindo creando nuevos modelos.

Después de un breve aseo para refrescarse, bajaron a almorzar y se encontraron con dos bandejas encima de la mesa del comedor. Inés cogió una de ellas y le dijo a Lucía:

—Si no te importa, sujeta la tuya y sígueme.

Atravesaron la puerta de la cocina y se toparon con una asombrada Carmen.

—Señora, ¿qué *eh* lo que desea? Dígamelo e intentaré adaptarme a *suh gustoh*. —Parecía realmente preocupada por la invasión de su territorio.

—Mis gustos son sencillos, Carmen. A partir de ahora la señorita Lucía y yo comeremos en la cocina —dijo posando su bandeja encima del mármol blanco que cubría una mesa de madera—. A no ser que venga don Francisco o haya invitados, claro; entonces lo haremos en el comedor.

—Muy bien, señora, *asín* se hará. —Sonrió encantada—. Aprovecho pa decirle que no *tenemoh manteleh* pa la mesa grande, y no *digamoh pa lah* del servicio... —dijo como disculpándose.

—Me alegro de que me lo digas, Carmen, porque ahora que estamos aquí, pondremos solución revisando todo el ajuar que hay en la casa. Nosotras mismas coseremos lo que falte. Lo haremos con gusto.

—Yo también —añadió Lucía—. Ya verás los manteles, sábanas y cortinas tan bonitas que haremos; además, podemos buscar costureras en el pueblo que nos ayuden, y que así se ganen un sueldo. —Parecía entusiasmada.

—Si no *leh* importa, yo misma *leh* puedo servir de ayuda, y *asín* me gano un dinerillo extra —exclamó Carmen con alegría mientras secaba una enorme cacerola.

—Pues no se hable más. Comenzaremos con la inspección de armarios en

cuanto nosotras acabemos de almorzar y usted haya terminado de recoger la cocina. Por cierto..., me tiene que dar la receta de estos huevos con espárragos. Son una verdadera delicia. —Inés mojó pan dentro de la yema con verdaderas ganas.

—Cuñada, parece que aquí se te ha abierto el apetito, ¿no sabes cuánto me alegra!

La tarde pasó corriendo. Deshicieron el equipaje y recorrieron la casa abriendo y cerrando armarios y alacenas. Inés y Lucía iban apuntándolo todo, ya que algunas cosas faltaban y otras estaban en mal estado.

Tenían pensado mandar a Trini, la encargada de la tienda, a comprar el material necesario para que se lo mandara con el cosario. Ya lo tenían todo planeado. Mientras, Carmen las acompañaba dándoles toda clase de explicaciones, encantada de que una nueva señora se hiciera cargo de la casa y, de paso, de todos ellos, ya que a su juicio hacía tiempo que estaban abandonados a la mano de Dios. Así se lo hizo saber a Inés.

Cuando cayó la tarde, estaban agotadas pero satisfechas. Se dio cuenta de que, con tanto ajetreo, no había pensado en Pancho. El día había pasado volando.

Septiembre era un mes conocido por las blanduras que caían por la noche, lo que obligaba a abrigarse cuando oscurecía. Se encontraban sentadas en el jardín con un chal sobre los hombros.

—Lucía, hoy la jornada ha pasado sin sentir y no he pensado tanto en mi situación. Creo que este lugar es lo que necesito para recuperar y mejorar mi estado de ánimo. Ojalá que en mi matrimonio no esté todo perdido, porque a pesar de todo lo que ha pasado, aún lo sigo amando —dijo sintiéndose desolada por dentro.

—¡Qué cosas dices! ¡Cuando te pones trágica, eres única! En cuanto los primeros problemas asoman por el horizonte, ya estás pensando que todo está acabado. Te creía más luchadora —le espetó Lucía enfadada.

A pesar de las duras palabras de su amiga, Inés no se molestó. Sabía que la quería por encima de sus defectos y que solo pretendía ayudarla. Su opinión no sería tan valiosa si no le confesaba realmente sus pensamientos, sin dobleces.

—Es verdad, en Sevilla estaba totalmente ofuscada. Ahora pienso que tengo que reunir fuerzas y descansar; retomar la relación sin venirme abajo. — No esperaba menos de ti, Inés. —Se cogieron de las manos para reforzar su unión y reconfortarse mutuamente.

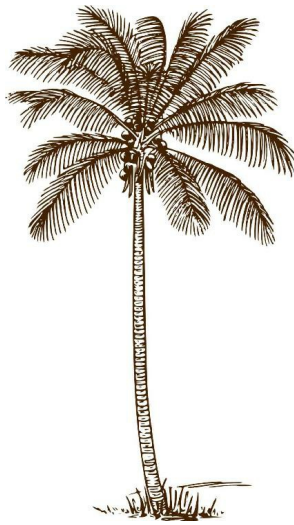
—Te voy a contar algo, pero espero que seas muy discreta hasta que yo decida comunicárselo a tu hermano. —A ella misma le daba pena no haber disfrutado mas de su nuevo estado. Se debatía entre la alegría de llevar a su hijo en sus entrañas, y la tristeza que le producía la situación que atravesaba su matrimonio.

—No me lo puedo creer...¡Estás embarazada! —Lucía se levantó dando un brinco, adivinando lo que le iba a decir. Se abrazaron durante un buen rato, transmitiendo a través de sus cuerpos el cariño que sentían la una por la otra —. ¡Qué bien..., confeccionaremos la canastilla! ¡Me hace mucha ilusión! No podías haberme dado mejor noticia.

Permanecieron un rato más escuchando a Lucía mientras hacia planes sobre cómo iba a vestir el moisés y la repita de cama que confeccionaría. Sabía que disfrutaba tanto o mas que si fuera suyo el bebé, ilusionada como una niña ante los nuevos acontecimientos. A Inés su actitud le templó mucho el ánimo.

Pensar en su hijo le inundaba de amor el corazón.

Cuando las sombras fueron engullendo los últimos rayos de sol, decidieron irse a la cama.



Capítulo 20

Inés no había pasado buena noche, por eso había madrugado. Los recuerdos y los sueños le pesaban en el alma. Añoraba a Pancho y echaba de menos los ratos compartidos, su rostro..., sus caricias... Retazos de la luna de miel le llenaban la mente. Esos momentos eran como hilachas de algodón que se alargaban hasta romperse y desaparecer. Ya los sentía lejanos en el tiempo. Amaba a ese hombre tan impredecible, pero sufría mucho con la dificultad que tenía para abrirse a ella. Siempre ocultaba algo. Había perdido la confianza en él.

Era temporada de verdeo y tenía verdaderas ganas de conocer de primera mano en qué consistía esa actividad, porque era la principal fuente de sustento de la zona. Además necesitaba hacer algo para distraer su mente de sus constantes pensamientos sobre Pancho que le llenaban la mente. Para ello, había elegido vestir con una falda pantalón con botas y una blusa blanca. Llevaba su oscura melena recogida con una cinta detrás de la nuca. En su rostro se marcaban unas profundas ojeras violáceas que evidenciaban la falta de tranquilidad de su espíritu.

Lucía, mientras tanto, se quedaría pendiente de la llegada del cosario; organizaría el taller que estaban montado con las mujeres del pueblo.

Babieca era una yegua pinta que tenía sus años, y esa era la razón por la que se la había recomendado el mozo de cuadra. Era dócil en su manejo y, aunque estaba un poco resabiada, le habían asegurado que no correría ningún peligro. No era muy ducha en la materia, pero si es verdad que de pequeña hizo sus pinitos en equitación sin mucho éxito porque nunca le gustó. La raza equina no le inspiraba ninguna confianza, siempre tenía la constante sensación de que se iba a caer del caballo. Sin embargo, esa asignatura entraba dentro de las materias que contemplaba sus padres sobre la educación adecuada para una señorita.

Después de recibir instrucciones sobre cómo manejar al animal y cómo llegar hasta el sitio donde se estaba realizando el trabajo, salió decidida hacia la zona que llamaban La Valenciana, donde estaban verdeando. No tardó más de media hora en localizarlos; conforme se fue acercando, comenzó a oír risas

y conversaciones. Su llegada causó cierta sorpresa, por lo que se hizo el silencio. Inés sintió muchas miradas clavadas en ella.

—Buenos días. Sigán con su trabajo, por favor. Solo he venido a verlos trabajar y conocer de primera mano en qué consiste el proceso de cosechar aceituna.

—Buenos días —le respondieron al unísono.

Habría tres cuadrillas de veinte personas repartidas por la zona. Inés se bajó del caballo y saludó a Manuel, el manijero. Su función, como él mismo le explicó, era estar pendiente de que el trabajo se realizase, así como de la contratación de las cuadrillas. Por encima de él estaba el capataz, que era el encargado de administrar todo en su conjunto.

A la vez que iba caminando a través de las hileras de olivos, pudo observar cómo los hombres cogían la aceituna a mano y la echaban en grandes capazos que llevaban colgados en forma de bandolera. Las mujeres y los niños recogían las que se caían al suelo para que no se estropeasen. Se sorprendió de la velocidad con que realizaban el trabajo. Todos la saludaron muy amables casi sin parar de trabajar.

A media mañana, volvió a montar en la yegua para regresar al caserío. Se daba cuenta de que su presencia les producía cierta incomodidad puesto que no la conocían bien. El hecho de ver a los niños trabajando hizo que se marchara reflexionando. Tendría que hablar con Antonio, el capataz. Vería la forma de que los niños pudieran acudir a la escuela más cercana para que se instruyeran. Si no existía, estaba dispuesta a construir una en la hacienda para todos las familias que vivían allí y en los alrededores.

Cerca del mediodía llegó al cruce del puente. Allí, Babiéca se paró en seco y por más que ella la instó con los estribos y la jaleó con la voz, no parecía querer moverse de su sitio. Decidida, giró hacia la izquierda y comenzó a caminar con la parsimonia que la caracterizaba. Cuando Inés ya estaba verdaderamente asustada y pensando seriamente en intentar bajarse del caballo en marcha a pesar de su embarazo, ella sola se detuvo, entretenida en pastar unas hierbas frescas que había localizado.

Con el corazón que se le salía por la boca del sobresalto, se apresuró a bajarse del tozudo animal antes de que le diera por proseguir su errático caminar. Una vez en el suelo, observó que había un camino que se introducía entre la maleza, era estrecho y parecía que se había formado base de pasar por el mismo sitio un millón de veces. Amarró la yegua y siguió el sendero, apartando las ramas, descubrió con sorpresa que desembocaba en una pequeña

calita de arena muy fina donde el arroyo hacía un repecho. Encantada con su hallazgo, se sentó para observar el lugar con más detenimiento. Escuchó un chapoteo y vio una colorida rana de san Antón que se sumergía, alarmada por su presencia. Solo se escuchaba el ruido de la corriente entre las piedras y el constante zumbido de las moscas. Se decidió a tumbarse y cerró los ojos para disfrutar de la paz que transmitía ese lugar hasta que el sueño la invadió.

No supo con exactitud qué fue lo que la despertó. Quizás hizo algún ruido al moverse, o simplemente fue que desplazó al sol que le entibiaba el rostro, porque cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con otros azules que la miraban con atención.

—¿Quién es usted y que es lo que está haciendo aquí? —Se incorporó asustada. Se dio cuenta de que se había quedado dormida.

El dueño de esa mirada tenía el cabello color champán y la piel bastante pálida. Por su perfecta forma de vestir, se adivinaba que su posición era elevada. Alto y muy delgado, la nariz aguileña le daba carácter a su rostro.

Se apartó sonriendo, divertido.

—No se alarme. No todos los días se encuentra uno a una chica guapa dormida. Siento haberme quedado mirándola de esa manera sin advertirle de mi presencia pero no quería perturbar sus sueños. Mi nombre es Rafael Mendoza, médico de profesión. Me atrevo a adivinar que somos vecinos. —Inés se levantó intentando revisar su desastrosa apariencia.

—Inés Callejo, señora de Madrazo. Tanto gusto. —Le tendió la mano, que él se dispuso a besar—. Mi marido es propietario de la hacienda El Rosario. Todavía no conozco bien hasta dónde llegan las lindes, pero he descubierto este encantador rincón y me he quedado dormida sin darme cuenta.

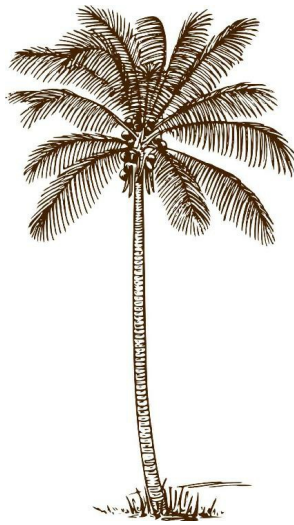
—No ha traspasado usted ninguna linde; este lugar está situado dentro de la propiedad de su marido. Soy yo el que se ha adentrado en tierras ajenas, pero conozco este paraje desde mi niñez y siempre lo he visitado; cosa que no volveré hacer hasta que no me den permiso sus nuevos propietarios. —Su voz era amable y sus modales impecables; cierta reserva en sus movimientos lo hacía parecer una persona introvertida.

—Pues si es así, por supuesto que tiene el permiso para seguir viniendo cada vez que le plazca, se lo concedo yo. No seremos nosotros los que lo privemos de ese placer. —Le dedicó una sonrisa genuina; le caía bien—. Me parece que ya es hora de que vuelva a casa; me estarán esperando para almorzar, aunque mi obstinada montura no sé si será de la misma opinión que yo y querrá obedecerme para llevarme sin problemas.

Rafael se carcajeó con ganas.

—Para mayor seguridad la acompañaré hasta la hacienda. No queremos que vague eternamente por el campo. Me aseguraré de que llega sana y salva —se ofreció amablemente.

Una vez que llegaron a la casa, Inés se despidió, agradeciéndole su compañía y corrió hacia la cocina donde la estarían esperando.



Capítulo 21

Pancho no se lo podía creer. No sabía qué era lo que se encontraría al volver a ver a Inés, pero nada lo había preparado para la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Apoyado en la puerta del almacén, con un tobillo sobre el otro y de brazos cruzados, la contemplaba trabajando como una más al seleccionar la aceituna. Los hombres dejaban caer el fruto sobre unas mesas con ranuras de madera que hacían que las aceitunas de pequeño tamaño se colaran por ellas y las más grandes continuaran, rodando, su camino. Las ágiles manos de las mujeres iban separando las moradas, las golpeadas y las que estaban en mal estado, a gran velocidad. También retiraban las ramas y hojas de olivo para que fueran limpias de restos vegetales.

Voces, ladridos y personas hablando formaban una gran cacofonía de sonidos que reverberaban en la nave. Comprobó boquiabierto la agilidad que había adquirido su mujer en la faena y la familiaridad con la que hablaba a los demás. Se había integrado de maravilla entre esas personas y los trabajos que desempeñaban.

Una chica con el cabello castaño reparó en su presencia y, con un suave codazo, le hizo notar a Inés que estaba allí. Se giró con la sorpresa reflejada en el rostro, y la sonrisa que le dedicó al verlo lo caldeó por dentro. Corrió a abrazarlo besándolo suavemente en la mejilla y el pecho se le llenó de burbujas al tenerla de nuevo entre sus brazos. La mantuvo así todo el tiempo que pudo, hasta que no le quedó más remedio que aflojar su apretón. Le costó mucho esfuerzo porque estaba ansioso de estar con ella, de sentirla.

—Hola, preciosa. Tenía ganas de verte —le susurró al oído.

—Y yo a ti.

Inés lo cogió del brazo arrastrándolo hacia el patio, y juntos, comenzaron a caminar hacia la casa.

—¿Me has echado de menos? —Pancho no podía dejar de contemplarla sin que una sonrisa se dibujara en su cara.

—Claro que lo he hecho. Tengo muchas cosas que contarte... —Pancho la encontró más hermosa que nunca, pero también la veía algo nerviosa—. Vamos a saludar a Lucía y te pongo al corriente —le contestó con una pícaro sonrisa

que lo intrigó.

Nada más entrar en la casa, su hermana lo abrazó con gran alegría y todos entraron en el espacioso salón con cuatro ventanas enrejadas, estilo andaluz. Tanto el suelo con su pátina de barro antiguo, como las paredes, estaban rodeados por antiguos azulejos de Mensaque impregnados por el sabor que dan los años. Muebles de estilo castellano decoraban la estancia. Al fondo, incrustada en la pared, se veía una chimenea toda forrada de madera y jalonada por medallones y estopas de bronce que hacían referencia a barcos de la ilustre armada española, evidenciando la influencia de algún antepasado militar.

Del artesonado colgaban dos arañas de cristal de considerable tamaño. Los cuadros que adornaban las paredes eran casi todos paisajes del XVIII.

—¿Cómo está Daniel? —La pregunta salió de los labios de Lucía antes de que se diera cuenta de lo que hacía, como pudo comprobar Pancho por el sonrojo de sus mejillas.

—Pues hasta esta mañana, que lo dejé al frente del negocio, estupendamente. Algo me hace sospechar que te añora a juzgar por la cantidad de veces que pregunta por ti. —Pancho sonreía abiertamente al mirarla. Se alegraba inmensamente de verla contenta. Lo llenaba de ilusión pensar que esa relación pudiera prosperar.

—Tenemos que ponerte al día en muchos asuntos. —Notó que Inés cambiaba de tema para evitar que su hermana se azorase más de lo que estaba —. Lucía ha montado un taller de costura con mujeres del pueblo y están confeccionando todo el ajuar de la casa, porque nos dimos cuenta de que era inexistente, o que lo poco que había, se caía de viejo.

En ese momento entró Carmen cargada con una bandeja llena de platitos, y copas de cristal.

—Aquí *leh* traigo este aperitivo *pa* que vayan haciendo estómago *mientrah* termino de darle los *últimoh toqueh* a la comida. Espero que disfruten.

—Gracias, Carmen. Estás en todo. —Inés comenzó a servir en los catavinos el oloroso.

—¡A mandar! Ya *leh* aviso en cuanto esté *to preparaao*. —Se alejó moviendo sus grandes caderas y se frotaba las manos en el delantal.

El ambiente distendido y alegre continuó. Inés no paraba de hablar mientras lo informaba sobre sus planes para fundar una escuela a la que pudieran acudir todos los niños de la zona. Lo dejó de una pieza cuando le

comentó la necesidad que había de adquirir un tractor porque con los carros no daban abasto haciendo los portes. Ese era uno de los temas que venía a tratar con el capataz: la adquisición de maquinaria. Su intuición para las necesidades de negocio lo agradó y lo sorprendió a partes iguales.

—Pancho, hemos conocido al vecino. Inés se lo encontró en uno de sus paseos. Su nombre es Rafael Mendoza y es el marqués de Aguas Santas. Es médico y le hemos pedido que acuda a la hacienda para que revise la salud de los niños. —Lucía lo puso al corriente de las noticias.

Un ramalazo de inquietud le atravesó el pecho. «¿No sería esa la razón por la que la veía tan feliz?». Ese pensamiento lo molestó, pero no era el momento para meditar sobre ello y lo apartó con rapidez de su mente.

Carmen los avisó de que la comida ya estaba lista. Fue la señal para que los tres pasaran al comedor para degustar las ricas viandas que les habían preparado.

Al acabar de almorzar, entraron en su despacho para tomar un café. Lucía se disculpó y se marchó para hacer su equipaje, puesto que después de la reunión que Pancho iba a tener con Antonio, el capataz, los tres volverían a Sevilla.

—Pancho, todavía me falta una gran noticia que darte. —Inés se acercó y se sentó a su lado con aire de misterio.

—Soy todo oídos, cuéntame. —Sonriendo para sí mismo, no dejaba de disfrutar del cambio que veía en ella. Estaba contenta y alegre como cuando la conoció.

—Dentro de unos meses habrá uno más en la familia: vamos a tener un hijo... ¡Estoy embarazada!

—¡Bravo! —Pancho la cogió en volandas y comenzó a dar vueltas por la habitación—. No podrías hacerme más feliz. Gracias amor mío. —Se detuvo y asaltó su boca.

Ese beso fue para ambos como un rayo que descargaba su fuerza en medio de una tormenta; impetuoso y salvaje. Liberaron a los demonios que habían estado reteniendo sus emociones, y un deseo crudo, sin ataduras, los acometió con furia. Pancho la tumbó con delicadeza en la mullida alfombra para dar rienda suelta a todas las caricias y anhelos contenidos.

Cuando pudieron deshacerse de la ropa que los cubría, hicieron una pausa para contemplarse; de tácito acuerdo, se entregaron el uno al otro tranquilos, con pausa, disfrutando del momento, de cada pliegue de sus cuerpos, del tacto suave y sedoso de ella; del duro y firme cuerpo de él. Juntos alcanzaron el

clímax y, todavía gozando de los vestigios de la pasión, yacieron abrazados. Estaban jadeantes y sudorosos, pero no les importó.

—¡Qué feliz me hace sentirte de nuevo entre mis brazos! —Inés lo miraba con mejillas sonrojadas. Su cuerpo olía a sexo, lo que hizo que la lujuria volviera a despertarse en él—. Soy el hombre más afortunado del mundo. Ahora formaremos una familia junto a Guadalupe.

En ese instante, notó que ella se tensó como si un cable se estirara. Su cuerpo se asemejó a una barra de metal.

—Aún no hemos hablado de ella —dijo Inés intentando zafarse de su abrazo. El momento mágico había pasado.

—No te entiendo. ¿Qué es lo que tenemos que hablar? —En la voz de Pancho se apreciaba un deje de impaciencia.

—¿Cómo os ha ido durante mi ausencia? —Inés intentó cambiar de tema.

—Muy bien. Te hemos echado mucho de menos. Salimos todos los días a pasear por el parque junto a Josefina; a merendar y a visitar los sitios más turísticos de Sevilla. He creído conveniente que vaya conociendo la ciudad donde va a vivir. ¿No te parece? —A esas alturas de la conversación, observó cómo ella buscaba su ropa para comenzar a vestirse—. Inés, ¿me puedes explicar que es lo que te pasa? —Pancho estaba comenzando a enfadarse, aunque intentaba contenerse y no perder la paciencia.

—Pues verás..., Lucía y yo hemos estado conversando y se nos ocurrió la idea de que como a Guadalupe le gusta tanto la costura, la podemos ir introduciendo en el negocio para que aprenda el oficio; aunque el día de mañana no lo necesite para vivir. Esa es una lección que me ha enseñado la vida. —Inés hablaba atropelladamente mientras se vestía. Le temblaban las manos.

—Ese tema no lo tenemos que decidir ahora, podemos hacerlo en otro momento. —Pensó en no seguir hablando y guardar silencio, ya que hacía rato que se estaba reteniendo, pero algo en su interior hizo que estallara—. De todas formas, te anticipo que no quiero que mi hija trabaje. Nosotros lo hemos hecho porque no nos quedaba más remedio, pero me gustaría que ella accediera a todo lo que yo no tuve y se educase como una verdadera dama, que es lo que es. —A la vez que iba hablando iba viendo cómo el rostro de Inés se iba transformando en una máscara de dolor. Se maldijo por dentro, no había querido herirla.

—Ya veo que todo sigue igual. —Una solitaria lágrima rodó por su rostro—. Lo has vuelto a hacer.

—Dime, Inés, ¿qué es lo que he vuelto a hacer? —Se acercó a ella y le limpió la cara.

—Pues... tomar esas decisiones unilateralmente. En todo lo referente a ella, yo no cuento para nada, y lo malo es que ella lo sabe. Yo me he encontrado una hija impuesta y no logro hacerme un sitio entre vosotros. —Las lágrimas rodaban ya sin control.

—No puedo entender esa actitud tuya. No comprendo porqué no la dejas a un lado. Después de haber hecho el amor y de comunicarme que esperamos un hijo, ¿cómo puedes decirme esas cosas? ¡Esto es una locura! —Se echó hacia delante agarrándose el cabello con ambas manos.

—No lo puedo remediar, Pancho. Si supiera cómo hacerlo mejor, lo haría, porque tengo verdaderas ganas de que nuestra relación mejore. ¿Por qué no empiezas a pensar que el que tiene que replantearse algo eres tú?

—No puedo cambiar lo que no percibo. No te entiendo, Inés. Josefina dice, que ella cree que tienes unos celos locos de la niña. —Inés se llevó la mano al corazón como si hubiera recibido una puñalada. Él reconoció el gesto.

Inés se levantó en silencio y salió de la habitación.

Pancho comenzó a ponerse la ropa. Hacía frío. La temperatura en la salita, sin su presencia, había bajado.

El resto de la tarde, no fue muy consciente de cómo transcurrió. No tuvo casi fuerzas para escuchar las quejas del capataz. Percibía las cosas bajo una bruma de dolor.

—No me gusta que su esposa esté metida en todo, me ha estado dando órdenes e intenta cambiar la manera de hacer las cosas. —Esas palabras llamaron su atención, sacándolo del trance. Un llamarada de rabia le subió por el pecho.

—Quiero que a partir de ahora tengas muy presente lo que le voy a decir. —La voz cortaba como un cuchillo—. Mi mujer solo rinde cuentas ante mí, por lo que todo aquello que ella desee, o quiera cambiar, usted lo hará sin rechistar y con buena cara. Ella también es su patrona. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor. —Antonio bajó la mirada retorciendo el sombrero entre los dedos.

—Me alegro, porque no quiero oír hablar del tema. —Sin más, le hizo un gesto dando por terminada la reunión. No sabía porqué, pero ese individuo no le agradaba en absoluto. Había decidido que la compra del tractor la realizaría él por su cuenta. No le apetecía compartir nada con esa persona.

La temida hora para partir hacia Sevilla llegó para Pancho. En el

vestíbulo constató lo que ya sospechaba..., que Inés no lo acompañaría. Guardó silencio mientras Rufino metía el equipaje de Lucía en el auto.

Se preguntaba cómo durante el día, solo con su presencia, ella había podido hacerle desterrar las penas instaladas en su corazón. A su lado, conseguía que todo quedara olvidado. Sin embargo, ahora, no se veía con fuerzas para recoger las piezas que se habían quedado esparcidas en el suelo de aquel despacho para juntarlas; dudaba mucho que se pudieran volver a pegar.

«¿Me necesitará ella como yo la necesito?». Ese pensamiento le atravesó el pecho como una flecha, llenándolo de dolor.

No supo qué le hizo girar la cabeza justo antes de que el coche traspasara el portón. Su clara mirada se cruzó con la azabache mientras ella observaba su marcha a través de la ventana del piso superior. La garganta se le agarrotó por el llanto que no permitiría salir.

Los hermanos llegaron a Sevilla en el más absoluto silencio. Cada uno por sus propias razones, ninguno tenía ánimos para hablar.



Capítulo 22

El Rolls Royce se detuvo delante de su casa, en la avenida de la Palmera. La mudanza se había realizado hacía una semana; así se lo dijo Lucía, cuando la avisó alarmada por lo que estaba sucediendo en su hogar. También le comentó que en el negocio casi todas las costureras habían enfermado, y que no apareciera a no ser que ella cayera enferma porque había riesgo de contagio.

Inés observó la fachada desde el interior del vehículo; justo antes de decidirse a descender buscó algo entre las cosas de su bolso. Pronto lo encontró y escribió unas letras que le entregó a Pepe, el chófer.

—Entréguele sin falta esta nota a don Rafael Mendoza. Asegúrese de que se encuentra en la ciudad. Ahí lleva escrita su dirección, está en el centro. No creo que tenga mucha pérdida. —Inés le hablaba inclinada hacia delante en su asiento para que la oyera mejor—. Después vuelva, pero no entre en casa, temo que se contagie. Manténgase cerca por si necesitamos de algo.

—Señora, no se preocupe que eso está hecho —Pepe se volvió. Su campechano rostro mostraba una gran preocupación—. Y... cuídese mucho. Esperaré fuera para ayudarlos en cualquier cosa que necesiten.

—Gracias Pepe. Nos veremos pronto. —Inés le agarró el brazo desde atrás dándole un pequeño apretón para transmitirle su afecto.

Abrió la verja y cruzo el camino de chinos que llevaba hasta la puerta de entrada, donde se dispuso a llamar. Tuvo que hacerlo un par de veces hasta que una demacrada Isabel le abrió la puerta.

—¡Señora, por fin ha regresado a casa! Ahora que usted ha llegado, seguro que todo se arreglará. —Se echó a llorar sin consuelo tapándose el rostro con el delantal del uniforme de doncella.

Inés la abrazó. —He venido en cuanto me he enterado, y enviado aviso a don Rafael, el doctor. Te pido que cuando llegue, lo hagas pasar y acompañes hasta la habitación de la enferma. —Inés le acarició el desordenado cabello—. No llores e intenta mantenerte fuerte. Ya verás cómo salimos de esta.

Miró a su alrededor sin sorprenderse por la dejadez que la rodeaba. El domicilio permanecía en penumbra y olía a cerrado. Una fina capa de polvo lo cubría todo, señal inequívoca del caos que reinaba allí. Cruzó el amplio

vestíbulo y abrió la gruesa puerta de caoba. Allí estaba Pancho, sentado ante la mesa de su despacho; su rostro mostraba una total devastación. El corazón de Inés comenzó a latir más deprisa y, a pesar de su aspecto, le pareció muy atractivo. La atracción que sentía hacia él era igual de intensa que siempre. Sintió revolotear mariposas en el estómago y se alegraba de verlo. Pancho levantó la mirada y la descubrió observándolo en silencio. Se acercó para abrazarla.

—Inés, no deberías estar aquí. Estás embarazada. El sarampión ya es una epidemia en Sevilla y se ha cobrado muchas muertes en la ciudad. —Su aspecto era dejado y demacrado. Se nota que llevaba días sin afeitarse. Tenía los ojos gris plomo, inyectados en sangre, la barba sin afeitarse.

A pesar de que estaba hecho un desastre, lo besó en la mejilla mientras le devolvía el abrazo.

—No te preocupes por eso, Pancho. —Le rodeó el rostro con ambas manos para acaparar su atención—. No haría nada que pusiera en peligro a nuestro bebé. Consulté antes de venir y me dijeron que, como ya pasé la enfermedad de niña, no hay peligro de contagio. Tenía que acudir para ayudaros. Voy a cambiarme, porque Rafael debe de estar a punto de llegar; querría conocer una segunda opinión sobre el estado de Guadalupe. —Dio por hecho que ya la habría visto algún médico.

Con total naturalidad tomó las riendas de la situación y subió sin demora a su dormitorio. Cuando se cambió la ropa por otra más cómoda, oyó el timbre de la puerta y bajó.

—Hola, Inés. —Rafael sonrió al verla—. He acudido en cuanto he recibido tu nota. Cuéntame cómo están las cosas. —Su presencia se le asemejó a una aparición. Alto, con ojos azules y elegante, no parecía que llevara horas atendiendo a moribundos, ni que viviera rodeado de enfermedad y muerte.

Pancho salió de su estudio y se paró en seco al verlo. Ambos hombres se estudiaron con detenimiento, sin disimulo.

—Pancho, te presento a Rafael Mendoza, marqués de Aguas Santas. Ya te hablé de él. Es nuestro vecino en el campo y propietario de la hacienda El Potrero, colindante a la nuestra. —Inés hablaba atropelladamente, intentando relajar el ambiente que, de repente, se había vuelto tenso.

—Tanto gusto. —Pancho le tendió la mano—. Estoy muy agradecido de que haya acudido a nuestra llamada para atender a mi hija; creemos que está muy mal. —Le apretó la mano con cortesía sosteniéndole la mirada.

—Hace quince días que regresé a la ciudad y desde entonces los enfermos

se multiplican y, aunque me gusta gozar del campo, mis deberes me atan a la capital. —Al decir eso, fue cuando Inés percibió las huellas de cansancio en su rostro—. No perdamos tiempo y llévenme a su presencia. —La tensión se rebajó, dando paso al espíritu práctico que acompañaba a todo profesional—. Lo primero de todo, la casa debe estar ventilada y aseada. Comprendo que es un esfuerzo enorme porque me imagino que todo el servicio estará ausente.

—Eso no va a ser un problema —respondió Inés mirándolo muy seria.

—La enfermedad se transmite por el aire, por lo que quiero que todos usen un pañuelo que les tape nariz y boca, sobre todo, si entran en la habitación de la enferma —Pancho encabezaba la marcha del grupo que subía por las escaleras y escuchaban con atención las indicaciones—. Tiene un periodo de incubación de tres a siete días y sus primeros síntomas se pueden confundir con los de un resfriado común. Luego comienza a subir la fiebre hasta cotas muy altas hasta que aparecen las pústulas que invaden el cuerpo. Hasta el cuarto día después de su aparición, los enfermos deben estar aislados ya que puede persistir el riesgo de contagio.

Llegaron a la puerta de la habitación de la enferma y esperaron para entrar a que Isabel trajera unos pañuelos para cubrirse, según las indicaciones. El doctor se colocó una mascarilla de tela que llevaba en su maletín.

Cuando entraron, el olor a enfermedad y a cerrado los golpeó como una bofetada. La mirada de Inés se cruzó con la de Josefina que velaba a la enferma con aire desesperado. Sin resto alguno de orgullo o altanería, la percibió completamente abatida. Al entrar Rafael, se hizo a un lado para dejar espacio al médico.

—Por favor, abran la ventana —dio la orden sin dirigirse a nadie en particular. Rafael procedió a examinarla revisando garganta y auscultándole el pecho; los demás lo observaban en silencio. Mientras, Guadalupe yacía en la cama con la cara y el cuerpo hinchados, cubierta de granos. Daba pena verla. Su respiración era muy trabajosa.

Pasado un tiempo, el médico se incorporó.

—Bien, quiero que esta habitación permanezca seca, fresca y ventilada. La enferma debe estar muy hidratada, por lo que tiene que tomar todo el líquido que admita con una cucharita, o una pajita si ella no puede. Parece que le ha afectado algo al pulmón pero como es joven y fuerte, creo que lo peor puede haber pasado.

Rafael se giró hacia Josefina.

—Señora, usted debe irse a descansar. Aliméntese porque el sarampión

es especialmente virulento en los adultos y niños. A partir de ahora aconsejo que la atienda una sola persona hasta que sane. —Se volvió a Inés—. Creo que debes hacerlo tú porque eres inmune. Para los demás es demasiado peligroso. —Inés asintió con la cabeza.

—De ninguna manera, doctor. Yo seré la única que atienda a mi niña — dijo Josefina con la voz quebrada.

Pancho la agarró por un brazo y, sujetándola con amabilidad pero con firmeza, la saco de la habitación dispuesto a cumplir las órdenes del médico. Ella no mostró mucha oposición, se la veía agotada.

Cuando Rafael terminó de recoger sus cosas y meterlas dentro del maletín, Inés lo siguió fuera de la estancia y le dio las gracias.

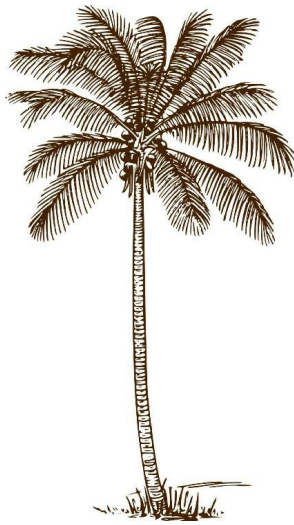
—No ha sido nada. Mañana vuelvo a verla. Si empeora, mándame recado. —En ese momento apareció Pancho para acompañarlo a la puerta.

—Pancho, cuando bajes, dile a Pepe que compre pajitas. Lo encontrarás cerca del coche, fuera de la casa. También haz que Isabel me traiga agua y jabón para asear a la enferma y refrescarla, un vaso para beber y una cucharita. ¡Ah, que se me olvidaba!, también un juego de sábanas, gracias. — Sin mediar palabra, abrió la puerta para entrar en el dormitorio.

Ambos hombres se miraron con una sonrisa en la boca. Pancho encantado y feliz de que ella estuviera allí.

—Una gran mujer. —La sonrisa de Rafael era divertida.

—Totalmente de acuerdo. —Pancho no tenía nada más que añadir.



Capítulo 23

Sentada en una silla del jardín, con la cara girada hacia el sol, Inés recibía los tibios rayos que le acariciaban la piel. Durante la mañana de ese fresco día de otoño, contemplaba pasar las nubes preñadas de lluvia. Lorenzo no se rendía y, haciendo grandes esfuerzos, colaba sus potentes haces de luz entre ellas.

Ya había pasado una semana e Inés mostraba signos de cansancio, pero Guadalupe estaba mejor. El sarpullido se había suavizado y la fiebre hacía días que había desaparecido. A pesar de todo, el aislamiento continuaba, y la debilidad se notaba en la niña. Los días transcurrían agotadores, porque cuidar de una enferma y mantener la casa mínimamente limpia, no era tarea fácil. La cocinera había vuelto a ocupar su puesto, aunque por precaución no traspasaba los límites de sus dominios; Isabel, la doncella, cuidaba del hogar sin acercarse a la enferma. Gracias a Dios, parecía que seguía gozando de salud. Pepe pasaba las jornadas haciendo guardia apostado cerca del coche. Siempre estaba dispuesto para hacer la compra y los recados que pudieran surgir, además, traía y llevaba todos los días a Pancho al trabajo, al que no podía faltar.

La que no parecía estar bien era Josefina. Un fuerte resfriado se había apoderado de ella y Rafael había ordenado su aislamiento por prevención, ya que estaban en otoño y las temperaturas habían bajado.

A pesar de todo, el corazón de Inés latía lleno de felicidad porque en medio de todo ese caos, Pancho y ella, al fin, parecían haber encontrado un punto de unión. Por las noches, por muy cansados que estuvieran, ambos se buscaban con hambre y necesidad mutua. Nada más acariciarlo, su cuerpo se estremecía de placer anticipado y, pronto, todo se volvía un revoltijo de besos y caricias; brazos y torsos se entrelazaban con pasión hasta acabar jadeantes y sudorosos. El placer del reencuentro tenía sabor a miel ahora que Guadalupe no corría peligro. Por otro lado, sentía cómo su hijo crecía dentro de ella. Todavía la redondez del vientre no había asomado, pero lo notaba fuerte en su interior.

Esa tarde decidió, al fin, visitar la tienda, y lo que vio durante el recorrido la dejó fuertemente impresionada. Ahora que las cosas estaban algo

más tranquilas en casa, quiso echar una mano a la agobiada Lucía que había estado sola con toda la responsabilidad del negocio sobre sus hombros mucho tiempo y, no quería que la situación siguiera así.

En la ciudad se palpaba la muerte.

Observó consternada los estragos que esta había causado al callejear por la ciudad como otro habitante más, dejando tras de sí desolación y tristeza. No había familia en Sevilla que no hubiera perdido a alguien. Las calles estaban desiertas debido al terror de sus habitantes que aguardaban en sus domicilios velando, bien a los enfermos, bien a los difuntos. Sus rostros demacrados mostraban resignación esperando a que la enfermedad se cebara en ellos, o para acompañar a los muertos cuando La Parca se marchaba impunemente en su compañía.

Las campanas de los templos tañían con tristeza llamando al rezo por los extintos, mientras los supervivientes no dejaban de dar gracias a Dios; a Dios, y a las hermanitas de la de Cruz, mujeres expertas en la entrega a los enfermos y los pobres con humildad y abnegación.

Se las veía siempre en parejas de dos visitando sin tregua las casas, sobre todo la de los más necesitados, a los que ofrecían cuidados, comida y sobre todo amor..., mucho amor.

Justo cuando iba a entrar en la tienda, se cruzó con una pareja que salía. Lucía las había acompañado a la puerta.

—Buenos días, madres —saludó Inés sorprendida.

—Buenos días nos dé Dios —le respondieron alejándose con prisas.

Inés las observó mientras se acercaba a cumplimentar a su amiga.

—Lucía, ¿por qué han venido, hay alguien enfermo? —Estaba realmente alarmada.

—No te preocupes, mujer. Afortunadamente, por aquí ya estamos todas bien. Solo perdimos a la pobre Carmelita que no pudo superar la enfermedad. Las demás gozamos de buena salud. —Lucía se persignó mientras hablaba.

—Pues entonces, ¿qué hacían aquí?

—Recoger limosnas. Nos hemos suscrito para ayudarlas, y todos los meses contribuiremos para que puedan atender a los desamparados.

—Aplaudo tu decisión. Siento que no se me haya ocurrido a mí antes. A partir de ahora, yo también lo voy a hacer en nombre de mi familia. —Se dio cuenta de que era la primera vez que decía esa palabra y la había pronunciado con facilidad. Su corazón dio un latido de alegría—. Me contó don José, el párroco del Corpus que la orden fue fundada en Sevilla en 1875 por una

zapatera llamada Ángela Guerrero González, en un cuarto con derecho a cocina alquilado en un corral de vecinos. Eran cuatro monjas sin hábito, sin convento al uso, sin capilla ni Santísimo Sacramento. Ese primer día, Ángela de la Cruz, que era el nombre que tomó, nombró a la Virgen superiora del convento. Desayunaron y fueron a repartir limosnas y a visitar a los enfermos. Por la ilusión y la emoción, se les olvidó hacer el potaje. Se les olvidó comer. Me contó el párroco que tan solo dos meses después, se las autorizó a vestir los hábitos color marrón que el padre Torres, su director espiritual, bendijo el día de Navidad.

—¡Qué historia tan bonita! ¡Y qué mérito tienen! Desde que ocurrió lo de la epidemia, he visto de primera mano la abnegación con que trabajan. Esto viene a reforzar mi opinión sobre ellas. —Lucía cruzó los brazos como si tuviera frío—. Ven, pasa, que tenemos mucho trabajo pendiente.

Las dos cuñadas entraron en la casa y pasaron el día repasando encargos, hablando con proveedores, y sobre todo, perfilando los nuevos diseños ajustados a la temporada de invierno. Antes de que se lo esperaran, llegaría la Navidad con todas sus celebraciones; trajes, abrigos, complementos... Había que planificarlo todo con gran cuidado para que la colección tuviera éxito.

La parte que más disfrutaba Inés era elegir las telas. Cuando veía los nuevos paños, su tacto, los coloridos... la mente comenzaba a volar queriendo darles formas. Para ella era un trabajo emocionante.

En cuanto pasara esa horrible enfermedad, no se desvincularía de la tienda. Junto con la fascinación que ejercía en ella el campo, era su pasión.

Después de comer, se encontraban sentadas en el saloncito de arriba tomando una taza de café; se le ocurrió sacar un tema por el que hacía tiempo que sentía curiosidad.

—Dime, Lucía: ¿eres feliz junto a Daniel? Quizás sea una pregunta un tanto impetuosa, pero últimamente no ha habido forma de intercambiar confidencias, y me interesa saber cómo te va.

—Soy muy dichosa. —A Lucía le resplandecía el rostro de dicha—. Es un hombre trabajador, atento... y encantador. Tenemos los mismos gustos. Estoy muy enamorada de él. —Exudaba contento por los cuatro costados.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo también opino que es un buen hombre, además creo que está completamente loco por ti. Él sabe tu pasado y no le importa porque te quiere de verdad. No hay más que ver la manera que tiene de mirarte, totalmente arrobado; no le importa nada demostrárselo al mundo entero. En una ocasión me dijo que, si encontraba a la persona adecuada, no le

importaría casarse.

—Nunca creí que la vida me ofreciera una segunda oportunidad. En el pasado, desde el momento en que supe que estaba embarazada, todo fue un calvario para mí. Durante esos años me sentí muy desgraciada. Después, cuando nació mi hijo, el cielo se abrió con un rayo de esperanza; vivía solo para él. No me importaba trabajar más duro que nadie, ni las habladurías o las constantes humillaciones..., hasta que falleció. Fue entonces cuando creí volverme loca de dolor. De verdad pensé que el sufrimiento me mataría, que moriría para encontrar la paz que tanto ansiaba. —Levantó su dulce mirada color miel para posarla en la de su amiga—. Lo mejor que me pasó, después de ser madre, fue conocerte en aquel tren. Juntas encontramos las fuerzas para dar un giro a nuestras vidas. Sin ti eso no hubiera sido posible. Te quiero, Inés. —La abrazó.

—Yo también te quiero, preciosa. No sabes lo feliz que soy al saber que has encontrado al hombre de tu vida.

Las dos lloraron juntas dejando que los fantasmas se quedaran definitivamente atrás.



Capítulo 24

La enfermedad de Josefina se complicó.

Después de una semana de toses y de lo que parecía un resfriado, Rafael diagnosticó lo que todos tanto temían: sarampión. Lo había contraído, sin lugar a dudas, mientras cuidaba de Guadalupe, que ya estaba restablecida.

La enfermedad la atacó con especial virulencia. Ya les había advertido el doctor que en adultos y niños era mucho más dañina.

Inés llevaba una semana sin separarse de su lado; con la mascarilla puesta, observaba día a día su continuo deterioro. A pesar de sus intentos por hidratarla y alimentarla, su respiración se hizo cada vez más trabajosa. Tenía la garganta cerrada, lo que hacía imposible alimentarla. Cuando sus pulmones intentaban inhalar aire, lo hacían con prolongados estertores hasta llegar a expulsar el silbante aliento como si en realidad fuera el último.

Ante la situación, todos en la casa aguardaban que ocurriese lo peor. Caminaban de puntillas sin elevar la voz por temor a molestar a la enferma. Inés abandonó la guardia para dejar entrar al sacerdote que había venido para administrarle los últimos sacramentos.

Mientras estaba en la cocina cogiendo compresas limpias con las que seguir refrescando a la enferma, unos gritos desgarradores reverberaron por el edificio. Se asemejaban a los de un animal herido.

Inés e Isabel se miraron asustadas y subieron de dos en dos los escalones al piso de arriba, de donde provenía todo aquel jaleo de sollozos y alaridos. Ambas se temían lo peor. Al llegar al descansillo, se pararon en seco al ver a Pancho totalmente despeinado y con la camisa rasgada, luchando por sujetar a su hija, que lanzaba puñetazos y patadas para soltarse del agarre de su padre, que la sacaba del cuarto de Josefina. Inés se llevó instintivamente la mano al corazón. Se le partía el alma al ver a la niña sufrir así.

—¡Nooo, no quiero que muera! —gritaba como si le estuvieran arrancando las entrañas—. ¡Ella, no...! ¡Te podías haber muerto tú —le gritaba a su padre—, que nunca me has querido!

Tanto Inés como Isabel contemplaron la escena horrorizadas por el espectáculo.

—¡Corre y ve a llamar a don Rafael! Vete con Pepe y dile de mi parte que

no se demore. —Inés agarró a la asustada doncella por los hombros y la obligó a darse la vuelta para que fuera a realizar el encargo.

Con cuidado entró en la habitación, y cuál fue su sorpresa cuando vio que la enferma todavía respiraba; parecía tranquila. Por la reacción de Guadalupe, pensó que la muerte ya se la había llevado.

Se sentó a su lado y sacó el rosario dispuesta a orar por su alma, atenta a cualquier necesidad que tuviera. No lograba entender qué era lo que había pasado pero ella no dejaría a la enferma. Si había alguien capaz de serenar a Guadalupe, con seguridad ese era Pancho, a pesar de las duras palabras que le había dirigido, que seguro eran producto del dolor.

Con esos pensamientos, comenzó a rezar. Pasados unos minutos, Josefina abrió los ojos y, con voz muy ronca, llamó.

—Inés, ¿eres tú? —Había dejado las formalidades y la tuteaba.

—Sí, soy yo. ¿Necesita algo? —Le ofreció un poco de agua y esta le agarró la mano con una fuerza inusitada.

—¡Escúchame! No me quedan muchas fuerzas para hablar. —Su respiración era cada vez más agitada. El sonido que salía de su pecho era áspero, como un graznido.

Inés tuvo un mal presentimiento. El pelo de la nuca se le erizó mientras su corazón latía desbocado. Algo la avisaba para que se alejara, para que no oyera lo que iba a decir. Esa mujer solo había traído desgracias desde su llegada y dudaba de que tuviera buenos sentimientos.

Sin embargo, se quedó.

—Soy su madre. —Le clavó su despiadada mirada.

El primer zarpazo fue profundo puesto que no se lo esperaba. Sabía de quién le hablaba. Forcejeó para liberarse de su atadura, para marcharse, pero la moribunda poseía garras de acero.

—Pancho y yo fuimos amantes durante muchos años —siguió su envenenado relato—, hasta que decidió visitar su tierra. Adiviné que sería nuestra desgracia. Nos comunicó por carta que ya no volvería, que se quedaba en su patria. Cuando Daniel se despidió de nosotras y nos dijo que había liquidado todos los negocios, supe que su marcha era irreversible, que no lo volveríamos a ver.

Inés logró soltarse y se apartó. Se sentía destrozada intentando asimilar la información que le daba.

—Lo amo con locura —siguió destilando hiel—. Siempre lo he amado, y me juré a mí misma que mientras tuviera un ápice de fuerza en mi cuerpo, si no

era mío, no sería de nadie más. Cuando llegamos y lo encontré casado, creí que mi corazón moría de pena y celos. Él nunca me correspondió, ni siquiera me quiso. Durante estos meses no podía soportar verlo loco de amor por su esposa. —Su cara se transformó en una horrible mueca. Los ojos hundidos se asemejaban a los de una loca—. Ahora es tuyo, pero espero que mi hija me recuerde siempre en su memoria.

Hizo un gran ruido al intentar insuflar aire mientras abría mucho los ojos. Se quedó en suspenso hasta que un suave aliento escapó de sus labios. El rostro se le dulcificó.

Inés comprendió que había fallecido y le cerró los párpados. Se deslizó por el lateral de la cama hasta el suelo. Las piernas no le respondían. Un gran sollozo salió de su pecho y le subió por la garganta rasgando su alma, destrozando su corazón. Apoyó el brazo en la cama y lloró por el alma desdichada de esa mujer, por Guadalupe, por Pancho, y sobre todo, por su traición...., por su gran traición.

No supo el tiempo que transcurrió hasta que Rafael entró en la habitación. En seguida se hizo cargo de la situación y certificó la muerte tras asegurarse del fallecimiento. Con delicadeza, la cogió por los hombros y la acompañó a su dormitorio mandando a Isabel a la cocina para que le prepararan una tisana. Mientras, ella sollozó desgarradoramente en su hombro. Le relató la terrible confesión de Josefina. Rafael la escuchó en silencio mientras le acariciaba el cabello hasta que Pancho llegó.

El médico mandó que la metieran en la cama. Dejó un líquido en un frasco, con órdenes para que tomara media cucharadita antes de acostarse y, así, conciliar el sueño. Le diagnosticó agotamiento físico, y se marchó diciendo que al día siguiente volvería.

Pancho la abrazaba y hablaba, pero ella no percibía casi nada, solo un gran vacío en su interior. Una terrible marea de escarcha iba recorriendo sus entrañas congelándolo todo a su paso; ayudándola a no sentir.

Pronto el medicamento comenzó a hacer su efecto y la oscuridad se fue apoderando de ella. Sus últimos pensamientos fueron de preocupación por su hijo. Tanto sufrimiento seguro que no era bueno, intentaría descansar.

A Pancho, no lo quería ni ver.



Capítulo 25

—Descanse en paz.

Con esas palabras, don José, el párroco del Corpus Cristi, cerró la Biblia que sostenía entre sus manos y dio por finalizado el sepelio. Mientras, el sepulturero cubría con ladrillos el nicho del cementerio de San Fernando donde habían enterrado a Josefina.

El reducido grupo formado por Daniel, Lucía, Guadalupe y Pancho aguantaba en pie las inclemencias del tiempo. El invierno había irrumpido con fuerza en la ciudad acabando con los últimos vestigios de la odiosa enfermedad que la había asolado.

El día había amanecido lluvioso y lúgubre, como su alma, pensó Pancho. La humedad se le colaba entre las ropas calándole hasta los huesos. A su lado, bajo el paraguas, Guadalupe no cesaba de llorar por su madre; en realidad no había dejado de hacerlo desde que esta falleció el día anterior, cosa que le preocupaba mucho.

Él había orado por Josefina con el corazón dividido. Por un lado, sentía la pérdida de la persona junto con la que hacía ya mucho tiempo compartió bonitos recuerdos. Esa época, ahora le parecía que pertenecía a una vida muy lejana.

La pena que sentía era sobre todo por su hija, ya que su madre lo era todo para ella. Por otra parte, no dejaba de reconocer que Josefina había contribuido mucho a que su vida actual fuera un infierno. Él siempre intentó portarse lo mejor posible con ella, pero en el fondo, ella nunca fue feliz, lo que siempre lo hizo sentir culpable. Esa insatisfacción suya fue transformándose en auténtica amargura y rencor que intentó infiltrar en el corazón de su querida niña, gracias a Dios, sin conseguirlo. Para bien o para mal, todo había terminado y tenía esperanza de que las cosas comenzaran a recomponerse ahora.

El dolor se hizo más profundo cuando sus pensamientos volaron hacia Inés. Desde que Josefina murió, no se había levantado del lecho alegando que no se encontraba bien. Verdaderamente, su aspecto se asemejaba al de una enferma. Lo que más le asustaba era su mirada; parecía la de un muerto. Sus

ojos no tenían vida, habían perdido la alegría de vivir. Sospechaba que igual había algún más de trasfondo en su actitud, y estaba decidido a averiguarlo.

Entraron en la casa aliviados, porque la climatología se había vuelto desagradable para estar en la calle. Un tibio aroma a café y tostadas flotaba en el vestíbulo dando la bienvenida al entristecido grupo.

Para su sorpresa, Inés se había levantado y se encontraba sentada en una butaca, en el comedor, rodeada de mullidos almohadones y con una bandeja repleta de alimentos reposando en una mesita delante de ella. Su apariencia seguía sin ser buena a pesar del descanso y de haberse aseado y peinado.

—Buenos días —saludó—. Os estaba aguardando para desayunar todos juntos, ya que no pude ir al entierro. —Su mirada se detuvo en Guadalupe que tenía los ojos hinchados de tanto llorar—. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó tendiéndole la mano.

—Buenos días, señora. Si me disculpan, me gustaría retirarme a mi cuarto. No me siento bien. —Guadalupe esperaba el permiso para marcharse mirando a su padre e ignorando a Inés deliberadamente.

Pancho observó con disgusto la actitud de su hija, pero no tuvo corazón para corregirla debido al trance tan duro que estaba pasando.

—Puedes retirarte. Descansa, que te sentará bien. —Se giró hacia la mesa sin querer mirar a nadie porque no deseaba encontrar algún gesto de censura en el rostro de sus amigos.

Esa fue la señal para que la doncella comenzara a servir la mesa. Daniel y Lucía tomaron asiento dispuestos a comenzar el refrigerio. A Inés le acercaron la mesita para que no se levantara de su asiento.

Como siempre, Daniel, que poseía un carácter excelente, intentó animar la reunión contando anécdotas y hablando del negocio. Charlaba como si no se diera cuenta de que solo Lucía parecía seguirle la conversación. El matrimonio Madrazo no levantaba la mirada del plato; su ánimo estaba de funeral, en armonía con la ceremonia de la que acababan de llegar.

Daniel se levantó de su asiento, captando la atención de todos.

—Lucía y yo queremos compartir con vosotros una noticia. —La agarró de la mano instándola a que se pusiera de pie junto a él—. Queremos anunciaros que nos vamos a casar. —Ambos se miraban arrobados—. Sabemos que el momento no es el más oportuno debido a las circunstancias, pero no podíamos esperar para compartir con vosotros la noticia y haceros partícipe de nuestra felicidad.

Después de ese pequeño discurso, tanto Pancho como Inés se levantaron

de sus asientos para dar la enhorabuena a la pareja. Ambos se alegraban de verdad por la noticia, y ellos seguro que lo sabían.

Cuando Inés se separó del abrazo que le dio a Lucía arrancó a llorar.

—Por Dios, ¿qué te ocurre, Inés? —Lucía miraba a su amiga con una gran sonrisa en sus labios.

—Nada..., nada. Lloro de felicidad. ¡Estoy tan contenta por vosotros! —dijo entre hipidos.

Todos se carcajearon ante su reacción, lo que ayudó a disipar la atmósfera de la estancia.

Pancho subía las escaleras como si soportara un gran peso en su espalda. Se sentía un hombre derrotado. Ya hacía un buen rato que las visitas se habían marchado. Se detuvo ante la habitación de Guadalupe y abrió la puerta; quería ver cómo se encontraba. La contempló mientras dormía profundamente, metida en la cama. Se acercó y la besó en la mejilla con cierto alivio, porque así no tendría que sobrellevar ninguna complicada conversación. Quizás, cuando esta se produjera, la podría afrontar con mejor ánimo que en ese momento.

Salió al pasillo y se dirigió a su dormitorio. Allí se encontraba Inés, tumbada de nuevo en la cama.

—¿Te encuentras mejor hoy? —Inés ni siquiera giró la cabeza para mirarlo—. ¿Sabes?, últimamente me recuerdas a tu madre. —Eso hizo que acaparara toda su atención.

—¿Y tú qué sabes de ella, si ni siquiera la conoces?

—Pues lo que tú me has contado. Hablas muy a menudo de doña Clara, y con mucho cariño. —Pancho se acercó a la ventana y observó la triste mañana—. Una vez me dijiste que ella se encamaba durante largas temporadas huyendo de la compañía de tu padre y de los problemas. —La observó atentamente; él no pudo descifrar sus sentimientos—. Creo que tú estás haciendo exactamente eso: huir de los problemas. —Inés volvió otra vez la mirada hacia el balcón que daba al jardín.

—Ya me he enterado de que ella era su madre. —El denso silencio se podía mascar. Pancho se sentó en una butaca y se agarró el cabello apoyando

los codos en las rodillas. Sabía, a pesar de no que ella no lo había pronunciado, a quién se refería—. Me lo dijo antes de morir. No entiendo cómo se puede ser tan mentiroso —prosiguió con su monólogo—. Ahora comprendo porqué tu hija me trata así; con tu consentimiento, claro. —Inés seguía sin mirarlo.

—Perdóname. —Pancho se arrodilló en el costado de la cama y le agarró la mano—. Soy consciente de lo mal que he llevado todo este asunto. En realidad, hace tiempo que se me fue de las manos. La idea de contártelo me torturó durante un tiempo antes de casarme contigo, pero solamente pensar que este tema hiciera que dejaras de amarme y no poder sentir tus besos me causaba temor. La realidad es que no puedo vivir sin ti.

Inés apartó las sábanas y se incorporó buscando la bata.

—No creo nada de lo que me dices. Cada vez que lo he intentado, me vuelves a traicionar con otra de tus mentiras.. Siento que desde un principio has estado jugando con mis sentimientos. Hay muchas formas de querer y no todas son buenas. Me has estado ocultando información desde que te conocí, y en cosas muy importantes. No me dijiste que tienes una hija, y encima, me metes a su madre en casa, tu ex amante. ¿Cómo iba a aceptarme Guadalupe? Ella solo quería estar con sus verdaderos padres. Para ella la intrusa era yo. Además, te advertí de que Josefina no se portaba bien conmigo, sin embargo, no hiciste nada para remediarlo. Ni siquiera lo admitiste ante mi. Estoy harta.

—Está muy mal que lo diga, pero Josefina ha muerto. Yo nunca la engañé puesto que nunca le dije que la amaba. Por favor, Inés. Podemos empezar de nuevo, dame una oportunidad. —Pancho se situó detrás y la agarró por los hombros para que lo mirara.

—No me queda más remedio que seguir, Pancho. ¿Adónde piensas que puedo ir? Sinceramente... me has hecho tanto daño que ya no sé qué es lo que siento por ti. Eso del amor me suena a algo muy lejano. Además... estoy esperando un hijo, nuestro hijo. Solamente por él me quedaré a tu lado.

Inés se liberó de su agarre y salió de la habitación. Tenía el rostro seco. El dolor la había endurecido. Se juró así misma que ya no lloraría por ningún hombre; el tiempo de las lamentaciones había quedado atrás.



Capítulo 26

A Inés le rugía el estómago. Acababa de llegar caminando desde el parque de Maria Luisa y, al entrar en su domicilio, el ligero olor a comida hizo que los jugos gástricos se le encabritaran mucho más. Ya se le notaba cierta redondez en su figura, y el bebé pateaba sus entrañas como un pequeño podenco, señal de buena salud.

El doctor le había aconsejado que paseara, por lo que intentaba hacerlo todos los días; la ayudaba a despejar la mente. Se había acostumbrado a levantarse temprano, desayunar y que Pepe la llevara a la tienda. Al regreso, siempre la dejaba en el parque para que ella pudiera volver andando.

Subió a asearse un poco y, al bajar, ya estaban padre e hija esperándola para pasar al comedor. Observó que el rostro de Guadalupe estaba surcado por oscuras ojeras.

«La pobre niña no tiene la culpa de nada. Es una víctima de las circunstancias», pensó con dolor en el corazón.

Se acercó a ella pero percibió su tirantez, por lo que se limitó a estrecharle las manos.

—¿Cómo te encuentras, Guadalupe? —intentó ser amable con ella—. Cualquier cosa que necesites no dudes en pedírmela, porque estaré encantada de ayudarte. —Le presionó ligeramente las palmas intentando reconfortarla. Quizás con el tiempo lograra abrazarla.

—Muchas gracias, señora. Estoy bien.

Tras esas escuetas palabras procedieron a pasar al comedor sin que Inés cruzara palabra con su marido. El silencio se instaló en la mesa; solo se oía el ligero tintineo de las copas y de los cubiertos al chocar con la vajilla.

—Acabo de llegar de la tienda —dijo para intentar distender el ambiente—. Las ventas son un éxito y tenemos lista de espera. Estamos muy contentas. Y a vosotros, ¿qué tal os ha ido el día? —preguntó con amabilidad.

Padre e hija comenzaron a relatar los acontecimientos más reseñables de sus respectivas jornadas, hablando sin darse cuenta, entre ellos. Se miraban, reían y hacían planes ajenos por completo a su presencia. De repente, fue como si se detuviera el tiempo y la escena quedara relentizada ante sus ojos. Lo percibió todo con una claridad total: ellos habían tejido unos hilos y un

mundo invisible a su alrededor en los que los demás no tenían cabida; por lo tanto, no la abarcaban. Se dio cuenta de que eso no era nuevo para ella, puesto que, en realidad, era la actitud que a lo largo del tiempo habían tenido: siempre eran ellos dos. Los planes los hacían ellos..., las conversaciones la excluían. Sintió con dolorosa intensidad que estaba fuera y que siempre lo estaría. La constatación de este hecho fue como un puñetazo en el estómago. Ahora, incluso, comprendía que esa conexión había debido de existir desde antes de que ella apareciera en sus vidas. Pancho, en su afán de escalar socialmente, quiso dejar atrás su existencia en México y luego se arrepintió. La culpa lo hacía tomar ese comportamiento totalmente erróneo con su hija. Esa era la causa de tantas mentiras y ocultamientos. La causa que estaba arrasando su matrimonio.

Pensó que no se extrañaba de nada; a esas alturas, cualquier cosa era posible tratándose de él.

Procuró terminar de comer sin levantar la mirada, segura de que la pena se reflejaría en su rostro. Se alimentó por su bebé y, al acabar los postres, se levantó y caminó como una autómatas hacia su dormitorio. Ya no aguantaba más. Había tomado una decisión: se iría al único sitio donde de verdad podía estar en paz consigo misma.

La puerta se abrió con violencia pero Inés no paró en sus quehaceres. Notó cómo Isabel, la doncella, se detenía sobresaltada, mirando con los ojos muy abiertos a Pancho.

—Isabel, puedes retirarte. Ya seguiré yo sola. Te llamaré cuando te necesite, gracias —le dijo mientras descolgaba un vestido para depositarlo en el baúl abierto que había los pies de su cama.

—Inés, ¿me puedes decir a qué viene todo esto? —Su cuarto se había convertido en un campo de batalla con docenas de vestidos, zapatos, chales y camisones repartidos en montones por la habitación.

—Me marchó, Pancho. Me voy al campo, y esta vez sin fecha de regreso. —Sin pausa, siguió guardando la ropa—. Me siento como una invitada en mi propia casa, y eso no tiene visos de cambiar. Ya no sé qué hacer para que lo

entiendas.

—Esto está yendo demasiado lejos. Bien sabe Dios que te quiero con toda mi alma, pero ya estoy harto de esta situación. Creo que haga lo que haga Guadalupe, siempre te va a sentar mal. Cualquier gesto suyo vas a pensar que es malintencionado. —Pancho tomó asiento con gesto abatido—. ¡Inés, mírame! —Ella se dio la vuelta para encararlo—. Quiero que esto que te voy a decir te quede muy claro —siguió hablando—: desde el momento en que atraveses esa puerta para marcharte, piensa que igual ya no voy a estar dispuesto a que la cruces para volver. Ya estoy cansado de tanto capricho.

Inés sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, miedo a perderlo definitivamente. El estómago le dolía por la tensión que le produjo la advertencia. La mirada de Pancho era de granito y la taladraba su furor contenido, pero pensó que ya era tarde; ya era invierno en su corazón. En él solo había hielo y escarcha.

Sus amenazas resbalaron sin sujeción.

Con una calma que no sentía, siguió doblando la ropa que se iba a llevar sin levantar la mirada ni decir nada hasta que escuchó el chasquido que hizo la puerta al cerrarse. Intentando no hacer ruido para que nadie la escuchase, dio rienda suelta a su tristeza.

Sentada en el jardín de la hacienda, envuelta en la oscuridad de la noche, contemplaba el firmamento cuajado de estrellas. Cerró los ojos y aspiró el aroma dulzón de los jazmines. Escuchó el monosilábico cántico del autillo que, con una nota aflautada, se repetía cada pocos segundos desde que se había despertado. Estaba otra vez en casa.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las comisuras de sus párpados, esta vez sin control. Se concentró en hacer aspiraciones hasta que la calma fue apoderándose de ella. Pensó que la necesitaba desesperadamente, porque su preocupación era que su hijo también sufriera las penas de su madre. Intuía que eso lo perjudicaría, por eso anhelaba la paz de ese lugar.

No podía sacarse de la mente las últimas palabras que Pancho pronunció antes de marcharse, pero decidió que ya reflexionaría sobre ellas cuando se

sintiera con fuerzas.

Al rato, más tranquila, se levantó y entró en la casa asegurando las puertas antes de subir para acostarse. Estaba cansada. Había sido un día muy duro.



Capítulo 27

Ya había transcurrido un mes desde que ella se había marchado, y desde entonces, su vida era un infierno. Pasaba las jornadas metido en su despacho. Viajaba más que nunca, en un vano intento de que la actividad le impidiera pensar en su situación y preguntarse continuamente qué era lo que estaría haciendo ella en ese momento. La casa, a pesar de la presencia de Guadalupe y la institutriz que había contratado, se le caía encima, sobre todo al escuchar el propio eco de sus pisadas cuando se iba a la cama con alguna copa de más.

—Pancho, ¿qué te ocurre, amigo? —Daniel hizo su entrada—. Estás tan ensimismado que ni siquiera has notado que llamaba a la puerta. ¿En qué estabas pensando?

—Pues... imagínatelo. No creo que te sea muy difícil errar. —La voz de Pancho sonaba cansada.

—¿Quieres que charlemos del tema? —le preguntó sentándose enfrente de él.

—La verdad es que pienso que no hay mucho más de lo que hablar —dijo con desespero.

—Como amigo tuyo que soy, no me queda más remedio que ser crítico contigo. La verdad es que tu comportamiento desde que te casaste ha dejado mucho que desear. No quiero sermonearte pero debiste confiar en Inés y contárselo todo.

—¿Te crees que no me he dado cuenta? —le gritó furioso—. He cometido tantos errores que ya no sé cómo enmendarlos. Una mentira me llevó a la otra, y otra más. Para cuando me di cuenta, estaba metido hasta el cuello en mi propio mundo lleno de falsedades. —Su cara era un mapa de preocupación.

—Con respecto al ultimátum que le diste al marcharse, ¿piensas sostenerlo? —siguió interrogándolo sin apiadarse.

—¿Tú que crees? —tronó enfadado—. Ojalá pudiera tragarme cada sílaba que pronuncié para borrarlas del recuerdo. Lo dije llevado por la desesperación al ver que su amor se me escapaba entre los dedos. Los otros asuntos que le mencioné, como pedirle otra oportunidad, es verdad, porque la sigo queriendo; es más, no he podido encontrar solución al problema de su relación con Guadalupe. Sencillamente, no sé qué más quiere de mí, cuando se

lo estoy dando todo. —Se mesó el cabello entre las manos con desesperación.

—Pancho, hablando se entiende la gente. Lleva en su interior un hijo tuyo. Tienes que hacer lo que sea para ganarte otra vez su cariño y confianza. ¿Has vuelto a saber algo de ella?

—Me mantienen informados Lucía, con la que se cartea, y el impresentable de Antonio, el encargado de la hacienda. Cada día que pasa me gusta menos ese individuo, creo que me está robando. Estoy a punto de cogerlo y poder demostrarlo; mientras, lo tengo aleccionado para que me cuente sobre Inés. Por lo que me llega, parece muy feliz. —Pancho suspiró—. Por cierto, ¿cómo van esos preparativos de boda?

—Parece que muy bien. Digo «parece» porque yo lo único que he hecho es elegir la lista de boda con tu hermana. El resto de las cosas son un misterio para mí. Por un lado hay proyectos de los que no debo enterarme porque son una sorpresa, por otro, hay temas de los que no debo opinar porque no entiendo. Total, soy un ser que solo sirve para rellenar cheques.

—Bueno, no te desanimes, que igual te dejan elegir los muebles de tu casa, o quizás, el menú de tu boda —le dijo Pancho con sorna recalcando con mucho énfasis el «tu».

—Sí, no me extrañaría nada —añadió lanzándole una mirada jocosa—. Mientras no llegue a enterarme de la vida de mi mujer a través de mi hermana, creo que podré soportarlo.

—No me puedo creer lo que he oído. Eres un pedazo de cabrón ¿Nadie te lo había dicho antes? —Pancho se incorporó y apoyó las palmas de las manos encima de la mesa.

—Sí, tú. Muchas veces —le dijo empezando a huir—. Me lo dice, precisamente, el imbécil mayor del reino.

—Esta sí que te la has ganado. Ven aquí que como te coja, te juro que de la tunda que te doy no sales. —Pancho comenzó a perseguirlo.

Al rato, ambos reían y se pegaban como niños. Terminaron con las ropas desordenadas y algún moretón en el rostro, disfrutando de un vaso de Whisky. Después de la pelea, resoplaban como dos cafeteras entre trago y trago.

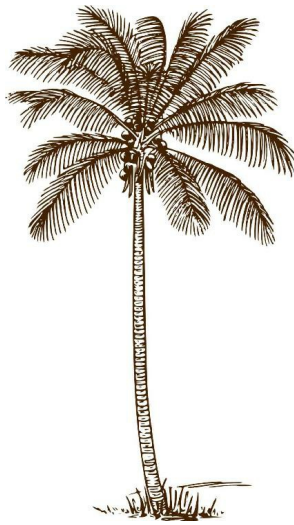
—Amigo —dijo Pancho—, ella es mía y no cesaré hasta que vuelva conmigo. Te juro que no la dejaré escapar —afirmó más para sí mismo que otra cosa.

—Te entiendo. —Daniel elevó la voz para que supiera que lo había oído—. Si la quieres la mitad de lo que yo a Lucía, sé que lo harás. Quiero que sepas que nunca había sido más feliz en mi vida que ahora, con tu hermana. Tú

puedes entender mejor que nadie a lo que me refiero, ya que has sido testigo de lo que hemos pasado desde que éramos unos chavales.

—Sí que es cierto. Todo aquello ahora parece muy lejano, ¿verdad, amigo? —Pancho le palmeó el hombro amistosamente.

—Verdad, amigo —le contestó Daniel. Ambos quedaron sumidos en un agradable silencio, cada uno enfrascado en su propios pensamientos.



Capítulo 28

—¿Mamá, te gusta? —preguntaba la pequeña Lola con la manitas pegajosas de masa.

Todos se carcajearon al contemplarla. Rosarito, Pepe y Manuel también se afanaban dándoles forma a sus porciones, mientras Carmen trabajaba golpeando una más grande. Un agradable olor a miel y canela invadía la enorme cocina. En el centro alrededor de la mesa de mármol, todos intentaban compactar la base, para luego elaborar grandes hebras, o virutas alargadas, que era como se llamaban. Carmen les estaba enseñando a elaborar un dulce típico andaluz: el piñonate. Sus hijos y los de Antonio, el capataz, se habían criado juntos y disfrutaban aprendiendo.

—*Asín* no se hace, Pepe. La *estirah* tanto, que se te rompen —le indicaba Rosarito, que era mayor y le gustaba mandar a los más pequeños.

—*Pueh* tú cállate, sabionda, porque *llevah* una hora haciendo lo mismo. Lo que *trabajamoh* bien *somoh* Manué y yo.

—No me da la gana, *so* tonto. Que te crees *mu* listo, y no sabes *nádená*.

—¡Ya está bien, niños! Todos lo estáis haciendo *mu* bien. Menos mal que *noh* estáis ayudando, porque si no, no *zabríamoh* cuánto *hubiéramoh* *tardao*. ¿Verdad, señora?

—Por supuesto. Gracias a vosotros, no doy abasto friendo. No os peleéis y seguid trabajando así de bien, que si sois buenos, cuando terminemos, nos vamos a la Zahurda dando un paseo. El piñonate lo dejaremos enfriar para tomarlo en la merienda.

—¡Bieeen! El coro de gritos se mezcló con las carcajadas de las mujeres.

Mientras tanto, al otro lado de la mesa, Inés, provista con un gran delantal, iba echando las hebras en un gran perol con aceite que se calentaba en la cocina de leña, a la vez que las removía con una espumadera de considerable tamaño. Una vez adquirían un tono dorado, las iba sacando y vertiendo en fuentes para que escurrieran el aceite.

Cuando toda la masa estuvo frita, comenzaron a elaborar el almíbar a base de miel, canela y un poco de azúcar. Una vez conseguida la consistencia necesaria para que no se pegase entre los dedos al cogerla, lo mezclaron todo y esperaron a que se enfriara antes de comenzar a cortarlo en pequeños tacos.

Aguardarían para tomarlos a media tarde, como ya les había dicho.

Al finalizar, a media mañana, salieron a pasear. Era un día alegre y luminoso, a pesar de que el cielo había adquirido un tono gris plomo. El aire frío cortaba como un cuchillo, pero, a pesar de todo, invitaba a pasear.

Inés y los niños tardaron una hora en recorrer caminando lo que hubieran tardado veinte minutos a paso normal. Iban localizando las esparragueras situadas a los lados del camino porque, aunque no era el tiempo, a los niños les divertía buscarlas. Los espárragos salvajes era un alimento muy apreciado por la gente de los pueblos. Con ellos hacían revueltos, tortillas y diversas recetas muy arraigadas en el mundo rural.

El campo estaba precioso en esa época del año. Después de las lluvias los diferentes tonos de verdes y ocres lucían salpicando por doquier de color el paisaje. El olor a tierra húmeda, el ambiente helado que vigorizaba el alma, eran sensaciones de las que disfrutaba enormemente.

Los chiquillos echaron a correr en cuanto divisaron la construcción encima de una loma mientras ella subía la ligera cuesta con paso vigoroso para no perderlos. Hilario, el porquero, los esperaba en la puerta, sonriente. Su oscuro rostro castigado por el sol y cubierto de arrugas los observaba esperando su llegada.

—*Buenoh díah, niñoh*. Señora... —los saludó quitándose la boina mientras se rascaba la calva con sus enormes dedos—. ¡Qué alegría de verlos a *todoh*!

—Buenos días, Hilario. Hemos venido para ver si se desbravan estas criaturas, y de paso, doy un paseo, que me viene muy bien en mi estado. —Inés se llevó instintivamente la mano a su hinchado vientre.

—Muy bien, señora. Yo, *encantao*. ¡*Pa`* cuándo espera que nazca?

—Pues... calculo que me falta un mes aproximadamente.

—Soy experto en los *partoh* de las *guarrah* y, por la forma de su vientre, creo que será un varón —le dijo muy formal.

—Muchas gracias, Hilario. —le dijo intentando mantenerse seria ante tamaña comparación—. A mí el sexo que tenga, sea cual sea, me parecerá bien. Lo que sí hago es rezar todas las noches para que venga bien y sano.

—Por supuesto, señora. Eso *esperamoh todoh* —le contestó persignándose.

Los niños, alborozados, se reunieron alrededor del porquero pidiéndole a gritos que les dejara coger a los lechoncillos. Hilario, con mucha paciencia, se metió en las celdas para atrapar con sus toscas manos llenas de cicatrices a

los pequeños que ya estaban destetados, y así, los pudieran sujetar en sus regazos.

Todos rieron cuando a Lolita se le escapó el suyo. Les costó un buen rato atrapar al escurridizo cerdito. Acabaron poniéndoles nombres y queriendo llevárselos a casa. Inés les prometió que pronto regresarían y los condujo de vuelta a la hacienda, puesto que ya era la hora de almorzar y sus madres los estarían esperando. Esta vez, el camino lo hicieron a paso vivo y llegaron pronto.

Nada más traspasar la puerta de la entrada y quitarse el abrigo, Inés se detuvo para contemplar su imagen en el espejo e intentó sujetar con horquillas los mechones que se le habían escapado del recogido. Carmen la avisó de que tenía visita.

Al entrar en el salón, descubrió a Rafael que la esperaba apoyado en la repisa de la chimenea, observando el fuego.

—Hola, Rafael. Qué sorpresa tan grata. ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó con alegría.

Rafael elevó la mirada y la saludó con una sonrisa. —He estado supervisando los cultivos y pensé en visitarte para comprobar, en primera persona, cómo sigue tu embarazo.

—Gracias a Dios, me encuentro muy bien y, como podrás observar, cada día más gorda —dijo con coquetería—. Precisamente acabo de llegar de dar un paseo con los niños.

Carmen les sacó el aperitivo. Él optó por tomar una copa de vino fino muy frío e Inés, una copita de oloroso. Lo acompañaron con unas aceitunas aliñadas en la finca.

—Lo que sí te veo es cada día más guapa. El embarazo te sienta muy bien. —Inés le arrancó una sonrisa carcajeándose con ganas.

—Muchas gracias, pero no te esfuerces. Tengo ojos en la cara —le contestó con picardía.

—Inés, ya sé que no debo meterme en tu vida, pero... ¿ya sabes dónde vas a dar a luz? Me intranquiliza que lo hagas aquí y que yo no pueda atenderte. Quizás deberías plantearte el ir a Sevilla. —La inquietud se reflejaba en su rostro.

—No te preocupes. Aquí me encuentro muy bien. Es realidad, es donde estoy tranquila. No creo que el ambiente de tensión que se respira en casa me convenga. Ya sabes que las cosas entre Pancho y yo no marchan bien desde hace tiempo.

—Inés, Pancho es un buen tipo. Él te quiere. No hay más que ver cómo te mira. Estoy seguro de que si habláis podréis solventar vuestros problemas.

—Déjalo, Rafael. No te esfuerces. Nuestras charlas siempre acaban muy mal y lo único que conseguimos es hacernos más daño. Quizás ninguno de los dos seamos capaces de ponernos en el lugar de otro. Te aseguro que si en mi mano estuviera, no estaríamos en esta situación.

—Me da pena que seas tan infeliz. Debes serlo si te has aislado de esta manera. Piensa que me tienes para lo que necesites. Hasta ahora, eres la única mujer que conozco por la que me hubiera planteado ponerme el traje de maestranterel.

—Gracias, Rafael. Eso que me has dicho ha sido muy bonito, pero creo que te mereces encontrar a tu alma gemela. Yo creí que lo había hecho, pero ya no sé qué pensar.

—Estoy seguro de que lo vuestro se arreglará. Como ya te he dicho, Pancho, te quiere, y tú también a él. Cuenta conmigo para lo que pueda ayudarte, ya sabes que soy tu amigo.

Siguieron hablando de temas menos espinosos e Inés lo invitó a comer, pero Rafael rechazó la oferta y se marchó, alegando que tenía mucho trabajo. Ella sospechaba que la noticia de que don Mario, el párroco, los acompañaría lo hizo desistir.

Don Mario había cogido la costumbre, tácitamente acordada, de ir todas las semanas a almorzar. Durante su ruta por los alrededores del pueblo, para visitar a enfermos e interesarse por sus feligreses, hacía una parada en la hacienda e Inés lo invitaba a comer, cosa que él aceptaba muy agradecido. Gran aficionado a las buenas viandas, degustaba con gusto los platos que Carmen les preparaba.

—Doña Inés, ando un poco preocupado por un asunto que ha llegado a mis oídos en el pueblo. —Se removía inquieto en su asiento.

—Usted me dirá, padre.

—He escuchado alarmado comentarios de mis feligreses sobre la cantidad de veces que la visita, por supuesto en calidad de médico, el marqués de Aguas Santas. —Don Mario la observaba bonachonamente, sentado en su silla con las manos entrelazadas encima de su tripa—. Insinúan que quizás se excedan en frecuencia y duración —continuó hablando.

—Usted lo ha dicho con claridad: son comentarios, y yo no suelo hacer caso de ellos. —Hizo una una pausa para inspirar profundamente—. No me voy a enfadar, porque haciéndolo, daría pábulo a los malhablados. Usted me

conoce, padre. Sabe, sin necesidad de que se lo digan, qué tipo de vida llevo aquí. Ha escuchado, bajo secreto de confesión, los problemas que me atormentan. No creo que sea necesario añadir nada más.

—Por supuesto, hija mía. No deseo que te alteres. Estoy haciendo de emisario del diablo, para que sepas en todo momento cómo ven tu situación los demás y lo tengas en cuenta. Esto es importante para que tu virtud no se vea comprometida; tienes que ser muy cauta en tu forma de actuar. Él es un hombre soltero, acuciado por una infancia terrible. Quizás interprete mal vuestra relación buscando consuelo.

—¿De qué me está hablando, padre? —preguntó Inés desconcertada.

—Hija mía, todo el mundo sabe que al marqués lo maltrató su padre desde que era pequeño, en su afán por hacer de él alguien a su semejanza.

—Padre, me va a perdonar que yo no lo sepa, ya que soy de fuera —le dijo realmente sorprendida.

—Yo era muy joven cuando ya se oían rumores sobre la familia. El antiguo marqués era aficionado a la vida disipada. Le gustaban las fiestas, las mujeres y el juego; creo que por ese orden. Quiso a toda costa forjar a fuego el carácter, que él creía débil, de su hijo; eso era lo que pensaba de las aficiones intelectuales de su único vástago. Le contaba a todo el mundo de su depravado alrededor que su hijo no era un hombre, que tenía los mismos gustos que las mujeres. Lo obligaba a asistir a sus juergas y lo golpeaba con la fusta sin compasión. —Don Mario hizo un inciso bajando la vista hacia su regazo—. La marquesa, su madre, era una mujer quebradiza y asustada que no supo, o no pudo, protegerlo de su padre. Después del fallecimiento súbito del marqués, cuando su hijo tenía veinte años, él pudo seguir con sus estudios y hacerse médico, que fue por lo que siempre sintió inclinación. Toda estas circunstancias han hecho de él una persona un tanto ermitaña y poco dada a las relaciones entre los miembros de su misma clase social.

Inés se inclinó hacia atrás en la silla, anonadada por la terrible información. Ahora comprendía el carácter solitario de su amigo. Lo sentía terriblemente por él. Lo guardaría en su interior, a la espera de que algún día Rafael le quisiera abrir el suyo.

—Lo que me cuenta es horrible. No sabía nada sobre ese asunto tan desdichado. Precisamente por eso, creo que debo apoyarlo y seguir siendo su amiga. —Inés tomó una decisión y se cerró en banda—. Padre, le ruego que sea la última vez que me saca este tema, porque de ser así, nuestra amistad se vería seriamente dañada. Yo solo tengo que dar cuenta ante Dios, que ya sabe

lo que hago, y ante mi marido. Mientras él sepa con claridad lo falsos que son esos rumores, no habrá nada más que añadir. —Se mostró rotunda en sus afirmaciones.

—Lo entiendo, niña —la consoló dándole unas palmadas en la mano—. No quiero perturbarte más en tu estado. Perdona si te he causado alguna molestia, no volveré a hablarte nunca más de estas cosas. Ten en cuenta, que lo he hecho con buena voluntad.

—No me molesta, padre. Faltaría más. Conozco su buena disposición y la bondad que hay en usted —le respondió amable, intentando quitar hierro a la contundencia de su respuesta.

Afortunadamente, don Mario dio por finalizada la incómoda charla y se levantaron de sus asientos mientras le daba las gracias efusivamente y anunciaba su partida.

Lo observó alejarse montado en su mula mientras pensaba en la conversación que habían mantenido. Lo que no sabía el sacerdote era que si no caían en saco roto sus advertencias, sería por no perjudicar con su mala reputación al hijo que llevaba en sus entrañas y al que ya quería con toda su alma. También lo haría por Rafael, al que consideraba un buen amigo. Por el que no tenía ganas de hacerlo era precisamente por su marido. Estaba demasiado herida y furiosa con él, tanto que no le salía del corazón el perdonarlo.

1 La Maestranza es una orden de caballería de Sevilla, a la que solo pueden acceder las personas que demuestren tener cuatro apellidos nobles. Su uniforme lo lucen cuando van a contraer nupcias o en otros acontecimientos sociales destacados



Capítulo 29

El ambiente era festivo en la hacienda. Se estaba celebrando, con una matanza, la inauguración de la nueva escuela.

Al tercer patio, el de los trabajadores, se accedía a través de una arcada que normalmente estaba cerrada con una reja y separada del resto de las construcciones. La techumbre estaba repleta de solitarios nidos de golondrinas que esperaban, como todos los años, el retorno de sus inquilinas. Cada primavera, el bullicio era considerable en esa zona donde la actividad de los pájaros iba acompañada de un jolgorio de criaturas piando.

Ese día se notaban los nervios. Los preparativos no habían parado desde las primeras horas de la mañana. Todas las familias de los trabajadores esperaban con expectación la llegada de Hilario con el cochino, ya muerto y totalmente limpio preparado para iniciar el despiece. La matanza en sí se había llevado a cabo hacía un par de días en la Zahurda con la ayuda de otros hombres. Le habían ordenado que escogiera el animal más grande y con mejor engorde de todo los que tuviera.

Ya era cerca del medio día cuando Inés atravesó andando el patio donde estaban las casas del capataz y los caseros; el segundo, donde se encontraban el palomar y el molino con sus almacenes anexos, y el tercero, que consistía en una gran explanada rodeada de edificaciones. Al fondo, pegadas a la pared más alejada, estaban las viviendas de los jornaleros. Prácticamente consistían en una habitación con chimenea, cocina, cuarto de baño y de una a tres habitaciones con literas, dependiendo del tamaño de las familias. En el lavadero, enfrente de las pilas de piedra, una cocina de leña con los fogones al máximo calentaba una enorme olla donde hervían las tripas. Debajo de un gran chamizo se habían colocado mesas y sillas y la actividad de mujeres y hombres era frenética; unos picaban carne, otros, verduras. Preparaban las masas para los diferentes embutidos: morcones, salchichones, chorizos y morcillas. Las salchichas eran uno de los productos más demandados por todos. El resultado de la elaboración, se repartirían entre todas las familias para que se lo llevaran a casa.

Cuando Inés hizo su aparición, don Mario, el párroco, ya estaba por allí dando cuenta de los barriles de vino que había mandado llevar para que no

faltara bebida. Una gran chiquillería corría detrás de lo que parecía ser un balón fabricado con trapos y que había conocido tiempos mejores.

—Hola, don Miguel —Inés saludó al recién contratado maestro. Estaba inmerso en la tarea de picar carne junto al grupo de personas que elaboraban chacina.

—Buenas tardes, doña Inés. —El azorado profesor intentó tender la mano pringosa de carne en un fútil intento de corresponder a su saludo.

—No se preocupe, hombre. Siga usted con su tarea. —Una alegre carcajada se esparció por el aire—. Mejor es que dejemos a un lado las formalidades, porque el día es largo y en este momento estamos de celebraciones.

—Se lo agradezco, señora.

Inés se quedó observando los quehaceres. En ese instante, varias mujeres, protegidas por delantales, introducían la masa de las salchichas dentro de los intestinos del cerdo, previamente lavados y hervidos; otras se encargaban de sazonar carne picada con pimentón de cara a elaborar riquísimos chorizos. Eran trabajos que requerían de la participación de todos, e Inés comprobó con satisfacción que el joven profesor de Carmona estaba totalmente implicado en ayudar a los padres de sus alumnos.

Don Miguel había respondido al anuncio que había puesto en el periódico buscando a alguien que cubriera el puesto de maestro en la nueva escuela. Necesitaba a alguien joven, con ideas innovadoras en materia de enseñanza y que estuviera dispuesto a vivir en la hacienda durante los meses que la escuela estuviera funcionando. En cuanto lo vio, apreció sus modales educados, sin afectación alguna, y sus ansias de enseñar; en seguida se dio cuenta de que era la persona adecuada. Ahora, al verlo interactuar como uno más, se confirmaba su opinión con respecto a él.

—Buenas tardes, Inés. —Rafael la saludó ofreciéndole un vasito de mosto—. Veo que mi embarazada preferida goza de un aspecto envidiable, como siempre.

—Hola, Rafael. —La sonrisa de bienvenida se le congeló en los labios al observar a Pancho atravesar en ese momento el arco de la entrada junto a Guadalupe. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Estaba más guapo que nunca.

Pancho comenzó a saludar a la gente deteniéndose para hablar con ellos. Lo vio coger a un bebe mientras la madre se alejaba; la buscó con la mirada hasta que la halló. Se volvió de piedra.

La ansiedad le atenazó el estómago.

—Rafael, Pancho ha llegado con Guadalupe. Por favor échame una mano con él, porque no sé el talante que trae; aunque por la mirada que me ha echado, creo que no es muy bueno.

—Tranquilízate, Inés. Tu marido siempre me ha parecido una persona de lo más razonable. Creo que los nervios te están jugando una mala pasada —Rafael la agarró por el codo—. ¿Te encuentras bien? Te veo muy pálida.

—Sí, estoy bien. Gracias. Como tú dices..., serán los nervios. Hace más de un mes que no nos vemos y nuestro último encuentro no fue muy agradable.

Después de devolverle el crío a su madre, Pancho inició la marcha para acercarse acompañado por su hija.

—Hola, Inés. Rafael... —saludó mientras le tendía la mano.

—Buenas tardes, Pancho —Rafael le correspondió ofreciendo la suya. Inés lo observó muda—. Si me disculpan, voy a charlar con don Mario. —Se alejó para dejarlos solos.

Carmen se acercó a ellos. Ofreció a Pancho un vaso de vino y se llevó a Guadalupe para presentarla a los otros niños. Ella la siguió renuente a dejar la compañía de su padre.

El silencio se instaló entre ellos.

—Te veo con buen aspecto —dijo Pancho taladrándola con la mirada.

—Gracias, igualmente. —No se sentía con fuerzas para enfrentarlo, por lo que siguió observando a la gente.

—¿Cómo te encuentras? ¿Crees que falta mucho para que nazca el niño? —A Inés le pareció detectar algo de anhelo en su voz. Pensó que eran imaginaciones suyas.

—Un mes como mucho, si Dios quiere. —Esta vez sí le sostuvo la mirada—. Ya lo tengo todo preparado para la ocasión. Rafael me asistirá junto a la comadrona.

—Ya veo que tu amigo se ha dado prisa en venir. Me han llegado rumores de que te visita a menudo. Estarás contenta, ¿no?

—¿De qué voy a estar contenta?, si puede saberse. También me visita don Mario, y te da igual. Ahora está don Miguel, el nuevo profesor. ¿Tanto te molesta que la gente me trate con cariño?

—En La Palmera sigue estando tu familia, si es que te acuerdas.

—Sí, me acuerdo. Recuerdo bien que me dijiste que si me iba, no volviera. —Los puños de Pancho se crisparon. Inés pensó que lo vería romper el vaso.

—¿Me avisarás? No olvides que esta es también mi casa y no estoy dispuesto a ser un invitado en ella. Quiero estar cuando nazca mi hijo ¿te ha quedado claro? —El autoritarismo de su voz la sorprendió.

—Descuida que lo haré. —Inés hizo grandes esfuerzos para que las lágrimas no traspasaran la barrera y la inundaran como la marea—. Ya veo que en mi casa, la de La Palmera, todo sigue igual por lo que me sería imposible volver.

La conversación fue interrumpida por don Mario, que se acercó a saludar a Pancho. De paso, Inés aprovechó para presentarle al nuevo profesor.

La tarde transcurrió veloz. A la vez que pasaban las horas, los ánimos se volvieron más festivos y todos se agruparon alrededor del fuego que se encendió en medio del patio. Una guitarra rasgó el aire y comenzó el canto. Niños y adultos se agrupaban y bailaban al son de las palmas bulerías, fandangos y sevillanas.

Ese fue el momento que eligió Inés para marcharse. La alegría de la gente contrastaba con la soledad que la invadía. No había dejado de observar a Pancho subrepticamente y le pareció que disfrutaba de la jornada, mientras Guadalupe no se separó de su lado.

Ella, en cambio, sentía una inmensa tristeza.

—Te acompaño a casa. —Pancho apareció como de la nada y se puso a su lado.

—¡Qué susto me has dado! No te había visto con la oscuridad. No hace falta que te molestes porque el recorrido es corto.

—No es ninguna molestia acompañar a mi esposa a casa.

Inés tuvo que agarrarse a su brazo porque la mirada se le emborronó con las lágrimas que, de nuevo, amenazaban con salir. Temía tropezarse con los chinos del suelo y hacerse daño. Se sentía muy torpe a esas alturas del embarazo.

Enseguida llegaron e Inés soltó su agarre cuando entraron en el *hall*.

—Pancho, ¿no crees que deberíamos hablar?

—Hablar... ¿de qué? Yo no he sido el que se ha marchado de casa.

El orgullo se interpuso entre ellos como una barrera. Su corazón quería volar hacia él, pero algo le decía que si lo hacía, nunca le daría su sitio. La congoja la envolvió como un manto.

—Buenas noches, Pancho. Que descanses. —Inés se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras más desanimada que nunca.



Capítulo 30

El ruido del tractor la despertó, o eso creyó ella al principio. Se dio la vuelta en la cama pero supo que no conciliaría el sueño. El despertador le decía que aun eran las siete de la mañana. En la chimenea solo quedaban rescoldos y era el mes de febrero, por lo que todavía hacía fresco. A pesar de dormir incorporada a veces le parecía que tenía al bebé en la garganta.

Se levantó de la cama con dificultades para bajar a desayunar. Últimamente se parecía más a una morsa al moverse que a otra cosa. Estiró las piernas para mirarse los pies y comprobó que ya, a esa hora tan temprana, los tenía hinchados.

Cuando Carmen entró en la cocina, halló a Inés sentada tomando el desayuno.

—¡*Várgame Dioh*, señora! Que *zusto* me ha *dao*. Me pareció *usté* un fantasma con tan poca *lú* en la cocina. *¿Se pué sabe qué hace levantá tan temprano?* —Carmen entró y dejó el pan encima del poyete.

—No te alarmes, porque estoy bien, aunque creo que ya ha comenzado el parto. Siento un gran dolor en el abdomen. Es como si me quemasen las entrañas.

—¡*Ay, Dioh* mío!, pero *¿qué hace usté ahí sentá tan tranquila y relajá?* Vaya ahora mismo a su cuarto *pa'* acostarse.

—No formes tanto escándalo, Carmen, que tú ya has traído a este mundo a dos niños. Descuida, que cuando termine mi desayuno, subiré a la habitación.

—Sí señora, pero yo no soy una dama delicá como *usté*. Me he puesto mala de los *nervioh* que me han *entrao*.

—Pues no te preocupes, te digo, porque el niño no se me va a caer. —«Ojalá», pensó—. Manda a Rufino al pueblo para que avise por teléfono a don Francisco en su trabajo —le dijo mientras escribía el número en un papel—. Dile que mande a alguien a El Potrero para que avisen a don Rafael. Me imagino que estará en el campo, porque hoy es sábado.

Inés se asombró de lo tranquila que se sentía. Una inmensa sensación de felicidad la invadía.

«En una horas tendré a mi niño entre mis brazos y le podré ver la carita». Ese pensamiento la llenó de júbilo.

Eran las ocho de la tarde y una agotada Inés yacía en la cama. Todavía no había dado luz y las contracciones no cesaban. Una fina película de sudor la cubría. Hacía ya tiempo que le daba igual su aspecto, se sentía el cabello pegado a la cara.

—Si el dolor cesara durante un segundo, me quedaría dormida. No puedo más. —La voz le salía extenuada del cuerpo—. ¿Dónde está don Rafael?

—No se preocupe *usté*, señora. —Carmen la cogía de la mano, lo que la consolaba mucho—. El *señó* ha bajado a *tomá un café*, porque dice que esto va *pa` largo*, pero no se preocupe porque *usté eh* primeriza.

—¿Y don Francisco?

—Llegó cerca el mediodía y parece un león *enjaulao* de tantas vueltas que da por abajo. Creo que la señorita Lucía y el señorito Daniel acaban de *llegá*.

En ese momento Lucía entró en el cuarto cuando Inés ya había acabado con las pocas fuerzas que le quedaban. A pesar de ver el cielo abierto, sintió ganas de llorar, pero no pudo. No creía que le quedaran para poder parir.

Su amiga se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Inés, ya estoy aquí. Rafael dice que has tardado mucho en dilatar, pero que ya casi estás. Está tomando un refrigerio y ahora sube. —Para Inés su voz era un consuelo.

No pasaron ni cinco minutos cuando Rafael hizo su aparición. Inés lo vio entrar subiéndose las mangas de la camisa con su aspecto impecable de siempre, y en ese momento lo odió.

¿Cómo era posible que se hubiera ido a cenar algo sabiendo que ella estaba sufriendo de esa manera? «Parece un médico sin sentimientos», pensó.

Su situación le recordaba a la matanza del cochino. En esa ocasión, la cochina era ella, con la diferencia de que no iba a ir a ninguna parte. Se encontraba postrada en esa cama sin posibilidad de moverse hasta que no lograra que naciera su hijo. Su cuerpo se había convertido en una antorcha debido a la forma salvaje de transpirar; su vientre era como una herida abierta donde cada vez que hurgaban para examinarla era como si lo hicieran con la hoja de un cuchillo. Nunca nadie le había advertido sobre ese sufrimiento tan descarnado.

—Bueno, Inés, parece que el bebé estará aquí en un rato —le dijo Rafael mientras la reconocía—. Parece que viene con la cara hacia arriba; nosotros lo llamamos «en nube». En la siguiente contracción, se la giraré para ponerla

bien, y luego, en poco tiempo habremos acabado.

Alrededor de medianoche, el llanto de un bebé inundó la estancia. El corazón de Inés se le salía del pecho a pesar del esfuerzo sobrehumano que hizo para dar a luz. Por supuesto que tuvo fuerzas para parir, aunque no supo de dónde las pudo sacar.

Le entregaron a su hijo, un varón, y lloró de alegría contenida. Un amor incondicional la invadió al verlo y pensó que todo había merecido la pena. En ese momento, Pancho entró en la habitación y se puso a su lado. Sintió la ternura de su beso en la mejilla mientras le susurraba palabras para ella inteligibles en ese momento. Sintió, más que vio, cómo cogía al niño, y al contemplarlos, entendió el afán de protección que tenía con su hija.

—Inés, ¿cómo quieres que se llame? —escuchó que le preguntaba en la lejanía.

—Juan. —No estuvo segura de si llegó a pronunciarlo porque cayó en un sueño profundo de puro agotamiento.

Para Pancho, el día que nació su hijo se convirtió en uno de los peores de su vida. Nunca pensó que esa jornada se le haría tan larga y que le acarrearía tanto sufrimiento. No en vano, se había perdido el nacimiento de su hija Guadalupe por estar de viaje.

Se encontraba en la oficina cuando un balbuceante Rufino lo llamó para comunicarle que su mujer estaba de parto. Pancho se levantó como un rayo y se dirigió en busca de Daniel para informarle que se ausentaría por tiempo indefinido. Gracias a Dios podía hacerlo ya que Guadalupe estaba pasando el verano con sus tías en Ramales.

Encontró a su socio en su despacho atendiendo a un cliente.

—Daniel, me marchó. Inés está de parto —le dijo mientras entraba en tromba en la habitación.

—Espera, que te acompaño —le contestó al vacío, puesto que su amigo ya había desaparecido hacia la calle.

Para cuando le dio alcance, Pancho se estaba introduciendo en el coche. Se acercó a la ventanilla para decirle que iría en busca de su hermana y juntos

lo seguirían.

Pancho veía pasar el paisaje como una mancha borrosa. La ansiedad que sentía no le dejaba fijarse en nada. Aprovechó el viaje hacia la hacienda para rezar pidiendo que todo saliera bien. Se hizo la promesa de que haría todo lo posible para acabar con la situación tan lamentable en la que se encontraban. No podía imaginar lo que sería su vida sin ella. Si de algo le había servido esa separación era para darse cuenta de la manera en que la necesitaba presente en su vida: estaba perdidamente enamorado de Inés y se lo tenía que decir. Reconocía que él mismo poseía un carácter, a veces, difícil. Se había hecho a sí mismo y toda su vida había tenido que luchar. Eso hacía que no le resultara fácil admitir sus fallos ni el tener que contar con la opinión de nadie. Desde que se habían casado, le había estado imponiendo decisiones a Inés dando por sentado que ella obedecería.

Lo llenaba de angustia pensar que, a pesar de reconocer todas esas cosas, no tenía la más mínima idea de lo que había que hacer para arreglar su matrimonio, puesto que ambos habían erigido muros muy gruesos y no sería fácil derribarlos.

Cuando alcanzó su destino, ya era cerca del mediodía y le dijeron que Rafael hacía un rato que había llegado y la estaba reconociendo. Esperó en el vestíbulo sin dejar de observar las escaleras para hablar con el médico en cuanto bajara, cosa que hizo al rato.

—Buenos días, Pancho —lo saludó dándole la mano—. Por ahora todo transcurre con normalidad pero el parto será largo, porque es primeriza y la dilatación va lenta.

—Gracias por venir. ¿Inés se encuentra bien?

—Sí. Muy bien.

—¿Quieres hacerme compañía y tomarte algo?

—No, gracias. Voy a aprovechar para visitar a otros pacientes y volveré dentro de un rato.

Pancho se interpuso delante de él con pánico en los ojos.

—De eso nada. No quiero que te muevas de aquí hasta que mi mujer dé a luz.

—Pancho, no pensaba hacerlo. Solo voy a ver a unos niños que tienen fiebre, aquí en la hacienda. —Le sonrió mientras le posaba la mano en el hombro—. Aprovecha y sube a verla porque los dolores irán en aumento y dentro de un rato ya no podrás hablar con ella.

Pancho asintió y se dispuso a hacerle caso. Pensó que quizás creyera que

era un tonto, pero no era así, y le daba igual la opinión que el médico tuviera de él. Todavía no había decidido cómo le caía. A veces, tenía ganas de pegarle como a un saco de boxeo, debido al malestar que le producía su amistad con Inés; otras, como en esa ocasión, pensaba que quizás algún día podría llegar hasta caerle hasta bien.

Subió los escalones de dos en dos y, cuando entró en el cuarto, se encontró que Inés tenía la cara transformada en una mueca que le desfiguraba el rostro, mientras aguantaba el dolor.

Esperó a su lado hasta que se le pasó y le cogió la mano.

—Inés, acabo de llegar. Rafael me dice que todo está bien, pero que cree que el parto será largo. ¿Puedo hacer algo por ti? —La preocupación estaba reflejada en su rostro.

La sonrisa tierna que le dedicó le calentó el corazón. En respuesta, le apretó la mano.

—Pancho, tranquilízate. Ya verás cómo todo sale bien y en una horas tendremos a nuestro bebé aquí.

Se quedó un rato intentando animarla, pero cada vez que tenía una contracción se descomponía. Cuando Rafael llegó, se marchó al piso de abajo con la tranquilidad de que la dejaba en buenas manos.

El día transcurrió para él como en una nebulosa. No pudo comer ni beber casi nada, tal era su ansiedad. Agradeció mentalmente el tamaño de la casa, porque se dedicó a recorrerla incesantemente sin hablar con nadie. Le molestaban las conversaciones intrascendentes, y fueron varias las veces que subió en busca de noticias. En cada una de ellas, su hermana salía y lo volvía a acompañar abajo. Daniel optó por no hacerle caso y leía o se tomaba una copa mientras esperaba.

Faltaba poco para la medianoche cuando le pareció oír el llanto de un bebé. Subió, y al poco, salió Lucía con una sonrisa en la boca.

—¿Enhorabuena, hermano! Eres padre de un varón precioso —le dijo mientras lo abrazaba con fuerza—. Debes esperar a que expulse la placenta para entrar.

Se quedó con él hasta que salió Rafael y le dijo que pasara. Todos abandonaron la habitación para dejarlos en la intimidad.

El aspecto de Inés lo impresionó. Estaba totalmente aniquilada. Unas profundas ojeras oscuras le ocupaban gran parte del rostro pero, a pesar de todo, ella le dedicó una sonrisa. Se acercó para conocer a su hijo, y la emoción lo embargó.

—Gracias, amor mío. —Fue lo único que le salió y que expresaba lo que sentía en ese momento.

Una poderosa ola de amor se apoderó de él cuando vio a la pequeña criatura que ella tenía en sus brazos.

«Mi hijo», pensó.

Notó cómo Inés se lo ofrecía.

—¿Cómo quieres que se llame? —le preguntó.

—Juan —susurró.

Le pareció un nombre muy bonito.

Con el bebé entre sus brazos, no podía dejar de mirarlo embobado. Ese pequeñín lo enamoró desde que le puso los ojos encima. Quiso decírselo a Inés, pero descansaba después del largo parto. Se quedó allí velando el sueño de ambos mientras dormían.

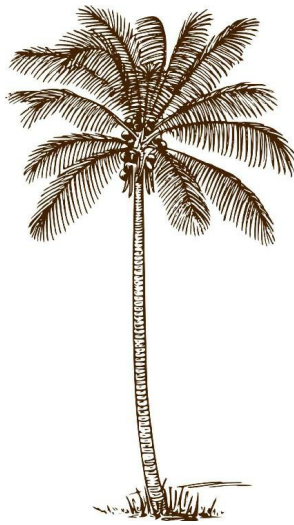
—Pancho —lo llamó su hermana—. Déjame a mí pasar la noche con Inés y mi sobrino. Vete abajo a acompañar a Rafael —le dijo acariciando su cabello con ternura.

—Voy por cortesía, para acompañarlo mientras se toma algo, pero nadie me va a mover de aquí durante la noche. Yo me quedo con ellos.

—Como quieras, hermano. Daniel y yo vamos a dormir en la hacienda, por lo que estaré cerca por si necesitas algo. Ahora vete, que ya permanezco yo de guardia.

Pancho bajó sin ninguna gana pero pensaba que debía ofrecer hospitalidad a Rafael. Después de tantas horas seguro que estaba cansado.

Menos mal que su hijo ya estaba con ellos y todo había salido bien.



Capítulo 31

Querido Pancho:

Juana y yo queremos que sepas lo felices que somos por tener a Guadalupe pasando el verano con nosotras. No podemos explicarte lo que significó enterarnos de que teníamos una sobrina, y lo contentas que estamos de poder conocerla, y de que ella conozca a su familia, sobre todo después de lo acontecido con su madre.

Guadalupe se ha ido amoldando a la vida del pueblo con asombrosa celeridad. Creemos que el gozar de más libertad ha contribuido muy positivamente para ello.

Como ya sabes, aquí madrugamos, cosa que ella también hace. Nosotras queríamos que se quedara más tiempo en la cama, pero no lo consiente y nos acompaña en nuestro desayuno. Le encanta el bizcocho de nata que nos preparaba mamá, así como las magdalenas y los sobaos, que son su pasión. Dice que hasta la leche le parece más rica, quizás sea porque está recién ordeñada; a continuación, marchamos al huerto a trabajar. Nos asombra lo tenaz que es y las ganas de aprender que tiene. Está resultando una magnífica hortelana. Su carita de felicidad al desenterrar las verduras, así como la facilidad que tiene trepando a la higuera para coger los mejores frutos, nos hace compartir momentos de auténtica felicidad. Disfrutamos mucho en su compañía.

Después de comer, nos vamos a la ría a lavar la ropa. A ella, le damos pequeños pañuelos para que se entretenga y sus manos no sufran tanto. Allí se nos va la tarde charlando con las vecinas y conocidas; solemos merendar todas juntas en el prado.

Lo único que nos preocupa del carácter de Guadalupe es que parece tener dificultades en conectar con las jovencitas de su edad, y no nos gusta que siempre esté con personas mayores. Las chicas la invitan a unirse a ellas, pero, aunque a veces lo hace debido a nuestra insistencia, no parece agradarle ni cuaja con nadie. Pensamos que entre todas ellas, alguna podría ser afín a su manera

de ser.

No debes preocuparte porque creemos que queda mucho verano y esa situación cambiará.

Las tardes de lluvia las pasamos cosiendo, y nos asombra lo bien que maneja la aguja. Esto llenará de felicidad a Lucía e Inés, porque puede que tengan una digna sucesora en el negocio.

La estamos enseñando a cocinar y los domingos nos lo pasamos elaborando nuestros platos típicos, ya sabes: cocido montañés, marmita, pollo marino...; también la bollería, que por cierto, le encanta. Es una gran admiradora de nuestra gastronomía, además de una pequeña damita muy refinada y bien educada.

Antes de despedirme, quiero volver a agradecerte que nos la hayas enviado. Nuestra solitaria vida se ha iluminado con su presencia.

Sin más, recibe un fuerte abrazo de tus hermanas que te quieren:

Hortensia y Juana

Pancho dejó de leer la carta de sus hermanas suspirando. Para él suponían un enorme alivio las noticias recibidas desde Ramales. Le hacía muy feliz que Guadalupe hubiera encajado tan bien en la vida del pueblo.

Ya llevaba un mes viviendo en el campo, y Juanito se estaba criando divinamente. Estaba hecho un pepón que tenía visas de romper muchos corazones en el futuro, ya que había heredado la belleza de su madre. Los primeros días estuvo aquejado de gases y lloró bastante, pero ahora que el malestar había pasado, lo único que hacía era comer y dormir. Cada vez que llegaba la hora de alimentarse, rompía en llanto de una manera tan escandalosa que había que hacerlo a toda velocidad si no se querían volver locos. Solo gozaba de buen carácter cuando estaba seco y alimentado; entonces era el bebé más simpático del mundo, todos disfrutaban de sus delicias. Para él fue sorprendente la facilidad con la que se habían adaptado a tenerlo con ellos. Estaba disfrutando muchísimo de la crianza de su hijo, cosa que no pudo hacer anteriormente con la niña.

Se preguntaba porqué Guadalupe no podría ser con Inés esa misma niña de la que hablaban sus hermanas. Lo que ya tenía claro, a esas alturas, era que no existía ninguna sintonía entre ellas, y poseía serias dudas de que alguna vez

pudiera haberla.

Interrumpiendo sus pensamientos, se abrió la puerta del despacho para dar paso a su nervioso amigo.

—Pancho, ¿se puede saber qué es lo que estás haciendo? Ya sabes que eres el padrino de tu hermana y ya es casi la hora. —Un elegante Daniel vestido de chaqué entró. Era el día de su boda.

—Cálmate, hombre. Ven y dame un abrazo. —Pancho rodeó la mesa de su despacho y lo abrazó—. No sabes lo feliz que me hace el que Lucía y tú os caséis, ya que sois dos de las personas a las que más quiero en esta vida; después de mi mujer y mis hijos, claro —se apresuró a aclarar.

—No te preocupes, que ya te he entendido, socio. —Daniel le sonrió—. Volviendo al tema, parece que ya está todo listo. Inés y mis hermanas revolotean por todos lados comprobando que no falte el más mínimo detalle. Ahora están todas arriba con mi madre, ultimando los arreglos de la novia.

—Anda..., vamos a buscar a don Mario. Estoy seguro de que lo encontraremos cerca de algún plato de jamón, porque desde ayer, en el bautizo de Juan, no ha parado de comer. Tenemos que vigilar que no le dé una indigestión y que esté preparado para officiar la boda, si no las mujeres no nos lo perdonarían.

Cuando llegó el momento, Pancho se encaminó hasta las dependencias donde todavía estaba la novia. Aguardó con paciencia ante la puerta mientras oía cómo se colocaban todos los invitados en sus sitios. La numerosa familia de Daniel había llegado desde Asturias. Sus padres y hermanos formaban un grupo muy numeroso, y él siempre había tenido buena relación con ellos. Pensó en sus hermanas e hija, que faltaban, pero no le importó porque tenía la certeza de que estaban contentas; las primeras porque no había quién las sacara del pueblo, y la segunda porque la sabía feliz.

A través de la puerta podía oír nítidamente la voz de Lucía conversando con Inés, por lo que prestó atención para ver qué se decían.

—Inés, deseo tanto que Pancho y tú os arregléis de una vez. Sería para mí el mejor regalo de bodas.

—Yo también lo deseo, pero eso no es suficiente para que las cosas se solucionen. No todo depende de mí, como tú bien sabes.

—Lo único cierto es que ambos os queréis. No lo habéis dejado de hacer ni en los peores momentos de vuestra relación.

—Lucía, no es propio que estés hablando de estas cosas el día de tu boda. Lo único que añado, para terminar con esta conversación, es que el tema entre

tu hermano y yo no es tan simple como un: «Nos queremos». Ya sabes que hemos sufrido mucho y está el tema de Guadalupe, que no es tan fácil de soslayar.

Pancho se alejó entristecido para esperar en el otro extremo de la habitación, porque pensó que Inés podría salir en cualquier momento y cogerlo fisgoneando. Reconocía que lo que había dicho su mujer era cierto, pero ese no era momento para penas y aparcó el pensamiento

Cuando Lucía y él hicieron el paseíllo de entrada en la capilla, el corazón de Pancho voló hasta el día de su boda. Al hacer la entrega de la novia a su amigo, recordó la dicha que había sentido al recibir a Inés para casarse. Nunca había visto a nadie tan bella como ella ese día. Giró la vista hacia su mujer, que estaba sentada en primera fila, y la encontró guapísima y radiante de felicidad por su amiga. El sacramento lo vivió metido en un ensueño. Rememoraba como una película el inicio de su propia historia junto a su mujer. Durante la consagración, pidió al Señor por los contrayentes, deseándoles la mayor felicidad del mundo. No le faltó rezar con todo su corazón para que pudiesen solucionar los problemas que había entre ellos.

La celebración de la ceremonia se organizó en los jardines de la hacienda. Ese día Daniel había contratado al exquisito *catering* del Alfonso XIII, para que lo organizara todo. Los novios no querían que nadie trabajase, puesto que todos los habitantes de la hacienda y algunos trabajadores del pueblo estaban también invitados a la boda.

Pancho se quedó asombrado de lo bien dispuesto que estaba todo. El aperitivo se sirvió en el rellano de albero cerca de la casa, y las mesas las dispusieron encima del césped. La iluminación con bombillas que colgaban entre los árboles y el perfume de las rosas que estaban en flor, hacía que el ambiente te transportara a un escenario en algún exótico país oriental. No le pasó desapercibido el clima festivo que había entre los invitados. Todos reían y charlaban; los críos no paraban de jugar.

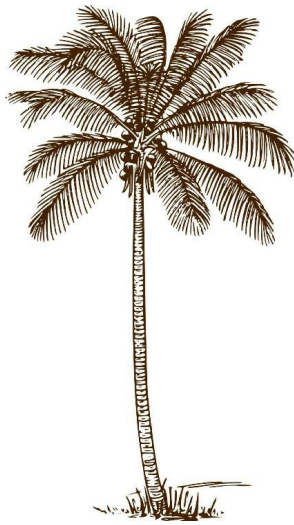
«¡Menos mal que el jardín es grande!», pensó.

Cuando acabaron los brindis, comenzó el baile, para regocijo de todos. A través del altavoz del moderno tocadiscos que Pancho e Inés les habían regalado a los novios, sonó el vals de Strauss. Tras la apertura de rigor que hicieron los hermanos Madrazo, todos los demás se abandonaron al baile con gran entusiasmo.

Pancho no perdió la ocasión y sacó a Inés a bailar varias veces. Hacía mucho tiempo que no disfrutaban de la fiesta tan desinhibidos. A Pancho le

recordó cuando eran novios y la amargura aún no había hecho mella en sus corazones.

Un camarero se ofreció para cambiar los discos, y la música no faltó en toda la noche.



Capítulo 32

El verano pasó volando, y con él, el respiro de felicidad. Pancho e Inés volvieron a empacar las cosas para mudarse a la casa de La Palmera con el corazón encogido. Ninguno de los dos sabía qué les depararía la vuelta de Guadalupe, a pesar de que ambos la afrontaban con una determinación hercúlea sustentada en el amor.

La vivienda parecía un campo de batalla. El cambio de domicilio se había convertido, después de tantos meses viviendo allí, en una auténtica mudanza. Múltiples cestas y baúles yacían abiertos por doquier; mientras, la casera perseguía a su señora siguiendo sus indicaciones a la vez que, de cuando en cuando, se daba una buena sonada en las narices con un pañuelo que sacaba del bolsillo del delantal. No ocultaba la desolación que le producía la marcha de la familia.

—Carmen, deja de llorar, por favor. Me lo vas a contagiar. No creas que no tengo ganas de comenzar yo también. Estoy igual de triste que tú, pero nos tenemos que marchar, ya llevamos demasiado tiempo instalados aquí.

—Ay, señora, ¿qué *vamoh a hacé nosotroh* sin *usté*? Me voy a *morí* de pena sin mi niño. ¡Vaya *usté a sabé* cuándo volverán otra vez por aquí! —se lamentaba Carmen en voz alta para quien quisiera escucharla.

A Inés le martilleaban las sienes por los nervios que le producía la partida. Su corazón anhelaba quedarse con todas sus fuerzas, pero su mente le decía que debía partir si le quería dar una mínima oportunidad a su matrimonio; no en vano habían conseguido gozar de unos meses para poder recomponer su relación de pareja. Al principio, comenzaron con conversaciones acerca de la crianza de Juanito y sobre los quehaceres diarios de la vida en la finca. Una cosa llevó a la otra, y gracias a la camaradería surgida, llegaron a un tácito acuerdo para poder convivir en paz, y a la vez, ir cicatrizando las heridas.

—Acaba de llegar el cosario que he contratado para que transporte el equipaje. Está en el patio esperando tus órdenes y comenzar la carga. — Pancho la había estado buscando por toda la casa hasta dar con ella.

—Gracias, Pancho. Hazme un favor y llévate el coche con Juanito a tu despacho. Con este follón, me da miedo que le ocurra algo ya que no hay nadie

que esté pendiente de él.

—Eso está hecho. No te preocupes por él —le contestó inclinándose para besarla en la nariz.

Inés sonrió ante la caricia. Habían conseguido retomar parte de su antiguo afecto besándose y acariciándose mutuamente cada vez que podían. Cada gesto era como una pomada que sanaba parte de las heridas en sus corazones. Algo dentro de ella le decía que no se acostumbrara porque pronto todo lo conseguido acabaría, pero se aferraba al momento repitiéndose a sí misma que solo eran aprensiones suyas y que todo saldría bien.

Por fin la mudanza se llevó a cabo. Tras diez días instalados con Guadalupe en Sevilla, la convivencia parecía haber mejorado. En la familia se respiraba una paz que le hizo cobrar nuevas esperanzas ante el futuro. Por otro lado, Inés retomó la costumbre de acudir diariamente a la tienda, sobre todo ahora que Lucía estaba embarazada.

Era media tarde cuando regresó ese día a su casa, y el cansancio hacía que le doliera la espalda. Atender a las clientas no siempre era un trabajo sencillo. Estaba despojándose del sombrero y el abrigo en el vestíbulo cuando le llegaron voces alteradas del piso de arriba. Alarmada, subió las escaleras para investigar el origen de tanto revuelo. Conforme se acaba a los aposentos de Guadalupe, oyó los sollozos de Isabel, la criada, y la voz airada de su hijastra recriminándola duramente.

—Eres una inútil y una vaga. No solo me has arruinado el jersey al lavarlo, sino que, además, no tienes ni idea de cómo debes ordenar mis cosas. —Un gran estrépito sonaba al chocar los objetos contra el suelo.

Inés se quedó helada observando la escena que tenía ante ella. Una Guadalupe roja de ira estrellaba todo lo que encontraba a su paso hasta hacerlo trizas, mientras Isabel, totalmente aterrorizada, lloraba sin consuelo.

—¡Basta, Guadalupe! —La sorpresa que le produjo la potente orden hizo que parara—. Quiero saber inmediatamente qué está ocurriendo aquí.

—Esta inútil me ha echado a perder mi mejor prenda de abrigo. Papá me

la trajo de uno de sus viajes. Isabel nunca encuentra nada y no sabe lo que es el orden —replicó Guadalupe todavía furiosa.

—A las personas es normal que a veces se les estropee algo. Eso es difícil que nos pase a nosotras, ya que no solemos lavar ninguna prenda, ¿no es verdad, Guadalupe? Además, no quita para que trates así a la gente. Quiero que te disculpes ahora mismo con Isabel por gritarle y perder los nervios de esa forma.

—No pienso hacer tal cosa. —La miró con tal odio que se le pusieron los pelos de punta.

—Como quieras. Permanecerás en tu cuarto hasta que ordenes y limpies todo este desastre. No saldrás de nuevo hasta que te hayas disculpado. —Inés no se amilanó—. Isabel, puede usted marcharse. Gracias. —Sin más, la hizo salir de la habitación y cerró la puerta tras ella.

«Más tarde hablaré con Pancho. No se le puede consentir ese comportamiento a la niña. Alguien tiene que tomarse la molestia de educarla», pensó con irritación.

Inés no sabía si le preocupaban más los malos modales de Guadalupe o el amor que esta había desarrollado por su hermano Juanito. Se empeñaba en cogerlo continuamente sin el permiso de nadie; otras veces, despedía a la niñera y lo vigilaba mientras dormía. La verdad era que se pasaba largas horas jugando con él sentada en una manta en el suelo. Le acercaba juguetes y le hacía pantomimas, por lo que Juan cayó rendido a sus pies y lanzaba deliciosos gorgojeos cada vez que la sentía cerca.

No se atrevía a compartir la preocupación que ello le causaba con nadie por temor a que la tildaran de exagerada o sobreprotectora. Lo que sí hizo fue ordenar a la niñera que no se separara del niño, ya que temía que Guadalupe, en su inexperiencia, lo dejara caer.

Cuando Pancho llegó a casa a la hora de la cena, Inés lo siguió al despacho donde estaba depositando la cartera encima de la mesa.

—Hola, Pancho. ¿Cómo te ha ido el día?

—Hola, preciosa —la saludó con alegría—. Muy cansado hasta este momento, pero ahora que te veo, la cosa ha mejorado considerablemente. —Pancho se acercó a ella y le acarició el rostro. Inés pudo leer en él su deseo.

—Ven, siéntate, que tengo que hablar contigo. —Inés lo condujo hasta el sillón que estaba enfrente de la chimenea—. Hay algo que quiero contarte.

Pancho la giró y la obligó a tomar asiento con un suave empujón en el sofá; él ocupó el lugar a su lado.

—Primero deja que te bese, porque no he dejado de pensar en ello durante toda la tarde. —Sin esperar respuesta, la besó con pasión.

Haciendo un gran esfuerzo, Inés lo apartó de su lado ya que su inquietud era mayor que el deseo.

—He castigado a Guadalupe y me gustaría que me apoyaras en esto. — Las palabras salieron atropelladas de su boca.

—Cuéntame qué es lo que ha pasado —respondió con preocupación.

Después de narrarle la desagradable escena, Inés le contó que le habían subido la cena a su cuarto.

—Me han dicho que está tranquila. Parece que lo ha ordenado todo, pero sigue sin disculparse. Te ruego que cuando subas le insistas en que lo haga. Creo que no debemos dejar pasar semejante comportamiento.

—Por supuesto que lo haré. Te agradezco que te hayas ocupado de este asunto. Subiré para hablar con ella y luego te cuento. —Pancho salió del cuarto con aspecto decidido.

El corazón de Inés se abrió como una flor a la que habían regado.

A la hora de la cena, un introspectivo Pancho hizo su aparición. La conversación con su hija lo hizo estar sumido en sus pensamientos durante toda la comida, e Inés se tragó las ganas de comentarle la falta que le hacía a su hija, según su opinión, de relacionarse con chicas de su misma edad. Decidió dejarlo para otro día por prudencia ya que se daba cuenta de que quizás fuera demasiado para Pancho en un solo día.

La mañana amaneció despejada y alegre. El limpio cielo azul típico de la primavera sevillana, lleno de luz y de vida. Inés admiraba los rosales del jardín desde la ventana de su habitación con Juanito en sus brazos ,cada día más hermoso.

Al salir al pasillo se tropezó con una Guadalupe perfectamente arreglada y dispuesta a bajar para desayunar.

—¡Alto ahí, muchachita! ¿Se puede saber quién te ha dado permiso para salir de tu habitación? Tengo que suponer que has pedido disculpas. ¿No es así?

—Por supuesto que lo hice —le contestó retándola con una mirada que destilaba veneno.

—Me parece muy bien. A partir de ahora espero que aprendas de tus errores y cuides un poco más el trato hacia las personas que trabajan en esta casa.

Guadalupe le lanzó un gesto de puro desdén y se alejó bajando las

escaleras.

—Averiguaré si de verdad lo has hecho —murmuró para sí misma. No quería dejar pasar las mentiras puesto que eso era lo que sospechaba que había ocurrido.

Inés cogió el bolso para ir a la tienda, como todas las mañanas. Al atravesar el vestíbulo, comprobó que Guadalupe seguía sentada a la mesa del desayuno y entró en el comedor. Allí vio que estaba con aire distraído dándole vueltas a la mermelada de su plato con aire ausente. Siguió su instinto.

—Guadalupe, ¿no te apetecería acompañarme a la tienda? Tus tías dicen que eres realmente buena con la aguja. ¡Anímate y ven conmigo! No hace falta que hagas nada que no te apetezca, pero por lo menos creo que será entretenido. —Inmediatamente se enderezó plegando sus manos sobre el regazo.

—No, gracias. No me apetece —dijo sin volverse.

—¿Y no te gustaría ir a un colegio y conocer a chicas de tu edad? Sería una ocasión magnífica para hacer amistades.

—¡Qué horror! Realmente no quiero. Estoy mejor en casa, gracias.

—Bueno, pues si cambias de opinión, dile a Pepe que te acerque a la tienda. A tu tía Lucía le daría mucha alegría verte.

Inés se dio media vuelta, para marcharse, con la sensación de que lo había dicho con la boca chica.

—Esta criatura es capaz de fastidiarse con tal de llevarme la contraria —musitó mientras traspasaba la puerta de la calle.



Capítulo 33

La enfermedad hizo su aparición, de nuevo, en la casa de La Palmera.

—Buenos días, don Rafael. —Isabel le cedió el paso al interior de la casa—. Gracias a Dios que ha llegado. Pase usted, que lo están esperando.

—Buenos días, Isabel. ¿Tan mal cree usted que están las cosas? Porque esta escena parece que se repite, cosa que no me hace gracia.

—Sí, señor. El señorito Juan ha caído muy enfermo y no ha parado de vomitar en toda la noche.

—¿Hay alguien más afectado en la casa?

—No, señor, pero la señora pronto lo hará si no se cuida. Está como loca, y el señor parece que ha envejecido diez años. Acompañeme, por favor.

Rafael subió en silencio junto a Isabel, que iba limpiándose las lágrimas. El llanto del bebé se oía por toda la casa y, conforme se alcanzaba la planta superior, se hizo más fuerte. Llegaron a la habitación infantil, que estaba situada enfrente de la de sus padres.

Inés oyó los pasos acercándose. Totalmente demacrada y con aspecto dejado, sujetaba al bebé entre sus brazos mientras lo consolaba; Pancho sentado en una silla e inclinado hacia delante, se sujetaba la cabeza con las manos en actitud derrotada.

—Gracias a Dios que has llegado, Rafael —lo saludó Inés muy nerviosa.

—Bueno, vamos a ver qué es lo que le pasa a este pequeño. Por favor, quitadle la ropa y dejadlo solo con el pañal. Voy a reconocerlo. —Su actitud era muy adusta, acorde con la ocasión.

Comenzó a auscultarlo, le palpó el vientre y miró la garganta. Se interesó por comprobar el color de las heces, así como la intensidad de las deposiciones y vómitos.

—Juan corre serio riesgo de deshidratarse como no comience a retener líquidos, porque es muy pequeño—sentenció—. Creo que puede ser un virus, y si es así, cesará en veinticuatro horas. Voy a mandar que traigan de mi consulta suero para ponerle una vía y mantenerlo hidratado. —El niño permanecía inusitadamente callado en sus regazo. Se había quedado dormido de agotamiento. Inés hizo ademán de cogérselo de los brazos, pero él no se lo permitió—. Por favor, déjame que lo sostenga un rato más —le pidió.

Inés observó con ternura al pequeñín. Sabía que los ojos eran del color de su padre, de un azul grisáceo; pero en líneas generales creía que el parecido con ella era considerable.

Se le estrujaba el corazón de angustia ante la posibilidad de que algo malo le ocurriera a su hijo; no en vano la gastroenteritis del bebé era muy fuerte. Se cuidaría mucho de expresar sus temores en voz alta, por el bien de la paz familiar. Si guardaba silencio, quizás pudiera exorcizar a los demonios y ayudar a que la enfermedad remitiera.

Rafael se quedó allí esperando con ellos hasta que cumplieron con el recado trayendo lo que había pedido, y así, pudo dejar todo resuelto. Entonces se despidió de la familia e informarles de que el paciente parecía más tranquilo desde que se le comenzó a administrar el suero. Se marchó con la promesa de que regresaría al final del día para comprobar el estado del pequeño.

Una calma que solo suele presagiar las peores tormentas se instaló en la casa de La Palmera. Tanto Pancho como Inés lograron comer algo antes de echarse a dormir una siesta para poder recuperar fuerzas. La noche que habían pasado había sido horrible.

Inés se disponía a acostarse, pero antes quiso darle una vuelta, una vez más, a su hijo. Allí se encontró sentada a Guadalupe, que, junto con la niñera, velaban el sueño reparador del pequeño. Se acostó con la condición de que si ocurría el más mínimo cambio, la despertaran.

Las horas del día transcurrían lentas en la silenciosa casa. El reloj del vestíbulo hacía sonar sus goznes anunciando el paso del tiempo.

Un ominoso silencio flotaba en el aire cuando Rafael regresó a la hora de la cena. Daniel y Lucía se encontraban allí haciéndole una visita al enfermo, ocasión que aprovecharon todos para saludarse.

Inés estaba sentada en una butaca cerca de la cuna de su bebé, y los ojos le brillaron alegres cuando saludó a su amigo.

—Hola, Rafael. Juanito parece que ya está mejor —le anunció dedicándole una gran sonrisa.

—¡Cuánto me alegro! No puede haber una noticia mejor. Voy a explorarlo para constatarlo.

—Pensarás que somos unos alarmistas, pero de verdad que me asusté cuando vi lo enfermo que estaba mi hijo.

—No tienes que justificarte; es normal que una madre se preocupe por su retoño. No dudes en llamarme cada vez que lo necesites. Yo también quiero

mucho a Juan, y no me gustaría que nada malo le sucediese —le contestó mientras guardaba sus utensilios en el maletín.

Pancho acababa de entrar en la habitación del niño para interesarse por la opinión del médico.

—Rafael, ¿tú también crees que está mejor? —le preguntó como si no se lo acabara de creer.

—Definitivamente, creo que se está recuperando, ahora bien, todavía no se ha recuperado del todo. Tiene que comenzar a tolerar, vía oral, líquidos sin devolverlos. No os olvidéis de hervir el agua antes de dársela. Cuando la aguante en el estómago, comenzaremos a darle dieta blanda. —Se giró hacia Pancho—. Te recomendaría que buscaras leche de burra porque será lo siguiente que le mandaré.

—Muchas gracias. —Pancho lo abrazó y le palmeó la espalda agradecido.

—No las merece —le dijo devolviéndoselo—. No os olvidéis de que yo también lo quiero como si fuera un hijo.

Inés decidió salir al jardín cuando el médico se marchó. Salió de la casa y el frío la envolvió. Por las noches comenzaba a caer el relente anunciando que el invierno ya se acercaba, aunque en el clima sevillano siempre se hacía de rogar. La niebla y humedad cubría las plantas convirtiendo el ambiente en fantasmagórico.

Empezó a caminar para quitarse el estrés del cuerpo. Con una gran bocanada, inspiró el aire nocturno mientras reflexionaba sobre lo que caprichoso que era el destino que siempre te jugaba malas pasadas haciendo que la gente enfermara y muriera. Oró mentalmente por la recuperación de su hijo y se hizo la promesa de que si mejoraba, intentaría ser una persona mejor con los que la rodeaban.

Comenzó a sentir en sus hombros el cansancio de la jornada mientras paseaba por el solitario jardín. Una cosa tenía clara: el alivio que le produjo comprobar la mejoría del pequeño Juanito, porque el temor a que empeorase la había mantenido tensa toda la jornada.

—Inés, ¿te encuentras bien? —La voz de Pancho sonaba preocupada.

—Sí solo necesito respirar un poco de aire fresco y desentumecer los músculos ahora que parece que lo peor ha pasado.

Pancho la abrazó y ella aprovechó para descansar sobre su hombro.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo también pienso que lo peor ya ha pasado.

Ojalá nuestro hijo tenga una rápida mejoría y todo vuelva a la normalidad — Pancho la retiró con suavidad para mirarla a los ojos—. ¿Sabes, Inés? Cada vez siento más gratitud hacia Rafael. Además de ser un excelente médico, ahora es cuando realmente sé que es un gran amigo. ¡Y pensar que hasta hace poco estaba celoso de él! Me doy cuenta de lo cegado que estaba.

—¡Qué bien! Es verdad que entre nosotros solo existe una gran amistad.

Ines se abrazó a él con mayor intensidad.

—Volvamos adentro, que ya hace bastante frío.

Pancho y ella regresaron enlazados, disfrutando de su mutua compañía.



Capítulo 34

Al día siguiente, Rafael llegó para hacer la visita rutinaria cerca del mediodía, y constató con júbilo la mejoría de Juan. Después de dar instrucciones para que tomara mucho líquido y algo de caldo, se quedó a almorzar a instancias del matrimonio, los cuales mantuvieron una afable conversación sobre los progresos que Rafael hacía en las barriadas más pobres con su programa de vacunación en los pequeños.

El día transcurrió lento. Por la tarde, una embarazada Lucía acompañada de Daniel, regresó para visitar a la familia. Junto a sus padres, compartieron la felicidad que les producía la mejoría del niño. Inés sabía, porque Lucía se lo había contado, lo que la dolencia de Juanito significaba para ella, puesto que había perdido a su hijo cuando tenía corta edad. Todo eso significaba para ella la repetición del infierno que ella misma había pasado en su día, y lo vivía todo con una gran angustia.

El tiempo no te hace olvidar, pero sí actúa como un bálsamo para que las heridas vayan curando. Eso no significa que cuando los recuerdos te asolan, las cicatrices no vuelvan a abrirse para sangrar como el mismo día en que se produjeron. Probablemente, esa fuera la causa de que las personas que tenían un pasado muy doloroso quisieran encerrar la mayoría de veces los recuerdos bajo llave.

Guadalupe se reveló como alguien que amaba a su hermano. Inés jamás pudo imaginar que lo cuidaría con esa abnegación. Tenía que reconocer que al principio le produjo mucha inquietud su presencia en la habitación del niño, pero pensó que los nervios la traicionaban, ya que la preocupación por su hijo le jugaba malas pasadas.

Por la mañana, después de la visita del médico, la jovencita estuvo ayudando a Virtudes, la niñera de Juan, a asearlo y cambiarlo. Junto a ella, le mudó la camisola, el jersey y el faldón; también le calzó los patucos. Después, con mucho cuidado, le pasó la palma de la mano impregnada en colonia, por la pequeña cabecita para que oliera bien. A continuación lo peinó, dibujándole, con mucha gracia, la raya al lado.

Toda la familia pudo disfrutar de la carita tan guapa que se le quedó,

perfectamente peinado.

—¡Qué arte *tieneh*, mi *arma*! —exclamó Virtudes riéndose.

Inés, al escucharlas, se acercó a la cuna y sonrió al contemplarlo.

—Es verdad. Está guapísimo, Guadalupe ¡Enhorabuena!, te has superado.
—La niña reía complacida ante los piropos.

—Gracias. Yo también pienso que le favorece mucho. Pensé en probar y me ha quedado muy bien el peinado que le he hecho —dijo contenta.

—Bueno, pues a partir de ahora la vamos a tener que llamar siempre para peinarla. ¿Verdad, Virtudes?

—Por supuesto, señora. Así lo haré. La señorita Guadalupe será una magnífica ayudante.

Inés decidió apartar sus inquietudes y darle una oportunidad a su hijastra. Pensaba que le vendría bien sentirse integrada en la familia.

Ya al anochecer, durante uno de sus continuos recorridos por la casa para vigilar a su hijo, comprobó que la bolsa de suero que colgaba sujeta a la cuna se balanceaba con fuerza; al acercarse, contempló maravillada cómo Juan pateaba enérgicamente el aire con sus piernas. Una oleada de alivio la invadió por dentro: su hijo se encontraba bien. Los sonidos de alegría que lanzó al verla a su lado fueron como un bálsamo para su espíritu. La niñera se acercó a ella para verlo.

—Señora, Juanito está francamente mejor. Dios me escuche, pero creo que se está recuperando.

—Es verdad. Yo también me he dado cuenta, sin embargo, tenemos que conseguir que siga reteniendo los líquidos en su estómago. Hasta que no lo diga el médico, no resultará evidente su mejoría —dijo Inés cogiendo a su hijo en brazos. Necesitaba sentirlo cerca de ella—. Virtudes, escúcheme lo que le voy a decir. Necesito saber que, aunque la ayude, usted no dejará al niño a solas con la señorita Guadalupe bajo ningún concepto. Ella es aún una cría, y aunque cree que sabe cómo cuidarlo, en su ignorancia, temo que meta la pata.

—Sí, señora. Descuide que no le quitaré ojo de encima. Le tengo que contar que ayer lo veló durante toda la tarde conmigo y que su preocupación por su hermano es genuina. La pobre señorita está muy angustiada, como todos.

En ese momento, Inés apreció cierto movimiento en la puerta por el rabillo del ojo, previamente a que Pancho entrara.

—Pancho, acércate, Juan está mejor —exclamó llena de júbilo.

Su padre lo contempló y, dirigiéndose a ella con gesto adusto, le dijo:

—¿Puedes dedicarme un minuto? Hay algo que quisiera comentarte. Te espero en nuestro cuarto.

Inés extrañada, se entretuvo unos instantes antes de devolverlo a la cuna y anunciar su regreso. Al entrar en la estancia, vio que su marido contemplaba la calle a través de los cristales con semblante serio. Parecía sumido en sus propios pensamientos.

—Aquí estoy. Dime, ¿qué te preocupa?

—No he podido evitar oír tu conversación con la niñera porque, justo en ese momento, me disponía a entrar a visitar a Juan —le dijo dándose la vuelta para encararla—. Me ha parecido una observación de muy mal gusto la que le has hecho sobre Guadalupe.

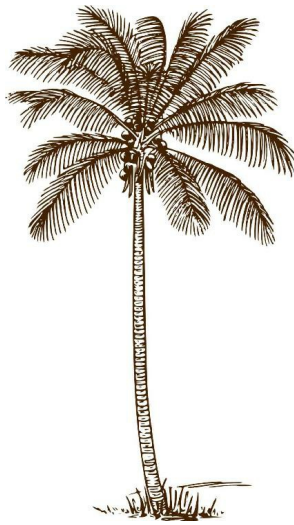
El rostro de Inés se tornó pálido ante la regañina.

—Siento que te lo haya parecido porque no lo he hecho con mala intención.

—¿No te parece que debes parar tus ataques hacia la niña? Creo que estás totalmente obsesionada con ella. —A Pancho se le quebró la voz cuando se dio cuenta de que los ojos de ella se inundaban de lágrimas.

—Creo que Guadalupe quiere a nuestro hijo —le contestó intentando conservar la calma—, pero es mi deber protegerlo. Ella es una jovencita que no tiene experiencia con los bebés y me preocupa que haga algo que sea perjudicial. —No pudo decir en alta voz lo que realmente pensaba: que lo que temía era que le resultaba prácticamente imposible relacionarse con ella debido a sus continuas interferencias—. Quizás debas empezar tú dejando esa obsesión dañina que tienes por protegerla. Confundes tus sentimientos de culpa por haberle dedicado poco tiempo con el amor —dijo con voz cansada saliendo de la habitación.

Toda su alegría se había quebrado como el ala rota de un pájaro.



Capítulo 35

La puerta de la entrada se cerró cuando se fue la visita. Inés se llevó las manos a la dolorida cintura. Había sido un día muy largo, y la vigilia muy extenuante. Aguantó un bostezo mientras se dirigía a la cocina para avisar de que podían recoger los restos de la vajilla que habían dejado en el salón.

—Buenas noches, que aproveche —deseó al personal de servicio al ver que cenaban—. Ya pueden pasar a recoger cuando hayan terminado.

—Gracias, señora. Que descanse —le respondieron al unísono.

Se iba a girar para retirarse, pero se paró en seco. Se puso alerta.

—Virtudes, ¿con quién ha dejado usted a Juanito? —le preguntó a la niñera.

El sentimiento de culpa se reflejó en la mirada de esta.

—Con la señorita Guadalupe, señora. Me insistió para que bajara a cenar —balbuceó—. Lo he dejado durmiendo plácidamente.

Sin esperar más, Inés emprendió camino al cuarto de su hijo. Recorrió el vestíbulo a la carrera subiendo los escalones, hasta llegar con la respiración agitada y el corazón que le salía por la boca. Cuando llegó al dormitorio la quietud era completa. Observó que la puerta permanecía entreabierta y algo la hizo acercarse a la abertura sin delatar su presencia.

Guadalupe estaba sentada en la butaca de la habitación con el pequeño en su regazo. Le daba de beber, intentando hidratarlo, con un pequeño cuentagotas de cristal que le introducía en la boca. Tan concentrada estaba en su labor, que no sintió la presencia de Inés en la puerta. Al principio, no encontró nada malo en la escena y comenzó a tranquilizarse, pero contempló espantada cómo la niña cogía el líquido no del vaso de agua situado en la mesita de noche, sino de un tarro oscuro que escondía entre los pliegues de su falda.

Sintió cómo la ira trepaba por su interior como la lava de un volcán.

—¿Qué haces, insensata? —Entró como una tromba, y de un manotazo, tiró lo que le estaba dando. Le arrancó de un tirón al niño del regazo—. ¿Qué le has dado? Dime..., ¿qué le has dado? —gritaba desahogada.

La habitación se llenó de personas que contemplaban la escena. Virtudes, la niñera lloraba acongojada, mientras Guadalupe pasaba su mirada acorralada de ella a su padre. Juanito asustado, estalló en llanto.

—¿Qué has hecho, Guadalupe? —La voz de Pancho cortaba como el hielo. En ese momento su hija claudicó.

—Perdón, papá. Yo no quise...

—¡Cállate! —la cortó Pancho—. Antes de comenzar a mentir, te aconsejo que reconsideres lo que vas a decir. Vete a tu cuarto y espera allí hasta que yo vaya —añadió derrotado. Parecía como si una gran losa se le hubiera derrumbado encima y ya no le quedaran fuerzas para desescombrar—. Voy a llevar esto a Rafael para que lo analice —dijo cogiendo el frasco del suelo y comprobando que todavía tuviera líquido—. Isabel —le ordenó a la doncella—, permanezca a la puerta del cuarto de mi hija para que no salga hasta nueva orden. —Sin más, abandonó la habitación.

Inés se volvió hacia la niñera y con furia apenas contenida la increpó:

—Virtudes, ha desobedecido usted mis órdenes. Mañana por la mañana, recoja sus cosas y abandone la casa. Queda usted despedida. —Tomó asiento en la butaca porque creía que ya no le sostenían las piernas.

Desgarradores sollozos salían de su pecho mientras acunaba al bebé tratando de calmarlo.

La noche transcurrió como un verdadero infierno, puesto que Juanito recayó con la misma enfermedad. Rafael llegó y no le hizo falta purgar al niño, puesto que de nuevo comenzaron las diarreas y los vómitos. Entre el médico, Pancho, y su madre se turnaron durante esas horas cuidando al debilitado niño, que, como no le había tenido tiempo a recuperarse del todo, mostraba verdaderos síntomas de agotamiento.

Después de interrogarla, Rafael descubrió que Guadalupe le había dado a su hermano un brebaje hecho a base de hojas y pétalos machacados con las hortensias que crecían en el jardín. Por lo visto, lo había aprendido durante su estancia en Ramales, y provocaba a quien lo tomaba diarreas y vómitos.

Fueron unas horas angustiosas que pasaron cambiando pañales y sábanas intentando mantener al pequeño confortable.

La horas fueron transcurriendo lentas y dolorosas. Cada angustioso minuto transcurría cambiando pañales, sábanas y repita de bebé. Al principio, Juanito lloraba, y Rafael decía que era a causa de que ya tenía el esófago irritado por los jugos gástricos, y que éstos le provocaban dolor. Conforme fue transcurriendo la noche, dejó de hacerlo y el silencio se convirtió en complice del terror a perderlo. Terror, que anidaba en el subconsciente de todos.

El carillón del reloj de la entrada fue anunciando inexorablemente la llegada de la mañana. Inés las últimas campanadas que oyó, fueron las que

anunciaban las cinco de la mañana antes de que el sueño la venciera.



Capítulo 36

Aunque Pancho estaba agotado, no se sentía capaz de posponer la conversación que tenía pendiente con su hija. Después de la noche infernal que había transcurrido junto a la cuna de Juanito temiendo por su vida, decidió asearse un poco antes de hablar con ella. Se observó en el espejo del cuarto de baño mientras se secaba el rostro con una toalla. Pensó que la persona que le devolvía la mirada era un desconocido para él. Despeinado y con los ojos rojos; la ropa arrugada con los faldones de la camisa por fuera, ofrecía el aspecto de un demente.

«Como mi hija», pensó con dolor.

Arrastrando los pies se dirigió al dormitorio donde permanecía encerrada. Cuando abrió la puerta, oyó un golpeteo rítmico. Le costó verla porque la habitación permanecía en penumbras. Descubrió a la niña sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Con vaivenes, mecía su cuerpo chocando la cabeza contra el muro de la misma. Un pequeño reguero de sangre le corría por el rostro plagado de lágrimas. Al verla, se le partió el corazón. Corrió a sujetarla para que parara.

—Guadalupe, tenemos que hablar. —Ella se acercó a su padre para que la abrazara, pero él se sintió sin fuerzas para hacerlo y se sentó en un sillón. Cuando percibió la actitud de su progenitor, se arrodilló a su lado en silencio con cara de desolación.

—¿Cómo está Juanito, se encuentra mejor? —Su voz reflejaba angustia y arrepentimiento. El rostro era una máscara de dolor.

Pancho le lanzó una mirada acusatoria.

—Sí, está mejor. No gracias a ti, precisamente. —Cuando volvió a tomar conciencia de lo que había hecho Guadalupe, una ráfaga de congoja lo atravesó hasta llegarle directo al corazón. La pena lo invadió.

—¡Menos mal! —Su hija comenzó a llorar enterrando su rostro entre sus manos—. Perdóname, papá. No sé en qué estaba pensando. Aunque no lo creas, en realidad, no le quería hacer daño.

—Ahora no estás en situación de que crea nada de lo que me dices. Has hecho algo horrible y no puedo entender tus complicados entresijos mentales.

Inés entró y Pancho le indicó que tomara asiento a su lado.

—Me he pasado la noche rezando por mis dos hijos —prosiguió Pancho—. Orando para que Juan no muriera y también por ti, Guadalupe. Preguntándome en qué había fallado tanto. Te has convertido en un pequeño monstruo ante mis ojos.

Los sollozos de Guadalupe se volvieron desgarradores.

—Perdonadme, por favor —repitió entre balbuceos—. Siento mucho lo que he generado.

—Con lágrimas no se arreglan las cosas —intervino duramente Inés—. ¿Puedes explicar porqué has actuado así?

Guadalupe se arrastró hacia sus pies y la agarró por las faldas con manos temblorosas.

—No lo sé —sollozó—. Solo quería daros un susto, porque desde que nació, siempre estabais pendientes de él. Lo siento. Ahora me he dado cuenta de lo que he hecho. —Se sentó sobre sus talones y siguió hablando con la mirada vacía—. Nunca he sabido era sido mi sitio en ninguna parte; en realidad, no sé a qué lugar pertenezco. En México no encajaba con los oriundos, ni tampoco con los europeos. Siempre me han repetido que soy un señorita, pero nunca he sabido qué significado tenía. A lo largo de mi vida, he permanecido aislada, solamente con la compañía de mi madre y las visitas esporádicas de mi padre. No tengo amigas. En mis juegos siempre hablaba sola y me imaginaba en una fiesta de cumpleaños. Ahora, cuando he sentido vuestro rechazo, me he dado cuenta de que vosotros sois mi familia y que os necesito. Perdóname, Inés porque tú siempre has sido buena conmigo.

—Guadalupe, me gustaría hacerlo, pero ahora no puedo. No entiendo tus argumentos. Has tenido a unos padres que te han querido, aunque cada uno lo haya hecho a su manera. Quiero que sepas que yo también crecí muy sola en una casa donde no siempre me sentí amada por mi padre. También tuve que luchar con mis propios fantasmas. Creo que es normal, hasta cierto punto, que una chica de buena cuna crezca rodeada del servicio y de profesores. Perdóname, pero no eres la única que ha tenido una infancia con carencias, y desde luego, no es excusa para convertirte en una mala persona. —Guadalupe dio un respingo al escucharla decir eso, mientras Pancho se tapaba la cara con pesar—. Ahora me temo que va a ser tu padre el que decida qué hacer contigo. Yo me siento incapaz.

Inés se levantó de su asiento con el semblante de piedra y abandonó el cuarto. Parecía que no tenía nada más que decir. Atrás dejó un ambiente devastado por el dolor.



Capítulo 37

Pasó la noche, y llegó la mañana. Los rayos de sol fueron ganando terreno deslizándose por el suelo sin señalar hora alguna. Los gorgoritos que emitía Juanito la despertaron. Vio a Pancho inclinado sobre la cuna; que al sentir su mirada volvió la cara hacia ella y le sonrió emocionado.

Rafael entró en el cuarto y se acercó a examinarlo.

—Creo que lo peor ya ha pasado —dijo con voz grave—. Una vez superada la crisis, se recuperará. A mi entender, ha sido definitivo que no le hubiéramos quitado el suero todavía. Eso ha hecho que lo superara.

Inés se echó a llorar de puro alivio y felicidad. Pancho se acercó a ella y juntos se abrazaron. Gracias a Dios, su hijo se había salvado.

Aunque había logrado dormir unas horas, Pancho todavía se encontraba destrozado, perdido. Su vida se había convertido en una pesadilla de la noche a la mañana. Afortunadamente, su hijo Juan se estaba recuperando, pero cada vez que recordaba la angustiada noche pasada, el corazón se le detenía.

No podía dejar de sentirse deprimido y con desasosiego. Se atormentaba preguntándose qué era lo que había hecho tan mal para que su hija casi se convirtiera en una asesina. El pensar en esa palabra le provocaba que el corazón le latiera frenético, amenazando con escaparse del pecho.

Encontró cierto alivio sentado en su despacho, rodeado de sus libros. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos aspirando el olor a cuero, mezclado con el de troncos quemándose. Había trabajado como un negro desde que tenía uso de razón y alcanzado metas mucho más lejanas de las que nunca soñó, pero nunca se imaginó que tendría que pagar ese elevado coste; la educación de su hija se le había ido totalmente de las manos. Había estado ciego.

Fijó la vista encima de la mesa y comenzó a jugar distraídamente con

el lazo que coronaba el paquete situado delante de él, perdido en sus tristes cavilaciones.

Pancho levantó la vista cuando oyó abrirse la puerta para dar paso a Inés. Al verla tan demacrada y con mal aspecto, el corazón le dio un vuelco y la angustia le volvió con renovadas fuerzas.

—Hola Pancho. Me ha dicho Isabel que me esperabas.

—Buenos días. Pasa y siéntate, por favor. ¿Cómo está Juan?

—Está descansando tranquilo. Parece que se está recuperando. Poco a poco intentaremos que admita los líquidos. Rafael se pasará a verlo durante la tarde.

—Gracias a Dios. —Pancho se dejó caer en el asiento de su despacho con los codos apoyados sobre la mesa. Se mesaba el cabello con aspecto derrotado.

El silencio se instaló en la estancia, cada uno de ellos sumido en sus propios pensamientos. Solo se oía el crepitar del fuego. Un leño se desplomó quemándose.

—Inés. —Su voz grave arrastraba las palabras.

Pancho se levantó, rodeó la mesa y se acercó a ella con el paquete entre las manos. Se lo entregó.

—Lo tengo comprado desde hace tiempo, pero nunca encontré el momento de dártelo. Espero que te guste —le dijo mientras ella desenvolvía el papel.

Al abrir el estuche que tenía entre sus manos, Inés jadeó con asombro. Un maravilloso par de pendientes resplandecía sobre el oscuro terciopelo. Tras contemplarlos durante un rato en silencio, acariciándolos, volvió a cerrar el estuche.

—No los quiero. No deberías haberte molestado —le dijo devolviéndoselo.

—Los vi y me acordé de ti. Pensé que los brillantes harían contraste con tus ojos oscuros. —Pancho se acuclilló a su lado y le cogió una mano entre las suyas—. Los compré cuando nació Juan. Me hiciste el hombre más feliz de este mundo.

—Pancho, yo solo quiero vivir en paz. Lo siento, pero no me hacen falta joyas. —Le lanzó una mirada de pesar.

—No me importa, ya sé que no es el momento adecuado pero si te soy sincero no se me ocurre nada mejor que contribuya a arreglar esta situación. No te preocupes, lo guardaré para otra ocasión.

—¿Qué has decidido con respecto a Guadalupe? —El cuchillo fue directo

y penetró en el corazón, hasta la empuñadura.

—No lo sé —dijo con tristeza—, Guadalupe no está bien. Tendré que pensar bien lo qué hacer, porque no quiero equivocarme más con ella. ¿Tienes alguna opinión al respecto?

—No sé si podré perdonarla, no me fío de ella.

Pancho se acercó a la chimenea a observar las llamas danzando.

—Esto no me lo vas a perdonar nunca, ¿verdad?

—Sinceramente, no lo sé —Hizo una pausa para observar, también, el fuego—. Estoy harta de tanto perdón, de tanta disculpa. Te lo advertí —le dijo levantando la mirada—. Te dije que la niña estaba celosa, que no tenía buenos sentimientos..., que me odiaba. ¿Y tú qué hiciste?: ignorarme. Llevamos sufriendo desde que entró por la puerta de esta casa, nada más llegar de nuestra luna de miel. Nunca mejor dicho.

—No sigas, por favor. —Para Pancho cada palabra era como una herida en el corazón, profunda..., desgarradora.

—Yo solo te pedía lealtad —prosiguió ella—, que no hubieras mentido sin cesar; ser una madre para ella..., sin saber que ya tenía una; haberla educado entre los dos como a una hija..., si tú me lo hubieras permitido. —El semblante de ella era duro, de granito.

—Ya lo sé —le contestó pasándose una mano por el rostro—. Siempre he estado acostumbrado a tomar decisiones sin consultar con nadie, a arriesgarme. Nunca pretendí hacerte daño, ni hacer las cosas tan mal.

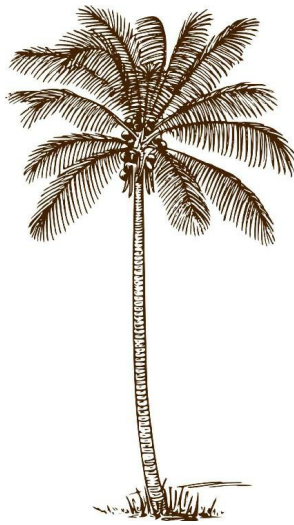
Pancho se sentía cansado, enfermo por dentro. Ya no podía más.

«Un padre no debería pasar por esto. No debería presenciar cómo un hijo intenta matar a otro. Esto es demasiado para cualquiera», pensó.

—Quizás debas esperar a que Juanito mejore para tomar una decisión —le dijo Inés acercándose por detrás.

Notó su mano, ligera como un pájaro, en el hombro y el ruido de la puerta cuando ella salió.

Nunca en su vida se había sentido tan solo.



Capítulo 38

Pancho hizo caso a Inés. Pensaba que si lo hubiera hecho más a menudo quizás les hubiera ido un poco mejor, pero ya no era momento de lamentaciones. Esperó quince días para hablar con su hija y comunicarle su decisión: el tiempo que necesitó Juan para recuperarse.

Había sido una racha muy dura, y no sabía si la hubiera superado sin la ayuda de su amigo Daniel y de su hermana Lucía. Habían estado con ellos en todo momento para apoyar a la desconsolada familia, intentando ayudar a recomponer los jirones emocionales de la devastación en la que estaban sumidos todos sus miembros.

Esa mañana había madrugado mucho para ultimar los detalles que tendría que abordar con Daniel en su ausencia. Gracias a él se marchaba muy tranquilo puesto que no era la primera vez que los socios se separaban. Por supuesto, seguirían en contacto.

Salió de las oficinas y observó volar a una bandada de pájaros. Empezaban camino a África, donde disfrutarían de un clima más benigno durante el invierno que se acercaba. Se dirigió a casa de su hermana. Llamó a la puerta de su domicilio y la abrió ella misma. Lo estaba esperando.

—Hola, hermana. Vengo a despedirme.

Lucía se abrazó a él llorando.

—Prométeme que volverás —le dijo entre sollozos.

—Te lo prometo. —Hizo intentos por no derrumbarse. Últimamente había llorado más, que en toda su vida.

—No sé si podría soportar que no retornaras para conocer a mi hijo.

—Lucía, se te ha metido en la cabeza que no lo haré, y ya te lo he prometido, aunque solo sea para que me presentes a mi sobrino. Te recuerdo que también tengo un hijo y quiero seguir visitándolo.

—Pancho, escúchame. Debes darle otra oportunidad a tu matrimonio. Tenéis que encontrar la manera de perdonaros mutuamente todo el daño que os habéis hecho —le dijo limpiándose las lágrimas con un pañuelo.

—Escúchame tú, Lucía —La apartó levemente de su lado—. No quiero hablar más de estos temas. Ya me espera el último trago de amargura en Madrid, junto a Guadalupe, sin saber si voy a tener que dejarla ingresada en el

sanatorio. Déjame ir en paz, por favor; cuídate mucho. Te escribiré. — Bruscamente se dio la vuelta para subirse al coche que lo estaba esperando en la calle.

Las despedidas lo habían dejado muy tocado emocionalmente. Sabía que había llegado a su límite y le daba la sensación de que moriría de pena.

De pie, junto a la cuna, con el abrigo puesto y el sombrero en la mano, contempló a su hijo mientras dormía. Todavía estaba bastante desmejorado y lejos quedaba el regordete querubín que era antes de enfermarse, pero había recuperado su glotonería y cada vez que llegaba la hora de comer, lloraba desesperado. No le cabía la menor duda de que pronto volvería a tener el mismo aspecto de antes.

Le acarició la mejilla con un dedo a modo de adiós.

—¡Qué suave es mi *niñuco*! —murmuró.

Se retiró de la cuna y salió del cuarto con paso decidido.

Abrió la puerta de la habitación de su hija y la encontró vestida esperándolo. Estaba sentada meciéndose, pero sin golpearse de la extraña manera en que lo hacía últimamente. Llevaba ropa de abrigo, y un sombrero le cubría el oscuro cabello. Las maletas estaban a sus pies, apiladas ordenadamente, esperando ser recogidas.

—Guadalupe, veo que estás cambiando ¡Quién me lo iba a decir hace poco! Has hecho tu misma el equipaje y además, no hay que esperarte. —No pudo evitar emplear un tono sarcástico. Estaba muy herido con ella—. Como ya sabes, nos vamos a Madrid. Allí visitaremos a un médico spiquiatra que me han recomendado. Nuestra estancia durará el tiempo que tarde en reconocerte y establecer un diagnóstico. Si determina que todo está en orden, te llevaré a un colegio de señoritas en Suiza y te quedarás allí todo el curso. Luego, ya veremos.

—¿Y si determina que estoy enferma? —le preguntó poniéndose en pie. Dos gruesas lágrimas le rodaron por el rostro.

Pancho le lanzó una dura mirada.

—En ese caso, te quedarás internada para seguir el tratamiento que necesites.

Pudo observar cómo su cuerpo se contraía ante la respuesta. Con anterioridad, se le hubiera partido el alma al verla sufrir, pero ahora no. Para su consuelo, había erigido un muro de piedra alrededor de su corazón, de tantas penas. Ahora las cosas ya no lo dañaban tanto y las podía contemplar

con más distancia, lo que se había convertido en una auténtica bendición para él.

—Baja y espérame, por favor —le ordenó sin más explicaciones.

Buscó a Inés hasta encontrarla en su salita; estaba sentada cosiendo algo para el niño. Antes de hablar, se paró a contemplarla durante unos minutos.

—Inés, vengo a despedirme. Nos marchamos ya —le dijo entrando en la habitación. Ella dejó la labor en el costurero y se levantó para decirle adiós.

—Que tengáis un buen viaje. —Lo besó con cierta frialdad en la cara—. ¿Sabes ya cuánto tiempo permanecerás en Madrid?

—En realidad, te tengo que comentar una cosa. Siéntate, por favor.

—No hace falta. Estoy bien de pie.

—He pensado que cuando deje a Guadalupe en Suiza... o Madrid —la voz se le debilitó—, voy a continuar el viaje a Nueva York. No voy a regresar. Quiero que comprendas que necesito alejarme durante una temporada de aquí. Lo que nos ha pasado ha sido demasiado para mí. No puedo más.

—Lo comprendo perfectamente —le dijo tranquilizándolo—. A mí me ocurre lo mismo. Es más, te lo agradezco. Creo que ambos necesitamos reflexionar sobre nuestro futuro.

A pesar de todo, se abrazaron.

—Ve en paz —oyó que le susurraba mientras marchaba con los ojos anegados por las lágrimas.

Se subió al coche donde Guadalupe lo esperaba. Pepe los llevaría a la estación donde cogerían el tren que los llevaría a Madrid. No tuvo fuerzas ni para levantar la mirada buscando a Inés.

«En otro tiempo no me hubiera marchado sin hacerlo», pensó.

Pero le daba igual, ya no sentía nada.



Epílogo

Un año después.

Querida Lucía:

Quiero que sepas que me alegra muchísimo que tu hija Pilar se esté criando tan sana y fuerte. Espero impaciente el momento de conocerla, pero hasta ahora, ya sabes que me ha sido imposible adelantar mi regreso a Sevilla.

La salud de mi padre sigue delicada después del ataque que sufrió, y aunque esto haya hecho posible nuestro reencuentro, todavía se pasa el día sentado, o en la cama. Como secuela, no puede hablar, y cada vez que me ve, llora emocionado agarrándome fuerte las manos. Creo que hemos logrado perdonarnos.

Al final, mi estancia en Santander se ha alargado más de lo previsto pero estoy contenta de haber venido, porque la alegría que sentí al encontrarme con mi madre y la nana fue indescriptible. No me di cuenta de lo que las había echado de menos, hasta que las volví a ver. Mi ilusión sería poder llevar a mis padres a Sevilla, pero no creo que eso sea posible a corto plazo debido a lo mayores que son, y sobre todo, a su estado de salud.

Aquí el invierno no ha sido demasiado duro. Mis antiguas amistades han reaccionado a mi presencia como si nada hubiera ocurrido, y yo les correspondo actuando con normalidad ante sus insistentes visitas, pero mi corazón no olvida lo que antaño sufrió.

No me ha asombrado la noticia que me has dado sobre el despido de Antonio, el capataz. Ya sabes que compartía la opinión de Pancho, y ese hombre jamás me agradó. Tampoco me ha sorprendido que Daniel descubriera que nos robaba. Lo siento mucho por su mujer y sus hijos. Espero que a partir de ahora no tengan que llevar una vida demasiado dura.

Estos meses me han servido para darme cuenta de que quiero regresar a Sevilla. Mi futuro se encuentra en esa ciudad, y mis

mejores recuerdos, en la hacienda, donde pasé unos meses maravillosos, y adonde espero volver pronto. Envidio a las golondrinas que ya estarán haciendo sus nidos, como cada año, preparándolos para comenzar la cría de sus polluelos.

Juan crece hecho un roble y aquí hace las delicias de todos. Sus abuelos, la nana y sus tías de Ramales no hacen otra cosa que mimarlo. No le falta de nada, y sé que aún es un crío, pero tendré que tener mucho cuidado para que no se convierta en un consentido. No pienso permitirlo.

De Pancho sigo sin saber nada aparte de las noticias tuyas informando de que volverá este mismo mes. Ahora que retorna a Sevilla, me están empezando a entrar las prisas por hacerlo yo también. Tengo ganas de verlo. Lo echo de menos y me gustaría decirselo, aunque sospecho que debo estar preparada para su rechazo porque no ha querido comunicarse conmigo en todo este tiempo, ni siquiera para preguntar por su hijo.

De Guadalupe tampoco me han llegado noticias, pero he de decirte que le voy a mandar una carta que saldrá a la vez que la tuya. He decidido intentar perdonarla y propiciar un acercamiento escribiéndole. Quiero que sepa que somos su familia. Si mi padre sigue mejor, me organizaré para ir a visitarla pronto, porque desde que Pancho la dejó en el sanatorio, no he vuelto a saber nada de ella.

Ya ves que en mi vida todavía quedan muchas cosas por resolver, pero no pienso quejarme, ni rendirme. Todos tenemos problemas y la madurez te va haciendo ver las cosas de otra forma. No voy a dar de lado a mi familia, a no ser que ellos me lo pidan. Hasta ese momento, lucharé por permanecer juntos.

Con pesar en mi corazón, he de despedirme. Me pasaría las horas contándote cosas, pero por desgracia, Juanito me está esperando para dar su paseo.

Un saludo de tu amiga que te quiere:

Inés Callejo

Inés cerró el sobre para ponerle el sello y echarlo ese mismo día.

Todavía no había llegado a su destino, y ya esperaba con impaciencia la respuesta.

Oyó que sonaba el timbre de la puerta.

Se preparó para salir a la calle, como cada día, con su hijo y la niñera. Al bajar las escalera, escuchó voces que provenían del salón. Debía de ser una visita a una hora muy temprana.

«¡Qué raro!», pensó mientras se disponía a averiguar de quién se trataba.

Nada la preparó para aquello. De pie, en medio del salón, su madre charlaba con Pancho.

Se sujetó al marco de la puerta para no caer. Allí estaba, tan apuesto como siempre. Tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir las ansias de echar a correr a sus brazos.

Se fijó mejor y lo encontró más delgado, pero mejor que nunca. Tenía el pelo largo y alborotado. Su piel lucía un aspecto tostado, como si hubiera estado al aire libre. Su voz..., solamente su voz hacía que su corazón latiera más deprisa; vibraba por la loca alegría del reencuentro.

Él percibió su presencia y se volvió a mirarla. Se quedó contemplándola en silencio.

—Inés, acabo de conocer a tu marido y lo estoy reprendiendo por llegar sin avisar. Hubiéramos ido a recibirle, ¿no es cierto? —Su madre revoloteaba sin parar de pura dicha ante la visita.

—Hola, Inés. Te veo muy bien. —Escucharlo de nuevo la estremeció. Sus ojos eran los de siempre.

El estómago le brincaba de ansiedad, como a una colegiala.

—Hola, Pancho. ¿Cuándo has llegado? Como dice mi madre, te hubiéramos ido a recoger. —Se maldijo así misma por ser tan simple. ¡Por Dios, era su marido!

—No te preocupes. No estaba seguro de mi recibimiento y he preferido hacerlo así —Su voz tenía un matiz de dureza—. Sabía que estabais aquí por Lucía.

—Si no os importa, os dejo. Tengo cosas que hacer. —Su madre aprovechó para dejarlos justo cuando entraba la niñera con Juanito de la mano.

Pancho permaneció como una estatua contemplando a su hijo.

Inés se acercó al niño y le dijo:

—Juan, este es tu padre que ha venido a verte. Ve y dale un abrazo y un beso muy grande. —Puso la mano en su espalda y le dio un suave empujón

para que no temiera acercarse. Ella y la niñera salieron de la habitación para dejarlos solos.

Inés llevaba toda la mañana en la salita con la oreja puesta en el pasillo. La taza le temblaba en la mano debido a su errático pulso. Los nervios se habían apoderado de ella. Pancho seguía en el salón con su hijo, al que había cubierto de regalos adquiridos durante sus viajes. Pendiente de todo lo que pudiera acontecer, derramó el café en el plato al escuchar su voz en el vestíbulo.

«Se marcha ya», pensó con pánico a que desapareciera de su vida de nuevo.

No estaba dispuesta a permitirlo sin antes poder hablar con él. Se apresuró para salir a su encuentro.

—Hola, veo que todavía estás aquí. —Pancho se volvió hacia ella mientras dejaba que la niñera abrigara a Juan. Él ya tenía el abrigo puesto—. Justo pensaba avisarte para decirte que me voy con Juan y la niñera a dar un paseo.

—Estupendo. Me parece una gran idea. ¿Crees que podríais estar de vuelta para la hora de comer? —Fue lo único que acertó a decir ante su precipitada marcha.

—Por supuesto. Me figuro que después tendrá que dormir la siesta.

—Sí, es verdad. —Estaba paralizada y no acertó a decir otra cosa.

Con gran aflicción, contempló cómo salían a la calle. Juanito iba dando saltitos de alegría con su padre. Era normal, acababan de conocerse.

Inés se volvió para introducirse en la casa de sus padres con el corazón afligido. Necesitaba lamerse las heridas a solas. Creía que estaba preparada para aguantar su desprecio, pero no era cierto.

—Inés —oyó que la llamaban—. ¿Quieres venir con nosotros? Me gustaría mucho. También he venido a verte a ti, si tú me lo permites.

Se giró con la alegría reflejada en sus ojos. No quería esconderla.

—Gracias, Pancho. Nada me gustaría más. —Inés se preguntó si se podría morir de felicidad.

En un tiempo récord se colocó abrigo y sombrero para salir con ellos. Una vez fuera de casa, tuvo la osadía de agarrarse a su brazo, porque aunque él aún no lo supiera, no estaba dispuesta a dejarlo marchar.



FIN